NARRATIVA

JANE CRILLY

EL JARDINERO DE WIMBLEDON





Jane Crilly nació en 1972 en un pequeño pueblo del sur de Inglaterra. Quiso salir pronto y se puso a trabajar de *au pair*, pero no fue una buena experiencia: la familia anfitriona fue terrible, al igual que los hijos de esta. Se refugió entonces en la pastelería, que la ayudó a superar el año más solitario de su vida. Tras estudiar después Historia del Arte y trabajar en varias galerías, se dedicó a su mayor pasión, la literatura. Su autora favorita es Nancy Mitford y *El jardinero de Wimbledon* es su primera novela. Actualmente vive entre Londres y Cambridge con su perro *Headache* y su marido.



Durante cincuenta años, Henry Evans se ha dedicado a cuidar la hierba de Wimbledon. Ahora, nos cuenta la historia de su vida, de su gran amor; la historia de Rose.

Gran Bretaña 1938. Para la jovencísima Rose Blake, Wimbledon es el lugar de sus sueños, allí donde pueden cumplirse. Sin embargo, no es el momento: sus padres esperan de ella que se convierta en una buena esposa, no en una tenista profesional, y suelen salirse con la suya.

Para Henry Evans, Wimbledon es el lugar en que más cerca llegó a estar de Rose. Porque ambos adolescentes pertenecían a mundos distintos: ella era la hija de una familia rica, sabía tocar el piano y estudiaba francés. Él, cuya madre murió prematuramente, formaba parte del servicio y vivía en la propiedad por el único motivo de que su padre era el jardinero de la finca.

Sin embargo, la vida les unió: él fue su recogepelotas y ella le enseñó a jugar al tenis. Se hicieron amigos, se enamoraron… Hasta que la guerra los separó. Y él siguió su destino: ser el jardinero de Wimbledon durante cincuenta años, mientras esperaba que ella, algún día, regresara.

J A N E C R I L L Y

EL
JARDINERO
DE
WIMBLEDON

Libros de seda

El jardinero de Wimbledon

Título original: *The Wimbledon Gardener*

Estación de Chamartín s/n, 1ª planta
28036 Madrid
www.librosdeseda.com
www.facebook.com/librosdeseda
@librosdeseda
info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Gemma Martínez Viura
Maquetación: Rasgo Audaz
Imágenes de la cubierta: @Ildiko Neer/ Trevillion Images
Conversión en epub: Álvaro López López

Primera edición digital: mayo de 2024

ISBN: 978-84-19386-70-0



El jardinero de Wimbledon

HAY UNA RAZÓN por la que lo llaman «césped inglés». Nadie más en el mundo se preocupa tanto por tener un pedazo de tierra en perfectas condiciones, incluso aunque tal pedazo no mida más que unos pocos metros cuadrados y esté en el jardín trasero de una de las incontables e idénticas casas adosadas que forman interminables filas en las interminables calles de muchos barrios londinenses y de otras ciudades británicas. El césped tiene que estar perfectamente cortado, y ser suave como un almohadón; es obligatorio que sea de un verde radiante y cada hierba debe alzarse en una posición de firmes tan perfecta como la de los centinelas de la Guardia Real. En Inglaterra, el césped es la tarjeta de visita de una vivienda.

Bajo las palabras «All England Lawn Tennis and Croquet Club», la tarjeta de visita de Henry Evans dice solo «Encargado Jefe». Y es que Henry Evans es el responsable del césped más famoso del mundo, una joya de la corona de Gran Bretaña: el césped de Wimbledon.

Todo profesional del tenis sueña con triunfar un día en la pista central del club, que fue inaugurada por el rey Jorge V en 1933. Wimbledon es el torneo de tenis más antiguo del mundo y uno de los cuatro del llamado Grand Slam, los grandes torneos del tenis mundial. El único de ellos que se juega sobre hierba. A finales de junio de cada año, durante dos semanas, millones de espectadores fijan los ojos en el césped de todos los céspedes.

Durante cincuenta años, Evans cuidó de la hierba de Wimbledon, que mide exactamente ocho milímetros de altura. Durante cincuenta años fue el jardinero de Wimbledon, el responsable del césped de dieciocho canchas de juego y veintidós pistas de entrenamiento, con la ayuda de diecinueve podadoras, siete rodillos y un ventilador, más un equipo de quince jardineros ayudantes que, durante los dos últimos años, incluye a una mujer.

Cada otoño, Evans sembraba personalmente la pista central, recortaba el césped tres veces a la semana y medía la firmeza de la superficie para establecer la cantidad exacta de agua requerida. A lo largo del torneo, cada día sin excepción, la hierba se corta dos milímetros exactos. Hay otros aspectos igual de importantes: la coloración y la densidad uniforme del césped, así como de las franjas, que deben tener noventa y un centímetros de anchura, ni uno más, ni uno menos. Para protegerlo de visitantes no deseados, una valla electrificada rodea el césped y hay un vigilante nocturno.

Evans se sabe de memoria todos estos números y condiciones. Durante

cincuenta años fue el rey de la hierba. La protegió del frío con mantas especiales. La peinó para asegurar que las briznas permanecieran rectas y no se curvaran debido a la humedad. Reparó los agujeros que dejaban los impactos de las pelotas a doscientos o más kilómetros por hora, para lo cual utilizaba una pasta de arcilla húmeda, cuya consistencia había ido perfeccionando año a año, década a década.

Y ahora Evans se retira. Podía haberlo hecho hace ya mucho tiempo, pero le era imposible decir adiós a «sus» pistas de tenis. Relata sus encuentros con la reina o con los jugadores, las estrellas de cine y los políticos, y los califica como «interesantes»; pero, en realidad, lo que de verdad le interesa es el césped. Tampoco le importa demasiado el propio tenis. Wimbledon tiene un significado concreto y muy especial para él...

De un retrato escrito, no terminado y no publicado.



1

Sobre el amor

TENGO VEINTISÉIS años y vivo en Hackney, encima de un restaurante indio de comida para llevar. No he salido de mi habitación en diez días, durante los que he sobrevivido exclusivamente a base del plato número cuatro: pollo al curry.

Hace más o menos un año me mudé de Nottingham a Londres. Todo empezó con una historia corta que había escrito y que titulé *Enamorado*. Era una historia real que me contó Bird, mi compañero de piso. Su propia historia. Un accidente de coche: habían pasado el fin de semana en casa de su amigo. Lisa quería ponerse en camino enseguida, pues el viaje de regreso les llevaría tres horas. Pero él quería jugar otra partida de póker, comerse otro perrito caliente, contar o escuchar otro chiste. Es de noche. Él conduce y Lisa duerme en el asiento del pasajero. Está agotado. Ella tenía razón, como siempre: debían haber salido antes. Durante una fracción de segundo, a Bird se le cierran los ojos. Pierde el control del automóvil. Él sufre una mínima rozadura, nada más. Lisa muere. Sueña todas las noches con ella. Cada vez que se despierta, durante unos instantes sigue viva, el accidente no ha sucedido. Y esos segundos le dice lo que casi nunca le decía en su momento: te quiero. Bird envió *Enamorado* a la revista *The Paris Review* sin decirme que lo había hecho.

The Paris Review la publicó.

Y se produjo la llamada. De una revista nueva, *The Geratest*, un raro cruce entre *Interview*, *The Atlantic* y *The New Yorker*. Me preguntaron si estaría interesada en escribir una columna. Se llamaría *Sobre el amor*.

Edgar Parsons, el director editorial, había leído la historia y le habían encantado tanto el estilo como la narración en sí misma.

Me latía el corazón a un ritmo frenético mientras contestaba las preguntas del señor Parsons.

«¿Qué otras cosas había escrito?».

Nada.

«¿Qué hacía en ese momento?».

Trabajar en un *catering* y acudir a clase de historia en la universidad. Algo temporal, hasta... hasta descubrir qué era lo que quería hacer en realidad.

«¿Tenía pensado escribir un libro?».

No... Bueno, quizá. Lo cierto es que ni se me había ocurrido la posibilidad.

La verdad es que en ese momento no tenía planes de ninguna clase. Las opciones que podrían estar a mi alcance iban desde trabajar en el

zoo hasta abrir mi propio bar. Cada vez que se me ocurría una idea, me sentía muy confiada y alegre porque, por fin, tenía claro qué era lo que quería hacer con mi vida. Pero en realidad esas ideas seguían siendo sueños, apasionantes de entrada, pero que no tardaban en suscitar dudas cada vez más intensas. Hasta que, finalmente, las desechaba por completo y volvía a estar sin horizonte.

«¿Me imaginaba a mí misma viviendo en Londres?».

Sí.

La idea de la columna era sencilla y atrayente: historias de amor reales. Tendría que entrevistar a personas de Londres, abordarlos en la calle, en cafeterías, o parques, o museos, y preguntarles por sus experiencias amorosas.

Gracias al señor Parsons, ahora sí que tenía una respuesta a la pregunta «¿A qué te dedicas?».

Mi nombre es Cara Marie Gibson y soy redactora de una revista.

Era una respuesta que no requería más explicaciones, una respuesta que pude dar con seguridad y orgullo durante algo menos de un año.

Edgar me invitó a cenar. Ya teníamos suficiente confianza como para tutearnos. Teníamos que hablar de algunas cosas, me dijo. Estaba entusiasmada. Puede que me informara sobre un aumento. No obstante, parecía algo tenso. Cuando empezó a hablar, tardé un buen rato en entender qué era lo que estaba intentando decirme.

Cambios en la revista... mayor contenido político... no era decisión suya, pues a él le encantaba mi columna, pero el editor quería algo distinto... corren nuevos tiempos... elecciones, conflictos, guerras...

—¡O sea, que ahora tengo que escribir sobre política? —pregunté.

—No. Vamos a dejar de publicar tu columna.

—¿Y qué pasa conmigo?

Edgar me prometió tenerme en cuenta, porque le gustaba mucho mi manera de escribir. También me dijo que podría hacerme encargos como colaboradora externa.

—Deberías escribir un libro, Cara —sugirió.

—¿Sobre la guerra? —pregunté.

—No. Sobre el amor.

—Pero eso no parece relevante dados los nuevos tiempos que corren, ¿no?

—¡Vamos, Cara! —dijo, y me llenó de cumplidos. Dijo que escribía de maravilla y que mi forma de abordar a los desconocidos era inigualable.

—Todo eso está muy bien, pero me has despedido —concluí.

Al volver a casa no podía estarme quieta. No paraba de recorrer el minúsculo apartamento con el cerebro echando humo; tenía que hablar con alguien: Tom, mis padres, Gaby, Chris. Llamar a todas las

personas que conocía para decirles que ya no era Cara Marie Gibson, redactora de una revista.

Necesitaba una idea nueva. Quizá debería volver a considerar la posibilidad de trabajar en el zoo. Podría convertirme en veterinaria. Seguro que aún no era demasiado tarde para eso.

¿O quizá debería escribir un libro?

Hacerme guía de turismo y enseñar a la gente los monumentos y rincones de Londres. Soy graduada en Historia.

¿Cómo iba a pagar el alquiler? ¿Debía volver a Nottingham? ¿Trabajar otra vez en el negocio del *catering*? ¿Entrenar perros? Nunca había tenido un perro, aunque mi amiga Gaby sí. Y yo soy la única persona que le gusta a su perro *Simpson,* además de la propia Gaby, claro.

Me dejé caer en la cama sin hacer ninguna llamada. Tenía las piernas muy pesadas y la mente vacía.

555

Al día siguiente no me levanté de la cama. A las once en punto, la hora a la que abría el restaurante indio, llamé y pedí el número 4.

—Gracias, Cara. En diez minutos estará listo para llevar —dijo Shamial.

—¿Me lo puede subir alguien a casa?

—El servicio a domicilio son tres libras cincuenta.

—Muy bien.

—Hoy estamos un poco vagos, ¿no? —preguntó Shamial.

—Sí.

No estaba preparada para contarle a nadie que mi columna había sido cancelada. Apagué el móvil y conecté un contestador a la línea fija. Ya respondería mañana las llamadas. Por lo menos las de mamá.

Sonó el teléfono.

«En estos momentos no puedo contestar el teléfono. Deje un mensaje tras oír la señal».

—Cara, soy Edgar. Llámame...

Agarré el teléfono.

—¿Sí?

—Ah, Cara, qué bien que contestas. ¿Cómo estás?

—Estaré mejor.

—¿Qué vas a hacer este fin de semana?

Ni siquiera recordaba qué día de la semana era. En esos momentos solo podía pensar en la cama y en el número 4.

—Pues...

—Tengo un trabajo para ti.

Por un momento pensé que me volvería a encargar mi columna.

—Se llama Henry Evans. Es el jefe de jardineros de Wimbledon. Se ha encargado del mantenimiento de las pistas de hierba durante más

de cincuenta años y se va a jubilar. El All England Lawn Tennis and Croquet Club, que organiza el torneo, ofrece una cena en su honor. Irás a la cena el sábado y entrevistarás al señor Evans en su casa el domingo. Necesito un artículo sobre él el martes. Cuatro páginas.

—Pero si yo no sé absolutamente nada de tenis… ni de hierba —dije.

—En realidad se trata de un artículo de interés humano. Y además puedes aprender cosas sobre el torneo en Internet.

—¿Y cómo encajan Wimbledon y el jardinero jubilado en «los tiempos que corren»? —pregunté.

—Te pagaré ochocientas libras —respondió Edgard.

—Ah… pues entonces de acuerdo. Puedo escribir un libro entero si quieres.

Edgard rio con ganas.



2

Medio siglo

LA CENA TUVO lugar en el jardín de la Old Rectory, una casa de campo en Wimbledon que había pertenecido a Enrique VIII. Al parecer, cuando la adquirió, el rey estaba tan gordo que ni podía subir las escaleras, por lo que instalaron una cama para él en el vestíbulo principal.

El viernes fui a casa de Chris, mi mejor amiga, para usar su conexión a la red y así poder investigar sobre Wimbledon. De paso, bebimos cerveza y jugamos durante horas con la Play.

—Mañana no lo voy a entrevistar, solo observaré. Para hacerme una idea sobre cómo es. Pero es que ni siquiera sé cómo se cuentan los puntos en el tenis.

Ya eran las doce de la noche.

—Vale, pero este tal Henry no es jugador de tenis, ¿verdad? Es jardinero, me has dicho.

—Sí, pero qué menos que saber algo sobre el juego, lo básico...

—Pues vaya numerito que están montando por un jardinero, ¿no? —dijo Chris.

—Bueno, lleva trabando allí más de cincuenta años... En cualquier caso, algo tengo que saber de tenis, no voy a presentarme allí en blanco, ¿no te parece? No sería muy profesional.

No hice caso del código de etiqueta de la cena. Corbata oscura y color blanco las damas.

La única prenda de vestir blanca que poseía era un par de pantalones para correr. Eso sí, encontré en el armario un vestido de verano amarillo con lunares rojos. El amarillo y el blanco son prácticamente lo mismo, y para ser abril la verdad es que hacía mucho calor.

Cuatro transbordos en el metro para ir de Hackney a Wimbledon.

Enseñé la invitación en la entrada. Las cuatro azafatas de recepción me miraron sin suspicacia.

—No tengo ningún vestido blanco —dije en voz baja.

—¿Cómo...?

—No, nada. —Agarré una copa de la bandeja y me bebí el contenido de un trago.

Y así me pasé la media hora siguiente, bebiendo champán. Cuatro copas del tirón.

Me habían puesto en la mesa 27.

El caballero de mi derecha se presentó, y después el de la izquierda. Olvidé ambos nombres de inmediato.

—Cara Gibson —informé.

—¿Jugadora de tenis? —preguntó el tipo de mi derecha: gran estómago, calvo, mirada lasciva.

—No. Prensa.

El champán estaba haciéndose notar. Me sentía algo mareada y hasta olvidé por un momento qué estaba haciendo allí.

—Queridos amigos, amantes del tenis —dijo una voz—, nos hemos reunido hoy aquí para agasajar a una persona muy especial…

Simon Weatherhill, o Hillweather, miembro del All England Lawn Tennis and Croquet Club, se dirigía a los presentes desde una tarima. Puse todo mi empeño en enterarme de lo que estaba diciendo.

—Henry Evans… medio siglo… testigo de la historia…

En la mesa 1 estaba el aludido, Henry Evans, el jardinero de Wimbledon. Pese al pelo gris, las arrugas y algunas manchas en la piel, emanaba juventud. Sonreía con expresión algo ausente al escuchar las alabanzas, y me pregunté en qué estaría pensando.

Un aplauso unánime. Weatherhill, o Hillweather, invitó a decir unas palabras al hombre del día.

Henry Evans se puso de pie.

—Martin Luther dijo una vez: «Reza sobre lo que quieras, pero nunca reces más de cuarenta minutos seguidos». Como yo no soy el señor King, me atrevo a decir que en mi caso hasta cuatro minutos serían demasiado, tanto para un sermón como para un discurso. Les agradezco a todos su presencia aquí. Casi no me puedo creer que hayan pasado cincuenta años y que ahora sea un viejo. Pero no reflexionemos sobre el paso inexorable del tiempo. Comamos, bebamos y pasémoslo bien.

Aplauso. De inmediato, abrieron el bufé.

Llené el plato, pero no volví a la mesa asignada. Lo que hice fue salir al jardín, iluminado con farolas, y sentarme en un banco. La comida era excepcional. Empanadillas, croquetas, pescado con patatas fritas, fruta, pastelitos, tartas, helados… todo muy en la tradición de Wimbledon, tal como pude oír a una mujer que se lo decía a su amiga.

—Una vez leí que cada año en el campeonato se consumen más de veintiocho toneladas de fresas y siete mil litros de nata.

—¡Madre mía, qué exceso! Los seres humanos no saben lo que es la moderación, ¿no te parece? —respondió la amiga muy convencida.

Cuando decidí que había terminado de comer, me sentí lista para más burbujas.

Localicé a Henry Evans entre la multitud y me planteé la posibilidad de presentarme a él. «En la cena, observa y hazte una idea de cómo es», me había dicho Edgard. Mientras paseaba por el jardín, lo seguí a

unos metros de distancia. Daba la impresión de que quería escapar de los invitados, pero el pobre no daba cuatro pasos sin que se le acercara otro grupo de personas.

No sé cuánto tiempo pasé siguiendo a Henry, pero llegó un momento en que lo perdí. En cualquier caso, ya iba siendo hora de volver a casa. Fue una de esas situaciones en las que lamentaba mucho y me cabreaba estar siempre sin blanca. Me hubiera encantado llamar a un Uber. Volví la cabeza para mirar por última vez la mesa del bufé, ya sin nadie alrededor. Los platos y fuentes seguían repletos de comida, así que utilicé unas servilletas para envolver sándwiches, canapés y galletas y guardarlos en el bolso. Estaba totalmente embebida en la tarea cuando, de repente, escuché una risita queda detrás de mí. Miré para atrás.

Henry Evans.

—Lo… lo siento —balbucí.

—No tiene por qué disculparse —replicó.

—Pues entonces me voy.

—Me encanta su vestido —dijo.

—Gracias —volví a balbucir, y salí pitando.

¡Ojalá no me reconociera a la mañana siguiente!

Cuatro transbordos hasta Hackney.

Vacié en el frigorífico el producto del saqueo. La lucecita roja del contestador parpadeaba.

«Hola, soy Chris. ¿Vas a venir o no?».

Marqué el número de Chris.

—Acabo de llegar a casa. Mejor lo dejamos para mañana. Estoy reventada.

—¿Cómo ha ido la cosa?

—Pues no lo sé… Buena comida y champán a espuertas. ¿Sabías que cada año en Wimbledon se consumen doscientas ochenta toneladas de fresas?

—¿Doscientas ochenta toneladas? ¿Estás segura?

—¡Claro!

—¿Pero tú sabes cuántas fresas son esa cantidad?

—Los seres humanos no saben lo que es la moderación, ¿no te parece?

—¿Estás achispada?

—Puede. Sí, un poco.

—Pues a la cama ya mismo. Y te digo yo que de doscientas ochenta toneladas, nada.

—Pues no te lo creas, allá tú. Buenas noches. —Colgué.



3

Una larga historia

HENRY EVANS VIVÍA en el pueblo de Wimbledon, en una casa de ladrillo rojo. Los dos manzanos del jardín estaban en flor, así como los rosales. La hierba estaba bastante alta y descuidada. Todo lo contrario que las pistas de Wimbledon.

Llamé al timbre y Henry abrió la puerta casi de inmediato. Sonrió al verme.

—Hola, soy Cara. Cara Gibson. Vengo para hacerle la entrevista.

—Hola —contestó sin perder la sonrisa—. ¿Se las arregló bien anoche para transportar los víveres?

—¡Por Dios, qué vergüenza!

—No la tenga conmigo, de verdad —dijo—. Ayer me hizo reír. Pase, por favor.

Me indicó el camino de la sala de estar. Un sofá, dos butacas, predominio del color azul claro. Suelo de parqué, estanterías. Fotografías en blanco y negro enmarcadas adornando las paredes.

Me senté en uno de los sillones.

—¿Té? —preguntó.

—Sí, gracias.

Salió de la habitación. Me levanté para mirar las fotos.

La primera era de una hacienda grande, incluso más que la Old Rectory de la cena de la noche anterior. Una impresionante casa de campo rectangular que tranquilamente podría utilizarse para filmar una película o serie de Jane Austen. Se veían algunas personas fuera de la casa, pero perdidas en la inmensidad general.

Al lado, una foto de tres adolescentes, dos chicos y una chica. Los chicos, trajeados. El más joven con el pelo lleno de rizos cortos, mientras que el mayor lo tenía liso. La chica estaba en medio, con un vestido por debajo de las rodillas, algo inclinada hacia delante. Reía con ganas. Pelo rizado, a la altura de los hombros.

Henry se acercó. Llevaba una bandeja con dos tazas y una tetera.

—¿Es usted uno de los chicos? —pregunté señalando la foto.

—No. Esa es Rose, con sus hermanos —respondió sin dar más información.

Me volví a sentar.

—¿Quién es Rose? —pregunté.

Me miró a los ojos.

—Una periodista de pies a cabeza, por lo que veo —dijo divertido —. ¿Leche o azúcar?

—No, gracias.

Sirvió el té.

—¿Empezamos? —preguntó Henry. Estaba claro que no quería contestar la pregunta, así que ni se me ocurrió presionarlo.

Rebusqué en el pozo sin fondo del bolso hasta encontrar el cuaderno de notas y el boli.

—¿Juega al tenis?

—No.

Anoté «No» en la libreta.

—¿Cómo se convierte uno en el jardinero de Wimbledon?

—Solicitando el trabajo.

Todas las contestaciones eran cortas y concretas, monosílabos en muchos casos, que yo procuraba apuntar, tal vez un poco frenéticamente.

—¿Qué es lo que más le ha gustado de su trabajo en Wimbledon?

—El sitio. Lo que es el trabajo en sí nunca significó demasiado para mí, la verdad, pero el lugar me parece muy significativo.

—¿Me puede ampliar un poco eso?

Se quedó callado por un momento y después negó con la cabeza.

—Es una larga historia. Y demasiado personal.

—Me gustan las historias largas, y más si son personales.

—Ya veo —dijo.

—Eso es precisamente lo que hago… o más bien lo que hacía, para ser precisa.

Le conté lo de mi columna.

—¿Gente a la que no conocía de nada le contaba sus historias de amor personales?

—Sí, eso es.

—Pues yo no le he contado mi historia a nadie.

—Pues a mí me encantaría oírla.

—¿Cómo tiene que ser de largo su artículo?

—Cuatro páginas.

—Pues no creo yo que cuatro páginas basten. —Rio con ganas.

—Pues entonces escribiré un libro.

Nos quedamos en silencio. Su mente se trasladó a otra parte. Yo aproveché para imaginarme qué diría Edgard si no le entregaba el martes un retrato periodístico de Henry Evans. Pensé también en las ochocientas libras. Pero, por alguna razón, de repente dejó de importarme el dinero o el hecho de que mi editor estuviera contento o no. Ya había sentido esto antes, el deseo urgente de escuchar la historia de una persona, aunque nunca con tanta intensidad. Puede que fuera por los ojos de Henry. Parecían ver algo que yo no era capaz de vislumbrar siquiera. Me di cuenta de que Henry Evans estaba a punto de dar el salto.

—¿Quién es Rose? —volví a preguntar en voz baja.

1938





1
Blake Hall

«TRABAJAMOS DURO, y después nos morimos». Esa era la filosofía vital de mi padre, John Evans. Maggie, mi madre, había trabajado muchísimo y murió. Joven, demasiado joven. Yo tenía solo trece años.

Se pasó en la cama un mes, que a mí se me hizo eterno, consumiéndose, incapaz ni siquiera de hablar al final.

La agarré de la mano hasta que se le quedó fría. Tenía la piel áspera. Las manos de mi madre habían cosido y lavado mucho para otras mujeres.

Mi padre trabajaba en una fábrica de cables. Mi madre siempre había querido vivir en el campo.

—Podrías encontrar trabajo de jardinero —le decía a mi padre—. Todo lo que tocas, florece. Eso es un don del cielo, John.

Tenía razón. Mi padre había plantado rosas *noisette* en el patio trasero de nuestro destartalado bloque de pisos, y yo no había visto en mi vida nada más impresionante. Su primo Marc vivía con su familia en Surrey, y mi padre había llenado su jardín de lilas y de preciosos y alegres arbustos.

Mi padre era feliz trabajando en el jardín de Marc o cuidando sus rosas en el patio del edificio. Solo tenía un libro, *La vegetación de Gran Bretaña*.

A veces pienso que si en aquellos tiempos hubiéramos vivido en Blake Hall, mi madre no habría caído enferma. Puede que mi padre pensara lo mismo y fuera esa conciencia atormentada lo que lo llevó a decidir que nos fuéramos de Londres poco después de su fallecimiento.

Un domingo por la mañana, me dijo:

—Haz el equipaje.

Cambió los muebles, es decir, un sofá, dos sillas de madera y una mesa, por dos grandes maletas. Los demás enseres, incluyendo las camas y armarios, eran del casero.

El menaje y la escasa ropa de mi madre se lo envió a su primo para que lo guardara. Todas mis pertenencias que valían algo cupieron en una maleta pequeña.

Dejamos para siempre nuestra casa de Londres llevando un equipaje de tan solo tres maletas.

No me dio ninguna pena abandonar el pequeño y nada acogedor piso, en el que nos moríamos de frío en invierno y de calor en verano. Lo único agradable de esa vivienda, o más bien de toda la calle, habían sido mi madre y las rosas *noisette*.

Puede que echara algo de menos a los niños del vecindario, aunque a ninguno de ellos en particular, solo el conjunto. Había niños por todas partes. Niños, ratas y palomas.

El viaje diurno en tren duró solo unas pocas horas, unas tres, creo recordar. Me las pasé mirando por la ventana y viendo pasar paisajes. Mi padre no me dijo adónde íbamos, y yo no pregunté. Él no era una persona fría, pero sí callada. Con mi madre la cosa habría sido diferente. Podía preguntárselo todo, me habría dado explicaciones, tanto reales como inventadas. Tenía una voz muy agradable y reconfortante. Lo que más echaba de menos era su voz.

A veces cantaba mientras cosía. Era siempre la misma canción, una vieja balada irlandesa, *Ally Croaker*, «¿Te casarás conmigo, querida Ally, Ally Croaker».

—Ya casi estamos —dijo mi padre.

El cartel decía «BEDFORD MIDLAND ROAD». Nunca había oído el nombre de esa calle, carretera o lo que fuera. Tampoco es que conociera el nombre de demasiados sitios, aunque sí los de algunas ciudades, como Manchester u Oxford. Bedford no. Tampoco sabía por qué íbamos allí, pero la cosa me daba buena espina.

Nos encontramos con un hombre en el andén.

—Rogers —se presentó—. Jardinero jefe. —Era mayor y tenía los dedos doblados por la artritis.

—Evans —respondió mi padre al tiempo que le estrechaba la mano al desconocido—. Y este es mi hijo, Henry.

Le estreché la mano también. Parecía un trozo de madera.

Mi padre le agradeció efusivamente el que hubiera ido a recogernos a la estación. El conductor se llamaba Craig Larson e iba de uniforme. Era pelirrojo y tenía la cara llena de pecas. Me permitieron sentarme en el asiento del pasajero del Bentley. El señor Rogers y mi padre fueron al grano de inmediato. Pude captar algo de lo que hablaron. Mi

padre iba a ser el ayudante de jardinero de Blake Hall. Su primo Marc le había buscado el empleo. Evidentemente, el señor Rogers y Marc eran conocidos.

—Blake Hall —anunció el señor Rogers mientras entrábamos dejando atrás una enorme verja en forma de arco. Prados amplísimos y senderos de grava delimitados por arbustos de lavanda y setos de boj. Rosas de tallo largo. Robles enormes. Hayas y manzanos silvestres. En la distancia alcancé a ver una fuente. Abandonamos el camino principal y el chófer condujo por otros más estrechos. A izquierda y derecha. Perdí el sentido de la orientación.

Finalmente nos detuvimos frente a una casita cubierta de hiedra. Paredes de piedra negra y techos de pizarra. Había una mecedora en el estrecho porche que rodeaba la casa. Pensaba que íbamos a encontrarnos con los dueños hasta que habló el señor Rogers.

—Ustedes vivirán aquí. Si necesitan algo, díganmelo, por favor. Mi casa está a unos cinco minutos andando por este camino de aquí. Disponen de su propia cocina, pero esta noche pueden comer con el resto del servicio de la casa.

Tenía mi propia habitación, con un escritorio y una silla, un armario y cama. No me podía creer que fuéramos a vivir allí. Deshice el equipaje, coloqué la ropa en el armario, el oso de peluche sobre la almohada y los cuadernos y lápices en la gaveta del escritorio.

Encima de la cama había un cuadro al óleo de un lobo dormido.

Mi padre había puesto el hervidor al fuego.

—Tenemos un baño como Dios manda—informó.

La bañera era de hierro forjado, y también había un retrete. ¡Un cuarto de baño con retrete dentro de la casa! En Londres compartíamos una letrina con otras cinco familias. Mi padre no paraba de mirar a su alrededor.

—A tu madre le habría gustado muchísimo todo esto —suspiró.

—Sí —confirmé.

Nos sentamos a la mesa redonda de comedor y tomamos el té en silencio. Tenía ganas de preguntar muchas cosas: ¿Cuánto tiempo nos quedaríamos? ¿A qué colegio iría? ¿Cómo era posible que pudiéramos estar allí?

Quizá me hubiera contestado de haber logrado abrir yo la boca para hablar. No pude hacerlo.

Al poco rato el señor Rogers llamó a la puerta y salimos hacia la casa principal. Mi padre y él iban charlando, y yo los seguía a pocos metros. Había montones de cosas que ver. Senderos serpenteantes, bancos y estatuas de piedra de tamaño natural. Una cancha de tenis con una cesta llena de pelotas. Un estanque con flores flotantes. Torcimos a la derecha para volver al camino principal.

—Blake Hall —anunció el señor Rogers.

Blake Hall, la mansión campestre de la familia Blake. En forma de H, de caliza blanquecina. Grandes ventanales. Una estructura majestuosa de formas limpias y simétricas.

—Es… muy grande —balbucí.

El señor Rogers rio.



2

Un verano entero

UTILIZAMOS la entrada de servicio. En ese momento, la familia Blake estaba en Escocia y no volvería hasta pasados unos días. El comedor para el personal de servicio estaba en el semisótano, al lado de la cocina, y tenía una mesa alargada capaz de dar cabida tranquilamente a unos veinticinco comensales. Había mayordomo, ama de llaves, cocinera con dos ayudantes, dos mozos de cuadra que atendían a los seis caballos de los Blake y tres criados. Y ese era el personal que no había acompañado a la familia a Escocia.

Me enteré de que tanto el señor Rogers como el chófer, Craig, estaban casados. El señor Rogers tenía tres hijos mayores que vivían en Londres, y la esposa de Craig acababa de dar a luz a su tercer vástago, en este caso una niña. El chófer también vivía en la misma hacienda, en otra casita, y por eso no estaba en ese momento con nosotros, pues comía en su vivienda.

Trabajadores externos ayudaban al señor Rogers a cuidar la hacienda. Eran jóvenes que vivían en el pueblo. Todos se portaron desacostumbrada e inexplicablemente bien con nosotros, nos preguntaron cosas y también nos las contaron.

Yo me quedé prendado de la cocinera, Fanny. Era una mujer alta y fuerte que siempre tenía una sonrisa en la boca. Nos invitó a comer con el resto del servicio siempre que quisiéramos, sin necesidad de avisar.

—Como no tiene esposa, les daré algo para que desayunen mañana por la mañana —razonó dirigiéndose a mi padre.

Cuando me acosté, lo único que oía era el canto de los grillos y el ulular de un búho en la lejanía. En Londres jamás había tanta tranquilidad. Los Smith, nuestros vecinos de abajo, solían discutir por

la noche. Los niños lloraban. Se oían portazos. Y a veces hasta se escuchaban peleas por el pasillo.

555

Me desperté bastante pronto por la mañana. Mi padre ya había puesto el hervidor al fuego.

—Tienes que hacer algo hasta que empiece la escuela —me dijo.

—¿Y tú que vas a hacer?

—Trabajar. El señor Rogers va a llegar de un momento a otro.

Tomamos el té y nos comimos las galletas y bocadillos que nos había preparado Fanny.

Después oímos el motor de un automóvil.

—Debe de ser él —dijo papá con la boca llena. Dio un buen trago de té y alguien llamó a la puerta—. ¡Voy enseguida!

—Henry, ven tú también. Tengo algo para ti —dijo en voz alta el señor Rogers.

Mi padre se puso la gorra y yo le seguí fuera de la casa.

El jardinero jefe llevaba una bicicleta en la furgoneta Ford.

—Era de mi hijo pequeño. Igual te apetece utilizarla —dijo guiñándome un ojo.

La bici era azul oscura, casi negra. Me quedé sin habla. ¡Una persona a la que apenas conocía me estaba regalando una bicicleta!

—¿Qué dices, Henry? —me indicó papá.

—Yo... eh... señor Rogers... gracias, señor. Muchísimas gracias.

—Puedes utilizarla para darte una vuelta por los alrededores. Y cuando empiece la escuela, puedes usarla para ir al pueblo.

En la calle de Londres en la que vivía solo había un niño, Jimmy, que tenía bicicleta. Era un buen amigo y me había enseñado a montar. Nos pasamos un mes entero montando por turnos alrededor del bloque. Un día apareció con las manos vacías y un ojo morado. El nuevo novio de su madre le había dado un puñetazo y le había robado la bicicleta.

—No se la quería dar, pero tuve que hacerlo cuando me zurró —nos contó.

Todos esperábamos que el fulano se la devolviera en algún momento. Pero no lo hizo.

555

El señor Rogers y mi padre se metieron en la furgoneta y se marcharon. Estaba solo, tenía una bici, era verano y todo el campo se abría ante mí.

Al principio iba despacio y estuve a punto de caerme unas cuantas veces. Había perdido el hábito.

Pero al cabo de poco tiempo recuperé la confianza y empecé a ir deprisa por los estrechos senderos. Recorrí la enorme finca sin rumbo

fijo hasta que recordé la fuente que había visto desde la ventanilla del automóvil. Finalmente la encontré y me detuve junto a ella. Dejé la bici en el suelo con muchísimo cuidado.

En el centro de la fuente de piedra color claro había una mujer, también de piedra, que sostenía una vasija de la que brotaba el agua. Sentados a sus pies, dos niños y una niña la miraban. Me acerqué para observar mejor el cuarteto. La mujer parecía algo triste. Puede que la vasija pesara mucho para ella o que quisiera colocarse mejor el vestido, porque se le había bajado una hombrera. Los niños parecían aburridos, con los ojos grises fijos en el horizonte.

—Por lo menos no estáis solos —les dije para animarlos.

Todas las familias de mi vecindario tenían un montón de niños; yo era el único sin ningún hermano. Por una parte, eso tenía algo de bueno, aunque aun así nuestro piso estaba abarrotado, casi no cabíamos los tres. No obstante, yo quería tener un hermano, o incluso hasta una hermana. Una vez le pregunté a mi madre si podía hacer un bebé... para mí. Negó con la cabeza tristemente, creo que hasta con lágrimas en los ojos. No se lo volví a preguntar más.

Me quité los zapatos, me remangué los pantalones y me metí en la fuente. El agua me llegaba hasta más arriba de las rodillas. Me mojé los pantalones, pero no me importó. Avancé por el agua, que estaba helada y canté *Ally Croaker*. «¿Te vas a casar conmigo, querida Ally, Ally Croaker?».

Aunque había escuchado la canción miles de veces, solo me acordaba del estribillo.

Pensé en mi madre, sobre todo en que nunca había vuelto a cantarme *Ally Croaker*. Salí del agua y me tumbé en el suelo junto a la fuente. El sol calentaba, y di una cabezada.



3

La cháchara de Fanny

NO SÉ SI DORMÍ solo unos minutos o varias horas. El sol calentaba bastante, y tenía las mejillas coloradas. Me rugía el estómago, pero no quedaba nada de la comida que nos había dado Fanny la noche anterior. Pensé que debía ir a buscar al señor Rogers y a mi padre, pero decidí ir a la cocina. No sabía si se me permitía hacerlo, pero la cocinera era tan amable que decidí correr el riesgo. Encontré enseguida el camino principal que llevaba a la casa. La imagen de Blake Hall siempre me anonadaba. Apoyé mi bici contra un murete bajo y llamé con los nudillos. Dale, uno de los criados, abrió la puerta.

—¿Está Fanny? —pregunté.

—Sí, está en la cocina —contestó—. Ven conmigo.

Bajamos las escaleras y pasamos por el comedor en el que habíamos cenado la noche anterior.

—Tienes una visita —anunció el criado nada más llegar a la cocina.

Fanny estaba amasando en la encimera, de espaldas a nosotros. Se volvió y miró primero a Dale y después a mí.

—¡Henry! —dijo con voz cálida y con una amplia sonrisa en la cara.

—Yo... no sabía si... Quería preguntar si podía comer algo. Mi papá se ha ido con el señor Rogers y...

—Ven y siéntate —me interrumpió, y se lo agradecí por poder dejar de balbucir. Señaló un taburete—. Voy a prepararte algo.

Fanny me hizo un bocadillo de jamón. Mientras me lo comía, se puso de espaldas y dividió la masa en pastelitos.

Era sencillo y agradable hablar con ella y preguntarle acerca de todo. Averigüé muchas cosas sobre la familia Blake. Richard y Ava Blake tenían tres hijos, dos chicos y una chica. Liam, el mayor, tenía diecisiete años, Cooper quince y Rose catorce. Según Fanny, Liam era

un joven estupendo: inteligente, educado y, en resumen, un caballero en todos los aspectos.

—Por lo que se refiere a Cooper, bueno... —empezó. Me miró con expresión pícara, y después se lanzó de cabeza al cotilleo. El año anterior los Blake habían organizado un baile al que habían acudido las familias más nobles de Inglaterra. Cooper se paseó por la pista de baile a caballo, vestido solo con unos pantalones.

—¡Fue un escándalo! Un verdadero escándalo... —Fanny ponía gesto de asombro, pero se divertía al contarlo—. Es un chico adorable, la verdad, y bastante tímido. Le gustan mucho los animales. Ya ni me acuerdo de las veces que ha recogido pajaritos caídos del nido y los ha cuidado hasta que se han recuperado del todo. ¡Docenas! Por eso todo el mundo cree que fue Rose la que lo engatusó para que hiciera la travesura. —Rio entre dientes—. Rose tenía que haber sido un muchacho. Es... un poco salvaje. Trepa a los árboles como un mono. Esa chica no puede estarse quieta ni un momento. Sale de casa pronto por la mañana y no regresa hasta que anochece, cubierta de polvo, con la ropa hecha una pena y el pelo revuelto. No actúa como una señorita, ¡ni mucho menos! Es muy atrevida. La señorita Rose siempre tiene que decir la última palabra. ¡Y menuda lengua tiene la niña! Sobre todo cuando pierde al tenis. Podemos escuchar sus juramentos desde la cocina...

Yo no perdía ripio de lo que contaba Fanny. ¡Estaba deseando conocer a los hijos de la familia Blake!

—La fuente, la de la mujer con la vasija y los tres niños... ¿son Liam, Cooper y Rose?

La cocinera sonrió.

—No. Esa fuente debe de tener cien años por lo menos.

Me levanté y le dije adiós. Fanny me dio una galleta.

—Ven a cenar con tu padre. A las siete en punto.

—¡Sí! —prometí. Fui a por mi bici y volví a la casa muy deprisa.

555

Cuando, un buen rato más tarde, mi padre volvió a casa, le conté a toda prisa todo lo que me había revelado Fanny. Pensaba que le parecería tan fascinante como a mí, pero me miró con dureza y me dijo que era de muy mala educación cotillear, y que si no entendía lo agradecidos que teníamos que estar por el trabajo que nos habían dado en la hacienda.

—Pero si estoy agradecido —aseguré—. No quería cotillear... lo único que pasa es que estoy muy contento de que haya otros tres niños aquí.

Se enfadó todavía más y me dijo que a esos chicos de clase alta ni se les ocurriría jugar con el hijo de un jardinero.

—Fanny me dijo que la cena es a las siete —dije para cambiar de

tema.

—Pues entonces voy a lavarme —contestó.

—Papá… ¿te… te gusta tu trabajo nuevo?

Mi padre me revolvió el pelo.

—Mucho, Henry. No sabes cuánto me gustaría… —Se quedó en silencio. Supe lo que estaba pensando sin que lo dijera.

—A mí también, papá.

Los dos la habíamos querido mucho, y eso siempre nos mantendría unidos. Maggie Evans. Mi madre, su esposa. Nunca le había oído decirle nada desagradable, jamás.

—Yo era mejor persona cuando ella estaba a mi lado —dijo como si pudiera leerme al pensamiento—. Tienes que soportarme, Henry. Tienes que soportar a tu querido y viejo papá… Tenemos que causar buena impresión aquí. Esta gente no es como nosotros. Son como las damas para las que cosía tu madre… muy superiores. ¿Lo entiendes?

Asentí.

—Eres un buen chico —dijo mi padre, y se dirigió al baño.



4
La última palabra

LA FAMILIA BLAKE había regresado esa mañana. Vi los automóviles entrando en la casa. Mi impulso inicial fue seguir al convoy en la bici, pero enseguida recordé lo que me había dicho mi padre. Solo era el hijo del jardinero, y debía procurar no causar mala impresión.

Fui a mi lugar favorito, la fuente. Los días anteriores había pasado en ella la mayor parte del tiempo. El continuo fluir del agua hacía que mi mente fluyera libremente también. Imaginaba historias que no tenían principio ni fin, aunque sí una melodía: la canción que me cantaba mi madre.

Pero ese día no soñaba despierto. Estaba inquieto. Quería ver a los chicos Blake, tenía que verlos.

Alrededor del mediodía me dirigí a la casa grande. Se había convertido en un ritual diario: un bocadillo en la cocina. Un poco de cotilleo con Fanny, como lo llamaba mi padre. Tampoco tenía que pedir permiso para entrar. La puerta trasera nunca estaba cerrada con llave. Simplemente pasaba y ya está. En cuanto la cocinera oía mis pisadas en la escalera, sacaba el jamón y el pan.

Ese día las cosas estaban un poco más agitadas de lo normal. Las ayudantes de cocina llenaban de salsas y sopa las fuentes y las soperas de plata y colocaban trozos de rosbif y de pollo en las bandejas. El señor Ward, el mayordomo, no dejaba de dar órdenes como ladridos. Tenía una voz profunda que te traspasaba.

—Henry, siéntate —dijo Fanny—. Vas a tener que esperar un rato. Los Blake han vuelto y ahora están comiendo.

Coloqué el taburete en un rincón y me puse a observar los acontecimientos.

—¿Necesitas ayuda para subir las cosas? —le pregunté a Dale, el

criado y camarero, cuando pasó a mi lado.

—¡Oh, Henry! —dijo riendo. Tanto él como los otros sirvientes llevaban levita negra, chaleco de raya diplomática, pajarita y guantes blancos.

Una vez que salió de la cocina el último plato, la cocinera me llamó. Me dio un bol de cremosa sopa y un muslo de pollo.

—He guardado esto para ti. Ahora que los Blake están en casa, tendrás que venir un poco más pronto o un poco más tarde. O, si no, tendrás que esperar.

—¿Por eso llevan guantes Dale y los demás? ¿Porque ha vuelto la familia?

Asintió.

—Sí. Cuando sirven tienen que llevar guantes.

Fueron precisamente los guantes los que me dejaron claro lo poco que mi padre y yo teníamos en común con los Blake. En nuestro mundo la gente llevaba guantes en invierno, cuando hacía frío fuera. O dentro, cuando la estufa no calentaba lo suficiente. Yo tenía unos de color verde oscuro, de lana, que había tejido mi madre.

Me tomé la sopa y el pollo mientras las ayudantes de cocina, Kitty e Iris, lavaban los platos. Eran dos chicas calladas y tímidas que parecían muy frágiles en comparación con Fanny. Le di las gracias a la cocinera por la comida y, como siempre, me dio una galleta.

—Esta noche la cena no será hasta las ocho. Díselo a tu padre.

—Sí, se lo diré.

Subí las escaleras, salí de la casa, me monté en la bici y empecé a pedalear con todas mis fuerzas. En un momento dado, conseguí el impuso suficiente como para dejar de pedalear y soltar las manos de la barra, dejando que la bici avanzara sola y en línea recta. El aire estaba caliente. Paré para recuperar el aliento a la sombra de un fresno enorme. Me apoyé en el tronco y cerré los ojos.

—Oye, tú —dijo una voz cercana.

Abrí los ojos, pero no vi a nadie.

—¡Oye!

La voz venía de arriba. Miré al árbol. Entonces vi un vestido de flores amarillas. Rizos color de miel hasta los hombros y ojos pardos como avellanas.

La chica se lanzó desde las ramas y aterrizó sana y salva en el suelo.

—Te puedes romper una pierna si saltas desde tan alto —dije.

—Menuda bobada —respondió.

—Larry, que vivía en mi misma calle, saltó desde el tejado de un cobertizo y se rompió las piernas. Las dos.

—Pues entonces ese tal Larry no es muy bueno saltando, no. Yo siempre salto desde esa altura, o más.

—Larry era muy bueno saltando —afirmé.

—Pues a mí me parece que no. Si lo fuera, no se habría roto las dos piernas, ¿no crees?

No supe qué decir.

—¿Quién eres? —preguntó mientras se sacudía la suciedad del vestido.

—Henry.

—¿Y qué haces aquí?

—Vivo aquí.

—Pero eso yo tendría que saberlo. —Se sentó a mi lado.

—Mi padre trabaja aquí de segundo jardinero. Acabamos de llegar.

Asintió.

—¿No vas a preguntarme quién soy yo? —preguntó tras una breve pausa.

—Sé quién eres.

—No lo sabes.

—Te digo que lo sé. Eres Rose.

Inclinó la cabeza y me miró asombrada.

—¿Y cómo lo sabes?

—Por Fanny, la cocinera. Y tienes dos hermanos —añadí con tono triunfal.

Reflexionó durante un momento.

—Lo que tú sabes es que aquí vive una chica que se llama Rose, ¿pero cómo puedes saber que yo soy esa Rose? Podría ser cualquier otra.

—No podrías.

—Sí que podría.

—No podrías.

—Sí que podría.

—Pero es que eres Rose —dije—. Aquí no hay más niños, salvo vosotros tres y yo.

—Puede que me haya perdido y haya terminado aquí, o que sea como Robin Hood y viva siempre en el bosque.

Recordé la voz de Fanny diciéndome: «La señorita Rose siempre tiene que decir la última palabra». Decidí dejarlo ahí.

—Muy bien —dijo por fin—. Soy Rose. ¿Cuántos años tienes?

—Trece.

—Yo ya tengo catorce.

—Yo casi tengo catorce.

—Sigo siendo mayor que tú.

Asentí.

—Lo cual significa que puedo decidir lo que vas a hacer ahora. Así es la vida, Henry. Los mayores son los que toman las decisiones —añadió riendo—. Es lo que dice mi profesor de piano cada vez que me

quejo de algo. —Cambió el tono de voz—. «Así es la vida, Rose, así es la vida…». ¡Qué rabia me da!

—Y a mí.

—Normal. De todas formas, ¿puedo decidir lo que vamos a hacer ahora?

—De acuerdo —asentí.

—Vamos a nadar.

—¿En la fuente?

—Henry —replicó muy seria negando con la cabeza—, en las fuentes no se nada.

Estuve a punto de contradecirla, pero decidí que fuera Rose la que dijera la última palabra. También esta vez.



5

El anillo del lago Sludge

ROSE SE SENTÓ de lado sobre la barra de la bici y yo pedaleé. El pelo se le movía al viento y me acariciaba las mejillas. Su cuerpo me impedía ver, así que seguí sus indicaciones. No era fácil mantener el equilibrio, la verdad.

Llegamos al bosque de pinos. Yo pensaba que ese era el final de la hacienda, pero Rose señaló hacia la derecha.

—¡Por ahí!

Había un sendero muy estrecho en el que yo no me había fijado.

Nos bajamos de la bici. Ella abría la marcha y yo la seguía empujando la bicicleta.

—¿El bosque también es vuestro?

—Sí.

El camino era umbrío y fresco. Los altos abetos apenas dejaban pasar la luz. La verdad es que me daba un poco de miedo.

—Hay caminos más fáciles para llegar, pero yo nunca voy por ellos —aclaró Rose.

—¿Vienes mucho por aquí?

—Sí.

—¿Tú sola?

—Sí.

—¿Y no te da miedo?

—¿Miedo? ¿De qué?

—No lo sé... De los animales. No sé.

—Por aquí solo hay zorros y conejos. ¿Tendría que tener miedo de ellos?

—No.

—Pues eso. ¿Por qué lo preguntas? ¿Tú tienes miedo?

—Puede ser… No es que tenga miedo exactamente, pero no me gustaría venir por aquí yo solo.

—Bueno, pues no lo estás —dijo.

En ese momento había mucha más luz. Habíamos llegado a un claro con un pequeño lago. El agua era de color marrón oscuro, parecía fangosa.

—Ya hemos llegado —anunció.

—¿Aquí es donde quieres que nademos?

—Sí.

Rose se quitó el vestido. La ropa interior y las bragas eran de tela brillante.

—Vamos —me animó.

Dejé la bici en el suelo y me quité la camisa, pero después dudé. Tenía los pantalones limpios, pero como mi padre y yo nos lavábamos la ropa sin ayuda desde la muerte de mi madre, todas nuestras prendas blancas se veían ahora un poco grises. No me apetecía que Rose viera que tenía los calzoncillos mal lavados.

—¡Vamos! —insistió—. ¿A qué esperas? ¡No me digas que también te da miedo el agua!

—¡No! —grité. Contuve el aliento mientras me quitaba los pantalones, pero Rose no pareció ni mirar los calzoncillos.

—¡Vamos! —gritó otra vez. Era muy impaciente.

Echamos a andar hacia la orilla y Rose me agarró de la mano.

—A la de tres —dijo.

—¡Una, dos y tres! —contamos juntos. Y saltamos.

Hacía pie justo de puntillas.

—El verano pasado perdí mi anillo aquí —me contó avanzando hacia el centro del lago—, pero no puedo bucear lo suficiente para buscarlo.

Nadé hacia ella.

—¿Probamos?

Había aprendido a nadar en el Támesis. Cuatro años antes habían traído arena para que hubiera una playa como Dios manda entre Tower Bridge y St. Katharine. En la inauguración, el rey Jorge dijo que se hacía para los niños de Londres y que para ellos siempre sería gratis bañarse allí. Mi padre me apuntó a clases de natación.

—Sí, inténtalo a ver —aceptó Rose.

Respiré hondo para acumular aire y me zambullí. No se veía nada. Bajé y bajé hasta llegar al fondo, que era de arena y piedras pequeñas. Rebusqué con las dos manos, pero no encontré nada. Me estaba quedando sin aire y tuve que volver a la superficie.

—¿Lo has encontrado? —preguntó Rose.

Tosí y eché un poco de agua por la boca.

—No, pero sí que he llegado al fondo.

—¿De verdad?
—Claro.
—Pues entonces puedes probar otra vez —dijo.
—Lo intentaré todos los días. Hasta que lo encuentre.
Rose sonrió.
Esa tarde buceé cinco veces más. No hubo suerte.
Por fin nadamos de vuelta a la orilla y nos sentamos al sol.
Era la primera vez que me sentía feliz desde la muerte de mi madre.



6

El hijo del jardinero

ESTÁBAMOS SENTADOS en una rama muy gruesa de un fresno, uno al lado del otro. En el lugar donde nos habíamos conocido cuatro días antes.

—El año pasado me hice amiga de uno de los chicos del establo. Se llamaba George, y sabía un montón de cosas sobre los caballos. Mis padres me dijeron que no podía pasar tanto tiempo con él. Cuando les pregunté por qué, me dijeron que era demasiado mayor, pero en realidad tenía quince años, los mismos que Cenric. Cenric es el hijo de los Melton. Melton House es el doble de grande que nuestra casa, Blake Hall, y cada vez que vienen aquí o que nosotros vamos allí, mis padres siempre quieren que hable con Cenric, o que juegue con él al tenis, o que salga a cabalgar con él. Me dicen continuamente cosas como: «Vas a ver a Cenric, ¿no es estupendo?». Pero yo no lo aguanto. Así que les dije: «Pues George tiene la misma edad que Cenric». Y ellos dijeron: «Pero eso es distinto».

Rose me miró con expresión inusualmente seria.

—¿Y ahora dónde está George? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Creo que lo despidieron. Nos fuimos a Somerset y cuando volvimos ya no estaba.

—¿Te gustaba?

—Claro.

Se me encogió el estómago. «¿Te gustaba más que yo?», quería preguntarle, pero no me atreví.

—¿Lo echas de menos? —dije en lugar de la otra pregunta.

Rose pensó durante un momento.

—No. Ya no.

—Bueno, por lo menos tus padres no pueden decir que soy «demasiado mayor».

—No lo has entendido.

—Claro que sí. Yo soy solo el hijo del jardinero, mientras que… tú eres Rose Blake.

Asintió.

—Y por eso tenemos que ser listos y hacer bien las cosas.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Puede que… no lo sé. Pero no quiero que desaparezcas un día sin más ni más. Como pasó con George.

Asentí.

—Esta tarde hay un pequeño torneo de tenis. Mis padres tienen visita, unos amigos. Yo también voy a jugar. Soy mucho mejor que mis hermanos, te lo juro. No estoy presumiendo, es verdad —aseguró.

—¿Va a venir también el tal Cenric?

Ella negó con vehemencia.

—Afortunadamente no. Juega fatal al tenis. Vienen los Ashbury y los Rutherford. Los Rutherford tienen una hija y un hijo. Él tiene diecisiete, como Liam, y ella diecinueve, creo. Y los Ashbury tres chicos, pero no los conozco. Si quieres, puedes venir a vernos jugar.

—Pero tus padres…

—Podemos fingir que no nos conocemos, y tú te puedes quedar un poco atrás. Casi siempre vienen a mirar algunos criados. ¿Sabes dónde está la cancha de tenis?

Asentí.

—Tienes que venir a verme, Henry. Quiero ser una buena jugadora de tenis, como Maud Watson. Fue la primera mujer que ganó Wimbledon. Durante la Gran Guerra fue enfermera, y no se casó.

—¿Tú tampoco quieres casarte? —pregunté.

Rose me miró.

—Desde luego no con alguien como Cenric. Pero lo que yo quiero hacer de verdad es jugar al tenis. ¿Y tú, qué quieres hacer?

—No estoy seguro —contesté con sinceridad.

—Puede que seas jardinero, como tu padre. Y así te podrías quedar aquí siempre. Y… y si yo no me caso, también me podría quedar siempre aquí. Liam heredará Blake Hall, pero estoy segura de que me dejará quedarme en mi habitación. Hay sitio más que de sobra. Jugaré al tenis y todo será igual que ahora. En verano iremos a nadar y en invierno patinaremos. Cuando juegue al tenis, vendrás a verme.

—Eso está muy bien —admití. Me apetecía tomarle la mano, pero dudé. Se bajó del árbol antes de que lo hiciera.

—Tengo que irme a casa. Ven a la cancha de tenis a las cuatro.

Salió corriendo. Era muy rápida y la perdí de vista enseguida.

Me monté en la bici y pedaleé hacia el bosque. Desmonté al llegar al sendero estrecho del lago.

Me quedé allí quieto un buen rato, sin hacer nada.

«¿Te vas a casar conmigo, querida Ally, Ally Croaker?», empecé a cantar en voz baja, y eché a andar.

Conforme avanzaba, empecé a inventar una letra para la canción, aunque no rimara. «Querida Ally Croaker, aquí solo hay zorros y conejos. No tengo miedo, Ally Croaker. Y hoy voy a encontrar tu anillo, Ally Croaker. ¿Te vas a casar conmigo, querida Ally, Ally Croaker?».

Buceé hasta el fondo del lago una y otra vez, pero ese día tampoco encontré el anillo. Según me había dicho Rose, era de oro, y tenía una piedra verde. Esta vez no me quedé sentado al sol para secarme. Sin Rose, me sentía solo en la orilla del lago Sludge.



7

El torneo de tenis

TRAS BAÑARME a conciencia, me puse mis mejores pantalones azul marino y una camisa azul claro. Lustré a fondo los zapatos de cordones y me peiné el pelo hasta hacerlo brillar. A los adultos les gusta que los niños estén siempre limpios. Por si acaso los Blake se fijaban en mí, quería gustarles. Estaba nervioso, pero también quería atreverme con lo que viniera. En la calle donde vivía antes, siempre nos animábamos entre nosotros a hacer cosas nuevas y difíciles: robar canicas en la zona de la letrina o retar a la vieja señora Cramer, de la que todos contaban que alguna vez le había cortado las orejas a un niño. O robarle una caja de tabaco o una pinta de cerveza a un borrachuzo del *pub*. Pero el reto en sí mismo era el miedo a fallar. Si la fastidiabas, no parabas de darle vueltas y vueltas en la cabeza, más de cien veces, hasta que, en un momento dado, te dabas cuenta de qué era lo que habías hecho mal, aunque ya fuese demasiado tarde. Porque en esa clase de retos no había segundas oportunidades. Esa era la regla. No tenía ni idea de quién la había establecido, pero estaba escrita en piedra.

Me miré en el espejo redondeado del baño. Tenía los ojos verdes, el pelo rubio oscuro. Algunas pecas en la nariz. Me parecía mucho a mi madre. Ya lo sabía, pues antes de su muerte la gente no paraba de decírnoslo. Pero ese día lo comprobé por mí mismo y por primera vez. En mis rasgos reconocía a Maggie Evans. En ese momento la sentí muy cercana. Me tranquilicé por completo. Me sentí fuerte.

Me calé la gorra y monté en la bici. La cancha de tenis estaba a medio camino de Blake Hall desde nuestra casita. Se habían colocado sillas en los laterales. Los criados servían bebidas frescas. Vi al chófer de pie bajo un aliso cercano y me acerqué a él.

—¡Hola, Henry! —saludó—. El torneo va a empezar enseguida. Quédate aquí para verlo.

Se veía muy bien desde allí. Todos iban vestidos de blanco. Puro y limpio como la nieve recién caída. Ni siquiera cuando mi madre nos lavaba la ropa la dejaba tan blanca. Enseguida busqué a Rose con la mirada. El vestido, sin mangas, le llegaba justo por debajo de las rodillas, y tenía el pelo recogido en una trenza. Estaba muy concentrada, un poco separada de los otros jugadores. Los ojos semicerrados y la boca semiabierta. Sostenía la raqueta con la mano derecha. Los demás jugadores estaban sentados o formando pequeños grupos, bebiendo y charlando. No entendía lo que hablaban, estaba demasiado lejos.

No era capaz de adivinar qué chicos eran los hermanos Blake y cuáles pertenecían a las otras familias. Lo cierto era que Rose no se parecía a ninguno de ellos, al menos de forma obvia.

Craig me aclaró las cosas.

—La chica de la trenza es Rose Blake.

Estuve a punto de decir que ya lo sabía, pero me contuve y solo asentí.

—El de los rizos, que está más a la derecha, es Cooper; y el larguirucho de pelo negro es Liam, el mayor de los Blake.

Cooper, que estaba sentado, se inclinó hacia delante mirando al suelo. No parecía sentirse en su ambiente, pero de una forma distinta a la de Rose. Puede que ella pareciera poco integrada con los demás, sí, pero yo la notaba muy metida en la situación, como si estuviera concentrada por completo en el tenis, mucho más que los demás jugadores.

Todo parecía girar alrededor de Liam, como si se tratara de una estrella de cine. Los demás jóvenes se arracimaban a su alrededor, pendientes de lo que decía.

—El caballero de pelo negro, al que ahora le está dando Dale un vaso de limonada, es el señor Blake. Y la dama alta que está a su lado, la señora Blake —prosiguió el chófer.

Liam había heredado de su padre el pelo negro brillante y de su madre la estatura. En ese momento, el señor Blake lo llamó. El torneo iba a empezar.

—Primero disputan partidos individuales, a un solo juego, hasta que haya dos finalistas, y el último partido se juega completo, al mejor de tres sets —me contó Craig—. La final se jugará mañana.

Yo no sabía cómo se contaban los puntos, ni tampoco conocía las reglas del juego. Pero allí estaba él para ayudar.

El señor Blake se puso de pie. Tenía un bol de plata en las manos.

—Ahora van a sortear quién juega contra quién —aclaró Craig.

El señor Blake escogió dos papeles doblados y pronunció dos

nombres en voz alta.

—Ian Asbury contra Alice Rutherford.

Ian era el hijo mayor de los Asbury, y Alice la única hija de los Rutherford. Se estrecharon las manos.

Una moneda lanzada al aire estableció que ella sacaría primero.

La primera bola fue a la red. La segunda entró. Ian la devolvió, pero Alice falló. Se rio. Nada a quince. Alice sirvió de nuevo. Doble falta. Nada a treinta. Volea corta que se estrelló en la red. Nada a cuarenta.

Ian se clasificó para la siguiente ronda. Aplauso.

Ahora fue el señor Asbury el que sacó dos papeles más.

—Andrew Asbury contra Cooper Blake.

Andrew y Cooper eran de la misma edad y más o menos de la misma estatura, pero Andrew era ancho de hombros, y de piernas y brazos musculosos, mientras que Cooper era larguirucho y algo enclenque. Le tocó sacar a Andrew.

Saque directo. Quince a nada.

Cooper consiguió devolver la siguiente bola, cosa que pareció sorprenderlo incluso a él, y aún resultó más extraño que Andrew fallara su tiro.

Quince iguales.

El tanteo se puso cuarenta a quince en un abrir y cerrar de ojos. Andrew ganó el partido.

El siguiente fue Liam Blake contra el señor Asbury.

Los dos jugaban bien. Los intercambios eran largos.

El tanteo iba treinta a quince a favor de Liam. Su contrincante devolvió una bola, Blake la golpeó con el canto de la raqueta y la pelota cayó a mis pies. Todo el mundo volvió la vista hacia Craig y hacia mí. Agarré la bola, corrí hacia la pista y se la di a Liam.

—Gracias. ¿Tú eres...? —preguntó amablemente.

—Henry. Henry Evans, señor. Mi padre es el nuevo jardinero.

Liam sonrió.

—Henry, ¿te gustaría ser nuestro recogepelotas?

—Sí, señor. ¿Qué es lo que tengo que hacer?

—Estar agachado junto a la red y recoger las bolas que golpeamos mal.

—Encantado de ayudar, señor.

—¡Por fin tenemos recogepelotas! —anunció en voz alta—. Os presento a Henry Evans.

Todo el mundo me aplaudió.

Lo di todo: corrí a la mayor velocidad que pude y no me puse en el camino de nadie. Los recogepelotas tienen que ser invisibles. Ayudan a jugar, pero no forman parte del juego.



8
El recogepelotas

MIRÉ A ROSE tres veces, pero ella solo me vio una. Me lanzó una sonrisa rápida, como diciéndome: «¡Bien hecho, Henry!».

Rose Blake y Ben Rutherford tenían que jugar el último partido.

Ben tenía diecisiete años y era un joven muy atlético. Le sacaba tres cabezas a Rose. El enfrentamiento me parecía de lo más injusto y el jugador parecía sentir lo mismo que yo. Le ofreció el saque a Rose sin necesidad de sorteo, pero ella lo fulminó con la mirada.

—¡De eso nada! —replicó en voz alta, de forma que todos la oyeron—. Lanzaremos una moneda al aire para sortear, como los demás. Yo juego bien. Apostaría que mejor que tú.

—¡Rose! —la reprendió su padre—. Esa arrogancia no es nada apropiada para una joven.

Rose se encogió de hombros. Ben sonrió.

Él ganó el sorteo.

El chico no hizo caso de su advertencia e hizo un saque débil. Rose no tuvo piedad y devolvió la bola con una derecha fuerte y precisa. Ben mandó su golpe a la red. Seguramente se dio cuenta de que la chica podía ser una oponente difícil. Cero a quince.

Sacó con mucha fuerza. Rose devolvió el saque. Ahí Ben ya estuvo seguro de que tendría que emplearse a fondo. Y lo hizo. Pero fue ella la que dominó los intercambios, con él defendiéndose y corriendo detrás de la bola. Hasta que no fue capaz de devolver un golpe ajustado. Cero a treinta.

Servicio. Directo, imposible de devolver. Un *ace*. Quince a treinta.

El siguiente punto se convirtió en el intercambio de golpes más largo del torneo hasta ese momento. Los dos se emplearon a fondo, sin concesiones y sin escatimar esfuerzos. A Ben se le llenó la frente de

gotas de sudor. Grandes gotas. Rose tenía las mejillas muy rojas, pero se movía por la pista con tanta agilidad que su oponente hasta parecía torpe y lento.

Él mandó la bola fuera.

Quince a cuarenta.

El siguiente punto fue corto. Rose había ganado.

Alzó el puño. Aplauso.

Ben inclinó la cabeza hacia ella deportivamente.

La segunda y la tercera ronda establecieron los finalistas.

Liam y Rose Blake.

Recogí las pelotas que habían salido de la pista. Cuando terminé, Liam me llamó.

—Felicidades, Henry —dijo. Me dio un tazón lleno de fresas con nata. Y allí estaba yo, entre los Blake, los Asbury y los Rutherford. Hasta el señor Blake me dio las gracias y me dijo que había hecho muy bien el trabajo.

—¿Sabes jugar al tenis? —Me di la vuelta. Sí, era Rose la que me había preguntado.

—Pues... No.

—Puedo enseñarte. Necesito a alguien con quien practicar, porque mis hermanos nunca quieren o no tienen tiempo. Soy Rose —dijo, y me guiñó el ojo.

—Y yo Henry. —Le devolví el guiño.

—¿Quieres hacer de recogepelotas mañana también? —preguntó Liam.

Asentí.

—Por supuesto, señor.

—Voy a enseñar a Henry a jugar al tenis. Así tendré a alguien con quien jugar —le comentó a su hermano.

—Muy buena idea —admitió, y después me miró—. ¿Te ha preguntado siquiera Rose si te apetece hacerlo?

—Sí, señor... Claro que me apetece.

El señor Blake había estado siguiendo la conversación.

—Pobre Henry... —dijo riendo—. Rose ya ha encontrado una nueva víctima.

555

Cuando mi padre volvió a casa esa noche, le conté todo lo que había pasado en el torneo de tenis.

—Y Liam, que es el hijo mayor, me nombró recogepelotas. Hay que quedarse junto a la red, y cuando se para el juego y se queda una pelota en la cancha, rodando, hay que salir corriendo todo lo rápido que se pueda, recogerla y volver a correr a tu sitio junto a la red. Se corre hacia el lugar más cercano. Tras acabar el partido se recogen las que se han ido lejos. Hay que estar muy concentrado, porque tienes

que ser muy muy rápido. Y lo hice muy bien. Eso me dijo el señor Blake en persona, y Liam me dio fresas con nata. Rose, que es la hija de los Blake, quiere enseñarme a jugar al tenis. Han sido todos muy amables conmigo, ¡y hasta me han aplaudido! Mañana es la final. Rose contra Liam. Ella es la mejor… Y yo… voy a volver a ser el recogepelotas.

Mi padre sonrió.

—Me alegro de que hayas pasado un buen día. Y de que hagas cosas útiles. —Parecía preocupado al acariciarme el pelo. Me pareció que quería decirme algo más; pero, de ser así, se lo guardó para él.

Esa noche cenamos en casa. Mi padre preparó una especie de estofado de cerdo.

—¿Te parece que está salado? —me preguntó.

—No, qué va. Está bueno —mentí.

—Tu madre era una magnífica cocinera. Siempre era capaz de preparar un banquete con lo poco que había en Londres.

Asentí. Era verdad que mi madre cocinaba muy bien, pero también lo era que jamás nos dimos un banquete.

—Papá…

—¿Qué?

—Puede que cuando sea mayor trabaje de jardinero, como tú —dije. «Así podría quedarme aquí para siempre», pensé.

Sonrió.

—No sabía que te gustarán tanto las plantas.

—Sí, me gustan mucho. —Para castigarme por mentir, me serví otra ración de estofado salado.



9

La final

LA FINAL se programó para después del almuerzo. Estaba tan nervioso como si fuera a jugarla yo, y eso que solo tenía que recoger las bolas que se iban fuera o daban en la red. Revisé la cancha, recogí unas cuantas piedrecitas sueltas y coloqué cestas con pelotas en todas las esquinas del campo. También tensé la red y limpié las sillas. Estaba tan centrado en el trabajo que ni me di cuenta de la llegada de Liam y del señor Blake.

—Henry, te estás convirtiendo en el alma del torneo —me dijo el señor Blake.

Miré hacia arriba. Los dos me sonreían.

—Gracias, señor —dije en voz baja y algo azorado.

Empezó a acercarse el resto del grupo. Llegaron sirvientes con bebidas. Rose pareció no fijarse en que yo estaba allí, pero lo cierto es que no hacía caso a nadie. Estaba muy concentrada en sus propios pensamientos. Justo antes de que empezara el partido, se acercó a la red. Yo ya estaba agachado junto al extremo.

—Deséame suerte, Henry.

—Buena suerte, Rose. ¡Vas a ganar!

Alice Rutherford lanzó la moneda. Cruz. Liam serviría primero. Ian y Andrew Asbury fueron nombrados jueces de línea. Se hizo el silencio.

Liam y Rose se estrecharon las manos.

Los dos jugaban bien. Los intercambios eran largos. Unas veces ganaba el punto Rose, y otras Liam. Ella siempre juraba cuando fallaba o echaba la bola fuera.

Discutía con los jueces de línea.

—¿Estás ciego? —le gritó una vez a Ian, y se fue a por él. Por un

momento pensé que hasta lo iba a golpear con la raqueta. Parece que él pensó lo mismo, pues se quedó lívido. Desde luego, en nuestro barrio de Londres aquella chica no habría desentonado lo más mínimo.

—¡Rose! —la riñó en voz alta el señor Blake—. Ya está bien. Una protesta más y quedarás descalificada.

Se la veía furiosa, pero obedeció a su padre. A partir de entonces murmuró entre dientes cuando no estaba de acuerdo con las decisiones de los jueces, pero sin decir nada en voz alta y con la cabeza baja. Solo yo podía verla poner los ojos en blanco y gruñir.

Ganó el primer set seis a cuatro. El segundo lo ganó Liam siete a cinco. Tras él hubo un descanso. Se sirvieron pequeños sándwiches. Recogí todas las pelotas, las coloqué a los lados y me quedé esperando, confiando en que alguien me ofreciera un refrigerio. Pero Liam y el señor Blake estaban muy concentrados en su conversación. Rose esperaba sentada en una banqueta, con la mirada fija en el suelo. Yo paseé la vista por los espectadores, todos ellos masticando con ganas. Igual alguien se fijaría en mí y me acercaría algo. Pero nadie me vio. Recorrí la pista, manoseé las cestas llenas de pelotas, tosí ostensiblemente.

Y esperé a que alguien me llamara.

—Bueno, vamos a terminar con esto —propuso Liam.

Me rugía el estómago y tenía la boca seca. Volví a mi sitio.

Al correr me sentía un poco mareado.

El marcador se puso seis a seis. Había que desempatar. El partido se eternizaba. Por supuesto que quería que ganara Rose, pero tenía tanta sed que lo que realmente ansiaba era que terminara el partido.

Al final hubo un ganador: Liam.

Rose lanzó la raqueta al suelo. Liam rio.

—Rose, solo es un juego —dijo.

—Sí, pero tenía que haber ganado yo. Los jueces te han ayudado.

Liam saltó la red y rodeó con el brazo a su hermana.

—Cálmate, porque si no papá se va a enfadar mucho —le dijo en voz baja—. Vamos, pórtate bien. —La estrechó con cariño, pero ella se soltó de él y luego corrió hacia mí.

—Esta noche, en nuestro árbol. A medianoche. No podré ir antes.

—No creo que mi padre me deje salir tan tarde...

—A escondidas, Henry. Sal por la ventana, o lo que sea... No creerás que a mí me dejan salir de casa a medianoche, ¿verdad?

Recogí las bolas lo más rápido que pude. Cuando terminé ya se habían ido todos, hasta los criados. Esta vez no hubo nada para mí, ni fresas con nata ni una ovación.

Fui con la bici a toda velocidad hasta la puerta de servicio. Bajé

corriendo las escaleras hasta la cocina.

—Fanny, un vaso de agua, por favor… —jadeé.

Me bebí cuatro vasos seguidos, y después ella me acercó un plato lleno de sándwiches sobrantes del té. Me preguntó por el partido.

—Ganó Liam.

—Mi querida señorita Rose no debe de estar nada contenta.

—Mereció ganar —afirmé—. Los jueces de línea la perjudicaron.

Fanny rio.

—¡Es verdad! —insistí—. Rose… es la mejor.

Me miró, seria de repente.

—¿Te gusta?

—Sí —dije en voz baja.

—¡Oh, Henry! —La cocinera me acarició la mejilla.



10

A medianoche

PERMANECÍA en la cama sin parar de manosear el reloj de pulsera de mi madre, que había sacado de uno de los cajones de la sala de estar. Yo no tenía uno propio, y no iba a estar yendo cada dos por tres a la cocina para consultar la hora. El reloj y la pulsera de boda eran las únicas joyas que mi madre había poseído en su vida.

Me levanté de la cama poco antes de la medianoche. Estaba totalmente vestido, con zapatos y todo. Había dejado la ventana entreabierta. La abrí un poco más, salí por ella y la cerré. Arrastré la bici a unos metros de distancia de la casa haciendo el menor ruido posible y después empecé a pedalear fuerte. La única luz que iluminaba la noche era la de una luna incompleta.

—Henry. —Rose ya estaba sentada en nuestra rama.

—Rose —susurré.

—Puedes hablar normalmente. Aquí nadie nos puede oír.

—De acuerdo —volví a susurrar.

Ella rio. Trepé hasta la rama.

—¿Ha sido difícil? —preguntó una vez que me senté a su lado.

—¿El qué?

—Salir sin que tu padre se diera cuenta.

—No.

—Bien.

—¿Por... por qué estamos aquí? —pregunté.

—Porque quería verte. ¿Tú no quieres verme a mí?

—Sí, claro que sí —contesté de inmediato.

—Estando por aquí los Asbury y los Rutherford apenas puedo salir durante el día. Mañana nos vamos de pícnic. ¡No sabes cuánto los odio! Sobre todo a los dos Asbury que ayer hicieron de jueces de línea.

Ian es lo peor.
—Sí… —dije asintiendo—. Jugaste de maravilla.
—¡Pero perdí!
—Porque los Asbury hicieron trampa.
Rose sonrió.
—¿Tú también te diste cuenta?
Asentí, aunque en realidad no estaba del todo seguro de que los Asbury tuviesen la culpa. No obstante, estaba de su lado, eso seguro.
—Hasta le dije a Fanny que habías perdido porque no fueron justos.
—¿A Fanny, nuestra cocinera?
Asentí.
—Probablemente se alegró de que ganara Liam. Le gusta mucho más que yo.
—No creo que sea así.
—Lo es, te lo digo yo. A todo el mundo le gusta más Liam que yo. Hasta Cooper les gusta más que yo.
Me acordé del escándalo de Cooper y le pregunté a Rose si era verdad que lo había convencido de entrar a caballo en el vestíbulo.
Permaneció un momento callada antes de contestar.
—Sí. Pensé que sería divertido, y Cooper también… Pero en cuando se encontró en apuros, me echó la culpa y me delató. Él es así.
—Yo jamás te delataría.
—Lo sé. Y lo que hiciste al convertirte en nuestro recogepelotas fue muy inteligente. Ahora puedo enseñarte a jugar al tenis y nadie dirá nada si nos ve juntos. Y no te despedirán.
—¿Me puedes empezar a enseñar mañana? —pregunté.
—No, mañana es el pícnic.
—¿Y tampoco podremos ir a nadar?
Negó con la cabeza.
—¿Dónde haréis el pícnic? —pregunté.
—Búscame.
—Nunca he ido a uno de verdad.
—No es nada especial. Te sientas sobre unas mantas y comes. Y juegas al cróquet. También se habla y se disfruta de las vistas. Prefiero mil veces ir a nadar o jugar al tenis contigo.
Estuvimos sentados en el árbol hasta que se nos cerraban los ojos de sueño. Llevé a casa a Rose.
—¿Cuándo volveremos a vernos?
Se encogió de hombros.
—No te preocupes. Te encontraré.
Pedaleé hasta casa, trepé hasta la ventana, entré, me desvestí y cerré los ojos. Vi la cara de mi madre, después la de Rose y después la cancha de tenis. Vi a Fanny, nuestro piso de Londres, las rosas del patio de vecinos y el plato de sándwiches.

Los sándwiches me entristecieron. Añoraba a mi madre sentada junto a mí y cantando su canción. Si pudiera oírla cantar seguro que terminaba esa extraña melancolía. Intenté evocar su voz, pero todo siguió en silencio, salvo por el canto de los grillos. Así que me puse a cantar. «¿Te vas a casar conmigo, querida Ally, Ally Croaker?».

Cantar esa estrofa una y otra vez no me reconfortó, ni poco ni mucho. Hasta que por fin me dormí.



11

Pícnic en Lane Park

A LA MAÑANA siguiente fui solo al lago Sludge. Buceé hasta el fondo varias veces. Parecía que ese día tampoco iba a ser capaz de encontrar el anillo. Anduve en bicicleta de un lado a otro para ver si descubría el lugar del pícnic. Pensé que quizá necesitarían un chico para ayudarlos con el cróquet. Se puede decir que recorrí la hacienda de arriba abajo, pero fue en vano. Me acerqué a la mansión.

Había varios criados jugando a las cartas en el comedor del servicio. Hablaban muy alto. Apostaban. Unos maldecían y otros reían.

Fanny estaba sola en la cocina.

—La familia se ha ido a Lane Park. No volverán hasta la cena. Unas pocas horas fuera y todo el mundo pierde la cabeza. —Gruñó muy enfadada, pero después me habló con cariño—: ¿Quieres comer algo?

—No tengo hambre... ¿Dónde está Lane Park?

—¿Lane Park?

—Sí.

—Tiene gracia... la verdad es que no lo sé exactamente.

—¿Está lejos de aquí?

—No demasiado. A una hora por carretera, más o menos.

—¿Pertenece también a los Blake?

—No. Es de los Lane.

—¿Conoces a los Lane?

—Cariño, sé quiénes son los Lane; pero conocerlos, no los conozco.

—¿Tienen hijos? Los Lane, quiero decir.

—Hoy tenemos ganas de saber cosas, ¿eh? Sí, los Lane tienen hijos.

—¿Cuántos?

Me miró entre divertida y preocupada.

—Si no me equivoco, dos.

Me hubiera gustado saber más; por ejemplo, si eran chicos o chicas. Averiguar si eran amigos de Rose. Me daban envidia todos: los Asbury, los Rutherford, los Lane... Podían pasar tiempo con Rose. Sentarse con ella a comer sobre una manta y jugar al cróquet.

—Tengo que irme —dije—. Adiós, Fanny.

—Nos vemos esta tarde, Henry.

Se podía decir que mi padre había renunciado a cocinar, ya no lo hacía.

—Sí, nos vemos.

Me asomé al comedor. El servicio seguía jugando, maldiciendo y riendo.

—¡Henry! —me llamó Dale—. ¿Una partidita?

—No. Tengo que irme.

555

Regresé a nuestra casa y devolví a su sitio en el cajón el reloj de pulsera, que todavía estaba en mi habitación. Vi de refilón el libro de mi padre, en la estantería y apoyado sobre un jarrón de porcelana. *La vegetación de Gran Bretaña*.

Me senté en la mesa y empecé a ojearlo. Era un volumen muy grueso. Las páginas amarilleaban del uso y mostraban listas de árboles, flores y arbustos por orden alfabético. Algunas de las descripciones iban acompañadas de ilustraciones. Había capítulos dedicados al cultivo de las rosas, a los jardines y huertos y a las hierbas medicinales.

¿Tendría que aprenderme todo eso si quería convertirme en jardinero?

Empecé por el principio, por nuestro árbol, el fresno.

> «El fresno, *Fraxinus excelsior,* también conocido como fresno europeo o fresno común, es un árbol de hoja caduca de la familia de las oleáceas. Puede llegar a alcanzar los cuarenta metros de alto y vivir doscientos cincuenta años».

Pasé varias páginas: hojas, frutos, flores... La última sección se llamaba «El fresno en la mitología».

> «En la mitología nórdica, el Árbol del Mundo, denominado Yggdrasil, es un fresno. Se encuentra en el centro del cosmos y es el árbol más grande y magnífico del mundo. Sus ramas se extienden a lo largo de nueve mundos y sostienen los cielos. Un águila sin nombre se posa sobre sus ramas. El árbol tiene tres raíces. Una conduce a la tierra de los gigantes. Un dragón roe sin descanso la segunda, y una ardilla no deja de moverse entre la tercera raíz y el dosel de hojas y ramas de encima».

Mientras leía sobre el Yggdrasil, lo único que veía era a Rose y nuestro árbol. Intenté memorizarlo todo para poder recitárselo después. Seguro que lo que más le iba a gustar era lo de la ardilla.

Salté las páginas al azar y caí en el capítulo de las patatas.

> «Las patatas se siembran en primavera, en tierra preparada durante el otoño anterior,

con unos veinte centímetros de suelo arado en superficie. Se planta una cobertura para el invierno que no se cosecha. Esas plantas aseguran un suelo suelto y bien aireado».

¡Qué plantas tan grises y deprimentes las patatas en comparación con los fresnos, llenos de dragones y gigantes!

Durante la cena supe que los Blake habían decidido quedarse en Lane Park durante unos días. Toda la servidumbre estaba encantada, pues cuando Fanny se enteró ya había preparado la cena para los Blake y sus invitados. Yo no pude ni probar bocado.



12

Nueve mundos

TRES DÍAS DESPUÉS alguien llamó a la puerta de nuestra casa. Rose llevaba un vestido blanco y el pelo recogido hacia atrás con una cinta. Llevaba dos raquetas de tenis. Sonreí. Ella había venido a buscarme.

—Hoy voy a enseñarte a jugar al tenis.

Caminábamos el uno al lado del otro. Yo arrastraba la bici.

—¿Qué tal en Lane Park? —le pregunté.

—Bien —respondió con cierta sequedad.

—¿Qué hiciste?

—Salí a cabalgar. Y hubo un baile.

—¿Un baile?

—Sí.

—¿Bailaste?

—Sí.

—¿Quién… con quién?

Se rio.

—Con un montón de chicos. ¿Acaso detecto ciertos celos, Henry?

—¡Bobadas! —repliqué de inmediato.

—No tienes por qué tenerlos. De haber estado tú allí, habría bailado contigo. Lo más probable es que contigo y con nadie más.

—¿De verdad?

Asintió.

La envidia se evaporó, y por un momento me sentí como si en realidad hubiera ido a Lane Park y bailado toda la noche con Rose.

Cuando llegamos a la cancha, me pasó una raqueta y me enseñó el modo de agarrarla.

—Te voy a lanzar algunas bolas y tú intenta devolverlas —me indicó—. Así fue como aprendí yo. Hazlo lo mejor que puedas, Henry.

Y así pasamos el resto del verano, nadando y jugando al tenis. Yo no tenía un talento natural. A base de mucho trabajo y dedicación, me convertí en un jugador pasable. Según Rose, tenía un servicio débil, pero el revés era muy bueno.

A veces nos veíamos a medianoche en el fresno. Ya le había hablado a Rose sobre Yggdrasil, el Árbol del Mundo.

—¿Qué son los nueve mundos? —me preguntó.

—No lo sé. Lo único que dice el libro es que las ramas se expanden a lo largo de nueve mundos, y también por el cielo.

Rose cerró los ojos y al poco negó con la cabeza.

—No me lo puedo imaginar. Nueve mundos. Lo demás tiene algo de sentido… Me refiero a lo de la raíz que llega a la tierra de los gigantes, y lo de la ardilla. ¿Pero cómo serán los nueve mundos?

—No tengo ni idea. Nunca he pensado en ello.

555

En ese verano, los visitara quien los visitase, los Blake organizaban un campeonato de tenis. Ya no era solo el recogepelotas, sino que también cuidaba la cancha. Retoqué las líneas con pintura blanca, y el señor Rogers me dio permiso para utilizar una podadora para recortar el césped. La altura ideal era de ocho milímetros. Recuperé las zonas en las que la hierba amarilleaba.

El juego no me interesaba demasiado, ni como recogepelotas, ni como jugador, ni como espectador. Pero estaba fascinado con Rose, tanto que todo lo demás desaparecía cuando ella ponía el pie en la cancha. A partir de ese momento solo existían la pelota, su raqueta y el oponente al que quería derrotar.

Un torneo había finalizado, los visitantes se habían ido y yo estaba repintando las líneas cuando Rose se acercó a mí.

—Mis padres están en Londres —dijo—. ¿Te gustaría… Te gustaría ver mi habitación?

Yo solo conocía la zona de servicio de Blake Hall. La cocina y el comedor del personal, eso era todo. Solo el vestíbulo de entrada era diez veces… no, veinte veces más grande que nuestra casa. Las paredes estaban llenas de pinturas al óleo y una enorme lámpara de araña colgaba del techo. Las escaleras que llevaban al primer piso estaban cubiertas por una alfombra roja.

—Ven conmigo —dijo Rose tomándome de la mano.

Subimos las escaleras corriendo, recorrimos un pasillo, torcimos a la derecha y abrimos la cuarta puerta. Allí estábamos, en la habitación de Rose.

La alfombra era de color verde, a juego con las cortinas de terciopelo. Un escritorio-secreter, la cama y un sofá de terciopelo verde. Un gran armario vestidor. Chimenea. Ángeles de yeso en el altísimo techo.

—¿Y bien? ¿Te gusta?

—Sí.

Pensé en Yggdrasil y los nueve mundos. Nuestra casita era un mundo y la habitación de Rose otro. Los dos en Blake Hall.

Y si había dos mundos en un mismo lugar, ¿por qué no iba a haber nueve? ¿O cien?

—¿En qué estás pensando? —preguntó Rose.

—En nada en particular —respondí. Porque no tenía palabras para expresarlo.



13
Solo tengo mis sueños

SABÍA QUE NO iría al colegio con Rose y sus hermanos. Liam y Cooper estudiaban en Harrow School, una escuela privada de Londres, y ella tenía un tutor privado en casa.

En mi clase estábamos unos veinticinco alumnos, chicas y chicos, pero la asistencia era desigual. Había quien apenas iba, porque tenía que ayudar en casa si alguno de los padres o hermanos estaba enfermo. Me recordaba a mi colegio de Londres. Desde allí, Blake Hall parecía estar a años luz de distancia.

Nuestro maestro, el señor Baker, tenía el pelo gris, las pestañas muy pobladas y unas orejas enormes. Parecía un sabueso. Por la espalda encorvada, daba la impresión de que siempre cargara con un gran peso. Pero era muy amable y hacía todo lo posible por enseñarnos algo.

Algunas veces leía poesía en voz alta. Se ponía de pie con el libro entre las manos y declamaba el texto con gran fervor y gesticulando como un poseso. Le temblaba tanto la voz como la piel de la cara... ¡y hasta las orejas! Lo único que podíamos hacer era controlar la risa, pues la estampa resultaba totalmente grotesca. No obstante, siempre se le escapaba a alguien alguna risita nerviosa. En resumen, ni le escuchábamos ni nos fijábamos en las palabras que tan importantes parecían ser para él.

No obstante, hubo una vez que lo que leyó me llegó muy dentro.

—Si tuviera las vestiduras celestes, / bordadas con luz de oro y plata, / el azul de la vespertina semioscuridad / y las negras prendas de la noche, / blanca o sin luna... / todas esas telas pondría a tus pies.

/ Pero, como soy pobre, solo poseo mis sueños, / y los he colocado ante ti. / Borda con cuidado, / porque estás bordando con mis sueños.

Cuando terminó de leer, el señor Baker se nos quedó mirando en silencio.

—¿Qué es lo que quiere decir el poeta? —preguntó. Pero, como pasaba siempre, nadie se animó a contestar—. Oliver, ¿alguna idea?

—No, señor Baker, de verdad —respondió Oliver, que se sentaba junto a mí.

—¿Y tú qué dices, Evie?

Evie, que era una chica muy tímida, se limitó a negar con la cabeza.

—¿Nadie...? —preguntó el maestro con tono apenado.

—Quizá... —empecé.

—¿Sí, Henry? —Estaba encantado.

—Bueno... si una persona es rica, seguro que puede regalarle a alguien un traje bordado en oro o algo valioso, en cambio si eres pobre, entonces... entonces lo único que puedes regalar son tus sueños. Y nadie... nadie quiere que jueguen con sus sueños, ¿no?

El señor Baker asintió.

—Muy bien, Henry. Tus sueños, y los de todos, son mucho más preciosos que la plata y el oro. Vosotros... ¿con qué soñáis?

—¿Quiere decir de noche, cuando estamos dormidos? —preguntó Ethan, que apenas sabía leer y escribir.

—No, no, quiero decir durante el día, cuando estáis despiertos.

—Yo solo sueño por la noche —respondió el chico.

En ese momento sonó el timbre que anunciaba el final de la clase. Todos corrimos como un torrente hacia la puerta, sobrepasando al señor Baker.

555

No me importaba ir al colegio, pero en el momento en el que salí del edificio, corrí lo más deprisa que pude para volver a Blake Hall. No sé por qué, temía no poder volver nunca allí, o incluso que solo hubiera sido un producto de mi imaginación y no existiera de verdad.

Sabía que era una tontería, pero no podía quitármelo de la cabeza. Y, desde entonces y por un tiempo, cada vez que volvía a la mansión, sudoroso y sin aliento, respiraba aliviado.

Rose solía esperarme junto a nuestra casa. Yo le contaba lo que había pasado en el colegio y ella me hablaba de sus lecciones con los tutores.

—Me gustaría ir a tu colegio —dijo.

—¿Y por qué no vas? En mi aula también hay chicas.

—Mis padres no lo permitirían. Es un colegio para... para hijos de los sirvientes.

—Ya lo sé... —dije.

Rose echaba de menos a sus hermanos.

—Ahora soy la única con la que todos se pueden meter. Sobre todo papá. Y mi nuevo profesor de francés es horrible. Se cree que no tengo nada mejor que hacer que estudiar francés. ¿Cómo es tu profesor de francés?

—No tengo. El único profesor es el señor Baker, y no nos enseña francés.

—¡Cómo te envidio, Henry!

—¿Sabes decir algo en francés?

—¿Qué quieres que diga?

—Cualquier cosa.

Rose pensó un momento.

—*Nous sommes amis.*

—¿Qué quiere decir?

—Somos amigos.



14

Sin zapatos

ESTÁBAMOS en octubre. Desde hacía días, en Blake Hall solo se hablaba de un hombre, de uno solo: Adolf Hitler. Había oído hablar de él antes, por supuesto, y sabía que gobernaba Alemania. Según decían, el primer ministro, Neville Chamberlain, apoyado por algunos otros políticos, le habían cedido a este hombre un pequeño país como regalo. Si eso había estado bien hecho o no era discutible. Dale pensaba que eso impediría que se declarara la guerra. El señor Rogers, por su parte, pensaba que había sido el principio del fin, y que la guerra estallaría en cualquier caso, antes o después.

Yo no era capaz de ver la relación entre ambas cosas, pero esperaba que Dale tuviera razón.

En el edificio en el que vivíamos en Londres había un vecino, Pete Mulles, que había perdido ambas piernas en la Gran Guerra. Una bomba alemana había estallado a sus pies. Pete vivía en el piso bajo y tenía que hacer caca en un cubo, ya que no podía llegar a la letrina con la silla de ruedas. Una tarde mi madre y yo le oímos gritar pidiendo ayuda y bajamos a toda prisa. Pete estaba tirado en el suelo, en calzoncillos, con la silla vuelta del revés, las ruedas hacia arriba. Era la primera vez que le veía los muñones. No podía apartar los ojos de ellos. Esa imagen se me quedó grabada a fuego, y volvía cada vez que alguien mencionaba la guerra, fuera la Gran Guerra u otras antiguas o futuras. Yo no quería tener que vivir una guerra, y menos en la que nos enfrentáramos a los alemanes y a sus bombas que destrozaban piernas.

A finales de octubre todo el mundo estaba nervioso en Blake Hall.

Rose me esperaba junto a mi casa y corrió hacia mí al verme llegar.

—¡A Cooper lo han echado del colegio! En casa todo el mundo está desquiciado. Nunca había visto a mi padre tan furioso —me contó a toda prisa.

—¿Por qué lo han echado?

—Hace unos días se marchó del colegio por la noche y la policía lo detuvo en Londres, tirado en el suelo, borracho como una cuba y sin zapatos. Tenía un ojo a la funerala. Alguien de Harrow ha llamado esta mañana y mi padre ha ido a recogerlo.

—Pobre chico —dije.

—Sí, pobre Cooper. Todavía no he podido hablar con él. Están en la biblioteca. Papá le está echando el sermón y mamá se ha tenido que acostar porque le duele muchísimo la cabeza.

—¿Encontró sus zapatos? —pregunté.

—Lo dudo —respondió Rose.

—En el colegio al que iba en Londres había un chico que se llamaba Gus. Robaba vasos de las mesas y se los bebía. Una noche se emborrachó en el King's Pub. Cuanto más bebía, más torpe se volvía. Al final lo pillaron, claro, y el dueño se enfadó tanto que se lo llevó fuera y le dio una paliza. Alguien aprovechó para robarle los zapatos y el pobre Gus se pasó semanas yendo descalzo.

—¿Por qué?

—Pues porque había perdido los zapatos, claro.

—¿Solo tenía un par de zapatos? —preguntó incrédula.

—Sí. Yo... también tengo solo un par de zapatos.

—¿De verdad?

Asentí.

—Cooper tiene montones de pares. Los zapatos no son el problema —dijo ella—. Bueno, tengo que volver. Clase de piano.

Por la noche en la cena solo se hablaba de Cooper. Erin, la doncella personal de la señora Blake, informó de que la señora no había salido de su habitación.

—El ambiente está tan tenso y cargado que se puede cortar con un cuchillo. Cooper tiene un ojo bien morado —dijo riendo Chris, el criado más joven.

—¿Y se puede saber dónde está la gracia, por Dios bendito? —preguntó secamente el señor Ward.

Chris se puso muy colorado.

—Yo... Bueno... La idea de que personas como los Blake se peleen de esa manera es...

—¿Es qué? —presionó el mayordomo.

—Nada —dijo sumiso Chris.

—A ver, señor Ward —intervino Dale—, la verdad es que la cosa

es… bastante divertida.

—Yo no lo encuentro ni mucho menos divertido —insistió.

Fanny suspiró.

—Y Cooper es tan encantador…

—¿Pero por qué tanto lío? No ha pasado nada. Se emborrachó, se peleó y le dieron un buen golpe, eso es todo —dijo uno de los mozos de cuadra.

—El colegio Harrow lo ha expulsado —intervino Erin—. Si te parece poco lo que ha pasado…

—Hay cosas peores —dijo el chico, encogiéndose de hombros.

—Es una desgracia para la familia —lamentó el señor Ward—. ¡Un chico de quince años tirado en las calles de Londres!

—Además, le quitaron los zapatos —dije yo.



15

Martillo o yunque

EL DÍA empezó como todos los demás en la escuela. Era miércoles y todavía estábamos en octubre. El señor Baker se había puesto de pie frente a nosotros, sosteniendo un libro rojo entre las manos. Miró la página por la que estaba abierto, cerró el libro y lo dejó sobre el escritorio. Paseó la vista por la clase, de un alumno a otro. Nos miró a todos a los ojos durante un momento. Le temblaba la papada. Su voz, alta y profunda, se imponía a nuestras risitas.

—«¡Vamos! Obedece mi llamada. / Aprovecha tu juventud. / Que la inteligencia llene tu pecho. / O ganas y te haces fuerte / o te entregas y obedeces. / Triunfa o agacha la cabeza: / tú decides, o martillo, o yunque.

Una vez más, paseó la mirada por la clase. Las risas habían cesado del todo.

—O ganas y te haces fuerte o te entregas y obedeces —murmuró él. Pero la clase estaba tan callada que todo el mundo lo escuchó perfectamente.

—O ganas y te haces fuerte / o te entregas y obedeces. / Triunfa o agacha la cabeza: / tú decides, o martillo, o yunque. —Hizo una pausa y, de repente, alzó los brazos, como si se dirigiera al señor de los cielos, y gritó—. ¡Tú decides, martillo o yunque! ¿Qué vais a ser? ¿Martillo o yunque? ¿Y bien? ¿Oliver? ¿Hanna? ¿Rick? ¿James? ¿Evie? ¿Henry?

Nombró a todos los alumnos, incluso a los ausentes.

Tras pronunciar el último nombre, se llevó las manos al pecho, dobló las piernas y cayó de rodillas.

Nadie se movió. Parecía que el gesto de genuflexión formaba parte de su representación del poema.

Pero en ese momento surgió de su garganta una especie de quejido sordo.

—Señor Baker ¡Señor Baker…! —gritamos.

No hubo respuesta.

Algunos nos acercamos a él. Tenía la cara del color de la ceniza y los ojos cerrados. Le salía saliva por las comisuras de los labios entreabiertos.

—Señor Baker —Lo sacudí levemente.

—¡Vamos a avisar al señor Owen! —exclamó alguien.

Tres chicos salieron como flechas del aula y volvieron con el director. El señor Owen avisó a un médico y nos ordenó salir de la clase. Esperamos fuera sin decir palabra. No podíamos ni mirarnos.

Después de que se llevaran al maestro, el director nos reunió y nos dijo que nos marcháramos a casa. Cualquier otro día habríamos recibido entusiasmados la posibilidad de irnos antes de hora, pero ese no.

—¿Qué le pasa al señor Baker? —preguntó James.

—El tiempo lo dirá…

—¿Ha muerto? —preguntó alguien.

—No, pero… el tiempo lo dirá.

En completo silencio, recogimos nuestras cosas.

Le teníamos aprecio al maestro, aunque nos hiciera reír su forma de declamar. Era uno de los pocos adultos con los que nos relacionábamos que nos tomaba en serio.

Me subí a la bici y pedaleé hacia casa en medio de la llovizna.

Aún no era mediodía. Rose seguía con su tutor. Por un momento pensé en la posibilidad de ir al lago Sludge a bucear por si encontraba el anillo. No había cumplido mi promesa de buscarlo todos los días sin falta. Ya hacía demasiado frío. Cuando se lo confesé a Rose, se rio y dijo que era más que suficiente que limitara la búsqueda a los meses de verano.

La cancha de tenis estaba embarrada. Hacía semanas que no jugábamos, ni había podido cuidar la hierba.

Aunque tenía frío y estaba calado, no pedaleé directo a casa. No dejaba de pensar en el señor Baker. Volvía a oír su pregunta: «¿Qué quieres ser, martillo o yunque?». Deseaba que su voz desapareciera de mi cabeza; pedaleé con más fuerza, como si así pudiera librarme de ella. Pero seguía preguntando: «Henry, ¿martillo o yunque?»

«Lo que quiero es que las cosas sigan como están. Quiero sentarme con Rose en nuestro árbol, ir con ella a nadar y a jugar al tenis. Quiero quedarme en Blake Hall para siempre». Eso fue lo que grité a pleno pulmón bajo la lluvia.

Si eso era ser martillo o era ser yunque, no sabía decirlo. Ni siquiera

sabía lo que significaba la pregunta. Con tal de que Rose y yo estuviéramos juntos, todo lo demás me daba igual.



16

Páginas en blanco

A LA MAÑANA siguiente el director del colegio se presentó en nuestra clase. El señor Baker no estaba muerto, pero tenía paralizada una mitad del cuerpo. Había sufrido un ataque. A partir del día siguiente y hasta encontrar un nuevo maestro, el señor Owen se haría cargo de nosotros.

El director se encargaba de las clases para los niños de seis a ocho años. La señora Yates enseñaba a los de nueve a once y el señor Baker a nosotros, los de doce a catorce

—Yo hubiera preferido a la señora Yates —me susurró Oliver—. Me gustan las tetas grandes.

Los pechos de la señora Yates eran un motivo de conversación muy habitual en el colegio. Lo cierto es que eran no grandes, sino enormes. No había más remedio que quedarse mirándolos, lo quisieras o no.

—Señor Owen —llamó Evie en voz baja.

—¿Sí?

—¿El señor Baker no va a volver?

—Ya veremos, pero durante un tiempo no.

No había visto a Cooper desde su expulsión. Aunque era el Blake al que menos conocía, también era mi favorito... después de Rose, ni que decir tiene. Quizá porque nunca me sentía inseguro con él. Liam se mostraba muy amable, sí, pero en su presencia siempre me sentía un poco intranquilo. Lo mismo pasaba con sus padres. No podía quitarme de encima la sensación de que en cualquier momento me despedirían, como habían hecho con George, el mozo de cuadra amigo de Rose. Sin embargo, las pocas veces que había hablado con Cooper, siempre sentí

que podía ser yo mismo.

Yendo hacia casa lo vi en la fuente y me dirigí a él sin dudarlo. Estaba sentado en el borde de la pileta, con un lápiz y un cuaderno en la mano. Miraba a la mujer de piedra y a sus tres hijos, perdido en sus pensamientos. Alzó la cabeza cuando oyó que me acercaba.

—¿Todo bien, Henry?

—Sí, señor. Gracias.

—Henry, por favor, nada de señor, llámame Cooper.

—Hola, Cooper. ¿Cómo te va?

—Sin tener en cuenta que mi padre ni me habla y que mi madre estalla en lágrimas en cuanto me ve, la cosa tampoco va tan mal, gracias.

—O sea, que siguen enfadados.

—Sí.

—Puede que… Puede que pudieras venir a mi colegio. Igual eres algo mayor, pero…

Se rio.

—¡Vaya! ¡Eso sí que sería un escándalo mayúsculo! Cooper Blake al colegio junto con los criados y los campesinos. Me gustaría mucho, de verdad.

—¿Te metiste en una pelea en Londres?

—No lo tengo claro del todo. Estaba bebido, y fue… ¡estupendo, glorioso! Las cosas son muy diferentes ahí fuera. Las reglas son otras muy distintas. Me sentía vivo, vivo de verdad. Aquí y en mi colegio es todo tan falso… Uno no pude decir lo que piensa. Pero a ti te gusta esto, ¿verdad?

—Sí, muchísimo. Cuando vivíamos en Londres a veces no teníamos ni para comer —confesé—. Y muchísima gente no tenía trabajo. Mis padres trabajaban, sí, pero siempre estaban preocupados por si los despedían. Aquí, cada vez que tengo hambre, puedo ir a ver a Fanny. Y nuestra casa es grande y tiene cuarto de baño de verdad. En Londres teníamos que ir a un aseo que estaba en el patio de atrás y siempre estaba hasta arriba de caca. Aquí, sin embargo, es… todo es… quiero decir, el campo, tu casa… ¿Y dices que no te gusta?

No respondió enseguida.

—No —dijo al cabo de un rato.

No podía entenderlo.

—Eres raro, Cooper.

—Seguramente tienes razón —admitió riendo.

—¡Qué estás escribiendo? —pregunté señalando el cuaderno que tenía en la mano.

—Un poema. ¿Te apetece leerlo?

—¡Claro!

Me pasó el cuaderno. Todas las páginas estaban en blanco.

Cooper rio.
—Todavía no he avanzado mucho.



17
El primer beso

FALTABAN TRES días para Navidad. Toda la familia estaba en casa, Liam incluido. El suelo estaba cubierto de nieve y el lago Sludge helado del todo. La cocina de Blake Hall olía a pudin de ciruelas. Fanny y las ayudantes de cocina cantaban villancicos mientras amasaban y horneaban.

La cocinera había prohibido las conversaciones y especulaciones sobre la guerra, tanto en la cocina como en el comedor.

—Es Navidad. No vamos a hablar de eso —le decía a quien se atreviese a mencionar cualquier cosa, fuera la que fuese, sobre los alemanes. El que la guerra pudiera estallar o no aún era un asunto discutible, pero en lo que todo el mundo estaba de acuerdo era en que Hitler era impredecible.

Yo le pregunté a mi padre qué pensaba.

—Si se declara la guerra, pues se declara la guerra. No podemos hacer nada al respecto.

—¿Pero qué opinas tú? ¿Se va a declarar? —le presioné.

—Lo que yo opine da igual.

—Pero...

Me miró a los ojos.

—¿Tienes miedo? —pregunté.

—¿Miedo?

—De la guerra —dije.

—El que lo tenga o no también da igual.

Renuncié.

Rose y yo jugábamos en la nieve. Yo empujaba un trineo de madera. Pasábamos las tardes en una colina cercana a Blake Hall. Ella se sentaba delante y yo detrás. Nos inclinábamos hacia atrás para bajar

más deprisa.

Los Blake solo hablaban de la guerra.

—Papá dice que no va a haber guerra, pero Liam cree que sí —dijo mientras tirábamos del trineo colina arriba por decimocuarta vez—. Se va a alistar en la Real Fuerza Aérea para ser piloto de combate. Discutieron durante un día entero. Y Cooper los vuelve locos a los dos. No para de decir que «nuestros días están contados».

—¿Por qué lo dice? ¿Se refiere al mundo entero?

—No, no, habla de Blake Hall y otras haciendas. De la gente rica. Dice que los pobres van a empezar una revolución imparable. Que ya la han empezado en algunos sitios.

Pensé en mi padre. No veía muy claro que se estuviera preparando para hacer la revolución, fuera eso lo que fuese.

—¿Y tú que piensas? ¿Crees que va a haber una guerra? —pregunté.

Rose se limitó a encogerse de hombros.

—No lo sé. Espero que no.

Llegamos a la cima y nos sentamos en el trineo. Ella se echó hacia atrás y yo escondí la cara en la piel del cuello de su abrigo. Las trece veces anteriores había resistido la tentación de apretar la nariz contra el suave pelo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—La piel está muy suavecita.

—¡No te limpies los mocos en ella! —dijo riendo.

—Y caliente —continué.

Rose me dio un golpe con el codo.

—¡Henry, vamos!

Me eché hacia atrás y bajamos la colina a toda mecha. Antes de llegar al final, el trineo dio un bote y los dos terminamos rebozados en la nieve. Nos quedamos tirados el uno al lado del otro, sin parar de reír.

—¿Has besado alguna vez a alguien? —preguntó Rose sin venir a cuento.

—A... mi madre.

—¡No seas bobo! Quiero decir a una chica.

—No —dije mirando hacia abajo—. ¿Y tú? ¿Has besado alguna vez a un chico?

En un abrir y cerrar de ojos se incorporó, se inclinó hacia mí y me besó en la boca.

—Ahora los dos hemos besado a alguien —dijo ella, y una vez más sus labios tocaron los míos—. ¿Te gusta?

—¿Qué si me gusta qué?

—Besar.

—Pues... no lo sé. ¿A ti te gusta?

—Yo tampoco lo sé.

Así que lo hicimos otra vez. Quizá porque nos gustaba, o quizá para averiguar si nos gustaba.





18

Empanadas de carne para el señor Baker

LA MAÑANA del veinticuatro de diciembre, mi padre y yo decoramos la casa con muérdago y ramas de abeto. No teníamos árbol, pero tampoco lo habíamos tenido en Londres. Mi madre siempre conseguía convertir nuestro mínimo piso en un país de las maravillas invernal con aerosoles de nieve y adornos de paja imitando estrellas y bolas. Se podía decir que no poner árbol era una tradición familiar.

—La verdad es que mamá era muy previsora, tenía de todo...— comenté cuando casi habíamos terminado.

—Y que lo digas —confirmó mi padre, dándome unos cariñosos golpecitos en la cabeza—. Bueno, lo único que nos falta son los calcetines.

—¿Tienes?

—Pues claro —Fue a su habitación y volvió con tres grandes calcetines de lana roja que había tejido mi madre. Nuestros nombres estaban bordados en verde.

John, Maggie, Henry.

Mi padre puso tres clavos cerca de la chimenea.

—¿El de mamá también? —pregunté.

Asintió y yo colgué los calcetines. Recuerdo el alivio que sentí cuando supe que Papá Noel en realidad no existía. No entendía por qué no me traía nunca regalos como Dios manda. Unos dulces, una naranja y algunas almendras, pero jamás un balón de fútbol, o la maqueta de un tren, o una armónica, que era lo que en realidad quería. Sabía que otros niños sí que recibían este tipo de regalos. Pensaba que yo no le gustaba a Papá Noel. ¿Acaso era un niño malo?

Le pregunté a mi madre por qué yo no le gustaba a Papá Noel.

—Vamos, hijo, seguro que se le ha olvidado —respondió ella.

—Pues se le olvida todos los años.

Un chico del barrio me lo aclaró todo:

—Papá Noel no existe, estúpido. Los regalos los hacen los padres. Y a ti tus padres no te los hacen porque están sin blanca.

Miré los tres calcetines.

—¿Crees que mamá nos está viendo ahora? —pregunté.

—Sí. —La contestación fue inmediata y segura.

—¿Siempre?

Asintió.

Por una parte era reconfortante, pero por otra... ¿Siempre? La verdad es que cuando estaba solo con Rose no me apetecía que me viera nadie. Ni siquiera mi madre, aunque estuviera muerta.

Ese mismo día, por la tarde, visité a Fanny en la cocina.

—Henry, ¿me harías un gran favor? —preguntó.

—¡Encantado!

Señaló una bolsa con empanadas de carne sobre la encimera.

—Llévasela al señor Baker.

—¿Mi antiguo profesor del colegio?

—Vive en la casa amarilla de al lado de la carnicería.

—¿Lo conoces? —pregunté.

—Sí —contestó la cocinera.

No había visto al señor Baker desde el ataque. El señor Owen había encontrado un nuevo maestro justo antes de las vacaciones.

Agarré la bolsa y fui a toda velocidad a casa a por la bici. Pese a que los caminos tenían bastante hielo, sería más rápido pedalear con cuidado que ir andando.

Llamé a la puerta de la casa amarilla con la bolsa de empanadas en la mano. Abrió una mujer joven.

—¿Sí?

—Para el señor Baker, de parte de Fanny —dije tendiéndole la bolsa.

La joven sonrió.

—La cocinera de Blake Hall —añadí.

—¡Qué amable! —dijo asintiendo—. Pasa, por favor. Será mejor que se las des tú mismo. A mi tío le van a encantar. ¿Eres alumno suyo?

—Sí. Me llamo Henry. Henry Evans.

—Yo soy Annie, la sobrina del señor Baker —aclaró.

La seguí por el salón de estar y después por un pasillo pequeño y oscuro, con dos puertas a la derecha y una a la izquierda. En esa se detuvo. Llamó y abrió sin esperar respuesta.

—Neil, tienes visita.

La habitación estaba llena de libros. En estanterías, en un escritorio, en la mesita de noche... El señor Baker estaba sentado en un sillón, con una manta sobre las rodillas. Tenía la cara un poco asimétrica,

con uno de los lados más caído que de costumbre.

—*Ery* —dijo—. *Ery*. —No podía pronunciar bien. Solo movía la parte izquierda de la cara.

—Está bien, Henry —aclaró Annie. Tuve que contener la risa.

Señaló una silla con la mano izquierda.

—*Iéntate*.

—Siéntate —tradujo de nuevo su sobrina.

Aunque no quería, me senté.

—Voy a traer un poco de té. Debes de estar helado, Henry —dijo Annie.

—Señor Baker, las he traído de parte de Fanny. —Coloqué la bolsa en la mesa que estaba junto a su sillón. Estiró la mano izquierda y abrió la bolsa.

—*Panas ne* —dijo.

—Empanadas de carne —contesté asintiendo.

Sonrió. O al menos lo intentó. Era como si estuviera haciendo mimo, exagerando los gestos. Su sobrina trajo el té y se fue enseguida.

El señor Baker agarró el libro que tenía en el regazo.

—*Le*.

—¿Quiere que lea?

Asintió. Dejé la taza de té y agarré el libro. *La poesía de William Shakespeare*.

—*Le* —urgió el maestro.

Abrí el libro por una página al azar y empecé a leer.

—La vida no es más que una sombra que pasa, un mal actor. / Se pavonea en el escenario representando su papel, / y de repente, deja de actuar. / No es más que un cuento, / contado por un estúpido gritón y furioso, / que no significa nada.

—*Ota ve*.

—¿Otra vez?

—Asintió.

Lo volví a leer. Esta vez el señor Baker balbució los versos al mismo tiempo que yo. Los sonidos que emitía eran como un eco enloquecido.

—Tengo... tengo que irme, señor Baker —dije cuando terminamos. Le pasé el libro, pero negó con la cabeza.

—*Ara ti*.

—¿Para mí?

Asintió.

Gracias.

—*Avidá*.

—Navidad —asentí.

—*I*.

—Feliz Navidad, señor Baker.



19

Navidad en Blake Hall

ESCUCHÉ A MI padre en mitad de la noche. Parecía estar arañando algo. Seguramente llenaba los calcetines. Después la casa se quedó en silencio y esperé hasta estar seguro de que se había dormido. Me levanté y fui de puntillas hasta la sala de estar con el libro de Shakespeare. Estaba muy oscuro y encendí una vela. Los tres calcetines estaban a reventar.

—Mamá —susurré—, le voy a dar esto a papá. Si estuvieras aquí, te lo daría a ti. Te echo de menos... ¿Recuerdas la canción que cantabas siempre, *Ally Croaker*? No me acuerdo de la letra. ¿Al final se casa con él? Yo... Una chica me besó. Rose... Si... Si me puedes ver siempre, ¿te importaría cerrar los ojos cuando... o más bien... si me besa otra vez? Por favor. No te preocupes mamá, estamos bien. Pero te echamos de menos.

Charlé durante un rato más con el calcetín de mamá. Era como si de verdad estuviera allí, o como si a través del calcetín pudiera conectarme con ella. Tras terminar de hablar, metí como pude el libro en el de mi padre. No sabía si le gustaba la poesía, o Shakespeare, pero me sentí bien por el hecho de hacerle un regalo adecuado, no un dibujo hecho por mí o algo parecido.

Tuve la tentación de mirar a ver qué había dejado para mí, pero al final soplé la vela y me fui a la cama.

A la mañana siguiente tomamos té y galletas con canela en forma de estrella.

—Tú primero —dijo papá.

Descolgué mi calcetín y me senté en el suelo para vaciarlo.

Chocolate, doce preciosas canicas, una gorra de lana recia pero suave y una armónica guardada en una estrecha caja de terciopelo rojo rodeada de una cinta azul oscuro.

Abracé a mi padre.

—Gracias.

Estuve un momento callado y después pregunté:

—¿Y qué hacemos con el calcetín de mamá?

—Descuélgalo.

Estaba lleno de pétalos rosas y dentro había una pequeña bolsa.

—¿Qué es?

—Ábrelo.

Una delicada pulsera de oro.

—Es lo que siempre deseó —dijo mi padre—. Yo... —Se le quebró la voz.

—Estoy seguro de que le ha gustado mucho —dije—. Te toca a ti.

Mi padre recogió su calcetín y sacó el libro. Retiró el papel de envolver con dos dedos.

—Shakespeare. —Sonrió—. Gracias, Henry. Es... toda una sorpresa.

—¿Qué más hay?

—Frutos secos —dijo riéndose.

Por la tarde fuimos a la mansión. Los Blake habían invitado al servicio a admirar el árbol de Navidad del gran vestíbulo antes de la cena. Debía de medir unos seis metros de alto y estaba lleno de bolas doradas y otros adornos. Montones de velas de cera lo iluminaban y en lo más alto había una gran estrella.

El servicio formaba un grupo a la izquierda del árbol y la familia Blake se situó a la derecha. Habían venido también algunos familiares: dos hermanas de la señora Blake y el primo del señor con su esposa.

Cantamos *O Come, All Ye Faithfull* y el señor Blake dio un pequeño discurso en el que, entre otras cosas, dio las gracias a todo el servicio. Liam y Cooper les entregaron un sobre a todos los sirvientes, menos a mí, que recibí un paquete con una pluma estilográfica en su caja, una botella de tinta y una tableta de chocolate.

Mientras todo el mundo se deseaba feliz Navidad, Rose se acercó a mí con disimulo.

—Esta noche en nuestro árbol —me susurró—. Tengo algo para ti.

Pasamos el resto del tiempo en el comedor del servicio, comiendo, bebiendo y jugando a las cartas. Yo solo pensaba en Rose. Tenía algo para mí. Un regalo de Navidad. Y yo no tenía nada para ella. Por un instante pensé en darle la pulsera de oro. Mi madre estaba muerta y no podía ponérsela. Pero robar en Navidad me parecía un pecado horrible. Puede que mi padre me lo diera si se lo pedía, pero en ese caso le tendría que confesar que era para Rose, y estaba seguro de que no lo aprobaría. Regresamos a casa y rebusqué por toda mi habitación.

No poseía nada adecuado para ella. Encontré una cajita de madera y coloqué en ella unos cuantos pétalos de rosa secos y seis de las canicas de mármol.

555

Poco antes de medianoche, salí por la ventana y corrí en medio de la noche helada. Cuando llegué Rose estaba apoyada en el tronco de nuestro árbol.

—Toma —dijo tendiéndome un par de botas negras de cuero. Tenían pinta de ser tremendamente caras—. Feliz Navidad.

—Rose..., esto es demasiado —tartamudeé.

—¿Demasiado? Eran de Cooper y ya no le valen. Me dijiste que solo tenías un par. Vamos, pruébatelas.

Me quité el zapato derecho apoyándome en el tronco del árbol y me puse la bota. Me quedaba ligeramente grande. Si me ponía dos calcetines, me servirían.

—¿Qué tal?

—Me vale —dije.

—Pruébate la otra.

Me puse la izquierda.

—Te van bien —dijo Rose.

—Sí. Gracias. Pero, ¿qué le digo a mi padre?

—Dile que Cooper te dio un par de botas suyas usadas que ya no le servían.

—¿Lo sabe Cooper?

—Sí.

—Bien. —Busqué la caja en el bolsillo del abrigo—. Es una tontería...

Abrió la caja y sacó una de las canicas.

—Hay seis —aclaré sin quitarle ojo.

—Muchas gracias, Henry. —Parecía encantada con mi modesto regalo.

No sé qué me hacía más feliz, si mis botas nuevas o la sonrisa en la cara de Rose.

1939



1

La habitación fantasma

ESTÁBAMOS A FINALES de febrero y durante unas pocas semanas tanto Rose como yo teníamos catorce años, los dos.

—Sigo siendo mayor que tú —decía.

Aunque la nieve se había derretido, todavía hacía un frío de mil demonios. Estábamos en una de las muchas habitaciones de Blake Hall. Era un cuarto de invitados con la chimenea apagada y que nadie había utilizado en años. La cama doble estaba cubierta con una manta de lana. El resto de los muebles, un escritorio, un armario ropero y dos mesillas, permanecían tapados con sábanas.

Nos sentamos en la cama sin quitarnos los abrigos. Esta habitación era nuestro último escondrijo. Nadie nos había prohibido de forma explícita estar juntos en la casa, pero todavía manteníamos nuestra amistad en secreto. Nos besábamos durante casi todo el tiempo. Entonces ya sí que estaba seguro de que me gustaba besar.

—Rose.

—Dime.

—¿Qué...? ¿Qué somos?

—¿A qué te refieres?

—¿Somos solo amigos o... somos novios?

Me miró inclinando la cabeza.

—¿Quieres que seamos novios? —preguntó.

—Pues creo que sí. ¿Y tú?

—¡Claro!, ¿por qué no?

—Pues entonces, somos novios —concluí.

—De acuerdo. —Se encogió y cerró los ojos—. Mi tía abuela Paula murió en esta cama. La encontré yo. Vino de visita y, como no se presentó al desayuno, subí corriendo y llamé a la puerta, pero no hubo

respuesta, así que entré. Al principio pensé que estaba dormida y me acerqué a la cama. Allí estaba, con la boca y los ojos abiertos. La sacudí muy despacio por los hombros y no reaccionó. En ese momento me di cuenta..., quiero decir que supe que estaba muerta.

Rose abrió los ojos y la boca.

—Así estaba, sobre la cama... Era una mujer muy agradable, pero nadie lloró en su funeral. ¿Has estado alguna vez en un funeral en el que no llorase nadie?

Negué con la cabeza mientras recordaba el funeral de mi madre, que era el único al que había ido. Acudió muchísima gente y todo el mundo lloraba. Todo el mundo. Pedimos que la incineraran, así que no había tumba. Ella misma lo prefirió así. Deseaba que el viento esparciese sus cenizas, ¡y vaya si las esparció! Fue un día tormentoso. Mi padre abrió la caja. Durante un instante pude ver las cenizas en el aire, grises, casi blancas. Una mota cayó sobre mi mano. Yo quise guardar ese trocito mínimo de ella, puro polvo, pero el viento se lo llevó.

—Yo intenté llorar, pero no pude —continuó.

—¿La conocías bien? —pregunté.

—Sí. Venía a visitarnos a menudo.

—¿Y por eso ya nadie duerme nunca aquí? ¿Porque se murió en esta habitación?

—Sí, pero nadie lo reconoce. Mi madre dice que esta habitación está embrujada. Y eso a papá lo vuelve loco. Si alguien regresa aquí como fantasma, yo creo que es porque durante su vida fue especial, ¿no te parece?

—Tiene sentido —admití.

—Piensa un poco: ¿si fueras un fantasma, te quedarías en esta habitación? Yo tengo muy claro que no. Me movería por toda la casa.

—Si eres un fantasma, puede que tengas que cumplir ciertas reglas. Por ejemplo, quedarte en el sitio en el que moriste.

Volví a pensar en mi madre y deseé que no fuera un fantasma, condenada a estar siempre en nuestro piso birrioso.

—Eso es una bobada, Henry. ¡Reglas para los fantasmas...! —repuso sonriendo.

Me agarró la mano.

Se me olvidaron los muertos y los fantasmas. Existíamos Rose y yo, y nada más. Estábamos vivos y teníamos las manos calientes.

Entonces la besé. Siempre esperaba a que lo hiciera ella, era demasiado cobarde para tomar la iniciativa por temor a que me rechazara.

Pero en ese momento me lancé y no me rechazó.

Éramos novios, y los dos teníamos catorce años.



2

Cooper se esfuma

ANTES DE QUE llegara la primavera Cooper desapareció por primera vez de Blake Hall. Su tutor lo esperó en la biblioteca, pero él no acudió. La señora Blake y las criadas revisaron toda la casa, todas las habitaciones y todos los rincones, incluido el cuarto fantasma.

—Seguro que está en la hacienda y no le apetece ir a clase y estudiar —predijo el señor Blake, sobre todo para calmar a su esposa —. No es un niño, es un joven sin el menor atisbo de responsabilidad.

—Tengo un mal presentimiento. Desde hace días está muy... extraño.

El señor Blake rio entre dientes.

—Cooper es extraño.

Pero cuando llegó la medianoche y Cooper no había vuelto aún, el señor convocó a todos los criados. Craig llamó a nuestra puerta y le preguntó a mi padre que si podía colaborar con la búsqueda.

—Por supuesto —contestó—. Respecto a ti, Henry, a la cama ya.

—¡Pero quiero ayudar! —protesté.

—Déjalo venir si quiere, John —intercedió el chófer.

—De acuerdo.

Mi padre y yo nos vestimos a toda prisa y en un momento los tres nos encaminamos hacia la casa. Todos se habían reunido en el vestíbulo de la entrada principal. Rose también estaba.

El señor Blake repartió antorchas y faroles de aceite, mientras su esposa permanecía sentada en los escalones con la cara muy pálida y surcos de lágrimas en las mejillas.

Nos dividimos en pequeños grupos. Rose y yo caminamos el uno al lado del otro, junto a Dale y dos jóvenes mozos de cuadra. Pronto ella y yo nos quedamos atrás.

—Te voy a ahorrar trabajo —susurró—. No está aquí.
—¿Cómo dices?
—Cooper está en Londres.
—¿Por qué no se lo dices a tus padres?
—Porque le prometí no hacerlo. Volverá mañana mismo.
—Pero...
—No hay pero que valga —replicó Rose—. Una promesa es una promesa.
—Pero tu madre... creo que está muy preocupada de verdad.
—Lo he prometido. —La luz de las linternas apuntaban hacia la oscuridad. Docenas de voces repetían el nombre de Cooper.
Me quedé mirando a Rose.
—¿Qué pasa? —preguntó.
—Habéis reunido a un montón de gente para buscarlo en mitad de la noche y resulta que está en Londres.
—Ya ves... Pero bueno, al menos hay un poco de acción por aquí —respondió con una carcajada.
Me hizo reír a mí también.
—¿Y qué hace en la ciudad?
—Tiene amigos allí.
—Pues que tenga cuidado, no se vaya a volver a quedar sin zapatos —dije.
Empezamos a gritar con fuerza el nombre de Cooper, más alto que los demás y riendo disimuladamente.
Dos horas más tarde finalizó la búsqueda y todos regresamos al vestíbulo. Sin ningún éxito, como era de prever.
—Informaremos a la policía por la mañana —le dijo el señor Blake a su esposa, que de nuevo lloraba y tenía una alarmante y creciente palidez.
—¿Por qué no ahora mismo? —preguntó—. ¿Y si le pasa algo? ¿Y si...?
Lo sentí mucho por la señora Blake. A Cooper no le convenía en absoluto que la policía interviniera. Miré a Rose, que de inmediato negó levemente con la cabeza.

555

A la mañana siguiente, es decir, ya el sábado, un vehículo policial estaba estacionado frente a la mansión. El matrimonio Blake y dos agentes hablaban frente a él. Rodeé la casa para entrar por la puerta de proveedores. Rose estaba apoyada en ella.
—Al fin —dijo, aunque no habíamos quedado en vernos.
—¿Está la policía buscando a Cooper ya? —pregunté.
—No. Dicen que van a esperar hasta esta noche.
—¿Te dijo cuándo volvería?
—Creo que tomará el tren de las tres de la tarde.

—Bien.

555

Como era de esperar, Cooper volvió a Blake Hall antes del anochecer.

Rose y yo estábamos en la habitación fantasma y pudimos escuchar todo lo que pasaba en el vestíbulo principal: la dura riña del padre, la voz lacrimosa de la madre y las disculpas poco convincentes y nada sinceras de Cooper.

Y después, el silencio.

—Vamos —dijo Rose.

Avanzamos por el pasillo, de puntillas para no ser vistos.

—Es aquí —dijo, al tiempo que abría la puerta de la habitación de Cooper. Estaba tumbado en la cama completamente vestido, con el abrigo, la gorra y, para mi alivio, los zapatos intactos. Tenía las manos por debajo de la cabeza y sonreía. Parecía contento.

—Cooper, ¡menudo manicomio se formó aquí ayer! Todo el mundo salió a buscarte en medio de la noche. Pero yo no dije ni una palabra. Salvo a Henry, claro. Esta mañana llamaron a la policía. Mamá estaba fuera de sí.

Cooper sonrió todavía más.

—Ha sido sublime, te lo digo de verdad. —Sonrió cerrando los ojos —. Y ahora, niños, tengo una cita en el país de los sueños.

—¿Niños…? —gruñó Rose.

—Todos somos niños —dijo él— Y eso te incluye a ti, mi queridísima hermana.

—Tengo catorce años —protestó ella.

—Y yo —murmuré.

Cooper sofocó la risa.

—Dejadme dormir, adultos de catorce años.



3
Corazones de piedra

A FINALES DE abril, el director del colegio vino a nuestra clase. El señor Powell, que había sustituido a Baker, se detuvo a mitad del dictado. Aunque ya llevaba casi cuatro meses en el colegio, todavía no se había aprendido nuestros nombres. De hecho, daba toda la impresión de que no tenía ni el más mínimo interés en nosotros. Casi siempre hacía dictados. Cada uno de nosotros tenía una pequeña pizarra, y a él le daba igual que bastantes de mis compañeros de clase la llenaran con una «x», dado que apenas sabían leer ni escribir. Terminaba cada ejercicio diciendo: «Borradlo todo».

De hecho, ni siquiera miraba las pizarras. Me daba la impresión de que lo que hacíamos no servía absolutamente para nada. Los textos que nos dictaba, siempre con un tono monocorde, no tenían ningún significado profundo. Echábamos mucho de menos a nuestro anterior maestro. Las poesías que recitaba con tanto dramatismo y pasión. La sensación de que nuestra existencia importaba, le importaba.

—Tengo una noticia triste —anunció el director—. El señor Baker murió anoche.

—¡Oh, no! —Evie, que apenas hablaba nunca, y solo en susurros cuando lo hacía, dio un grito desgarrador que nos hizo estremecernos a todos.

Todos los compañeros de clase tenían la pena grabada en la cara, incluso los más duros. El señor Owen nos informó de la fecha y la hora del entierro y nos dijo que ese día no habría clases para que todo el mundo pudiera acudir. Después se celebraría un funeral en el vestíbulo del centro.

Nada más salir del aula el director, el señor Powell continuó con su dictado. Yo ni lo oía. Escribí en mi pizarra el nombre del señor Baker

una y otra vez. No podía quitármelo de la cabeza. ¿Por qué no había ido a visitarlo después de Navidad? Seguro que le habría hecho feliz.

Cientos de personas acudieron al funeral. Parecía que todo el pueblo se hubiera reunido para despedirlo.

El cielo estaba cubierto de nubes grandes y oscuras. El sacerdote leyó un texto del Eclesiastés:

—Hay un tiempo para cada cosa, y un momento para todo lo que nos ocurre en este mundo: un tiempo para nacer y un tiempo para morir; un tiempo para plantar y un tiempo para recoger el fruto de lo que se plantó; un tiempo para matar y un tiempo para sanar; un tiempo para romper y un tiempo para construir; un tiempo para llorar y un tiempo para reír; un tiempo para estar triste y un tiempo para bailar de alegría...

La gente lloraba al escuchar la homilía. Yo pensaba que el señor Baker habría hecho la lectura de una forma muy distinta. De hecho, hasta lo veía en mi imaginación: mi maestro, con la mejillas caídas y bamboleantes, levantando los brazos al cielo. Hasta podía oírle: «Un tiempo para amar y un tiempo para odiar; un tiempo para la guerra y un tiempo para la paz...».

El señor Baker habría pronunciado cada palabra, todas las palabras, con unos sentimientos tan sinceros que nos los habría transmitido a todos. Amor, odio, guerra, paz...

Tras el entierro, nos dirigimos a la escuela. Se había dispuesto una gran mesa con bocadillos, pastelitos, galletas y bebidas.

Oliver, mi compañero de pupitre, se metió en el bolsillo toda la comida que le cabía. Me vio mirarlo y me guiñó un ojo. Yo me reí con ganas. En ese preciso momento, alguien me puso el brazo sobre el hombro. Me di la vuelta y vi que era Annie, la sobrina del señor Baker. Dejé de reír y me puse muy colorado de pura vergüenza.

—Estaba... estaba riéndome porque... —tartamudeé.

—Eres Henry, ¿verdad? —me preguntó con tono cordial.

—Sí, me estaba riendo porque... —empecé de nuevo. Quería decirle que no me reía por la muerte del señor Baker ni mucho menos, ni tampoco por la muerte en general.

—Reír es muy bueno. Siempre —repuso—. Solo quería decirte que mi tío te tenía mucho aprecio.

—¿A mí? —pregunté atónito.

Annie asintió.

—Decía siempre: «Henry es un chico especialmente inteligente».

—¿Yo?

—Sí —insistió.

—Pues... gracias. Yo... también le tenía mucho aprecio a su tío. Todos se lo teníamos.

Annie sonrió.

—Sus alumnos era muy importantes para él. Más que cualquier otra cosa, de hecho. Siempre decía: «No podemos dejar que su corazón se vuelva de piedra. Creo que la poesía es la mejor defensa contra eso. Al menos es la única que conozco». —Los ojos le brillaban.

—Nos leía poemas, sí —confirmé—. Y algunos me parecían muy buenos, de verdad. Hubo uno acerca de los sueños, sobre lo valiosos e importantes que son. Después otro sobre martillos y yunques, y cómo decidir si ser una cosa u otra. De hecho, ese fue el último poema que leyó en clase antes del ataque.

—Goethe —dijo Annie.

—¿Cómo?

—Un poeta alemán. Fue el que escribió ese poema del que hablas.

Nos quedamos en silencio durante un momento.

—¿Te ayudó? —preguntó ella.

—¿El qué?

—La poesía. ¿Te ha ayudado a evitar que tu corazón se convierta en piedra?

Me miró con expectación.

No me daba cuenta del peligro que corría nuestro corazón. ¿Podría ser que ya se hubieran convertido en piedra? ¿Quizá no todos, pero sí algunos? ¿Y de verdad la poesía podría evitarlo? Asentía mientras pensaba en ello. Me limité a sonreír mientras seguía dándole vueltas a la cabeza. Asentí a la pregunta de Annie.

—Bien —dijo sonriendo también.

—De acuerdo.

—¿Por qué no te pasas por su casa mañana? Ya sabes dónde es. Estoy almacenando sus cosas en cajas. Si quieres, podrías llevarte algunos libros.

—¡Encantado! Muchas gracias —dije con sinceridad.

—Nos vemos mañana entonces, Henry.



4

Lágrimas en mayo

—**¡HA SIDO BUENA**! —gritó Rose, que se acercó corriendo a la red.

—No, ha sido mala —contradije.

Su golpe había botado claramente fuera de la línea. Yo lo había visto y ella también, lo que suponía que yo ganaba el primer set. Corrió hacia el punto en el que la pelota había botado y tocó la línea con su raqueta.

—¡Henry, ese tiro ha entrado! —insistió—. ¿Es que estás ciego?

Me encogí de hombros.

—Si tú lo dices…

—No lo digas de esa manera.

—¿De qué manera? —pregunté.

—Como si no te lo creyeras.

—Tienes razón —dije.

—De acuerdo. Cuarenta iguales.

Ese día yo estaba jugando mejor que nunca, pero Rose no. Siguió cometiendo errores y enfadándose mucho más de lo habitual. Decidí dejarla ganar.

Hacía demasiado calor para estar en mayo. Cuando acabamos el partido sugerí que fuéramos en bici al lago Sludge.

Al principio dijo que no, pero después aceptó, aunque con condiciones.

—De acuerdo, pero no creo que me bañe. El agua estará demasiado fría.

Los dos sudábamos como pollos y teníamos la cara muy roja del esfuerzo y el calor. El sol pegaba con fuerza.

—Ya… ¡va a estar helada! —me burlé riendo.

Su mirada de enfado me cortó la risa de golpe.

—Podemos hacer cualquier otra cosa —probé.

Negó con la cabeza. Levanté la bici del suelo, la enderecé y Rose se subió en la barra.

—Hoy estás pedaleando como un estúpido —dijo cuando nos acercábamos al bosque. Yo no estaba haciendo nada distinto de lo habitual.

De todas formas, me disculpé.

—¿Por qué te estás disculpando constantemente?

—Porque... Bueno...

—¡Déjalo! —bufó.

Mientras caminábamos por el bosque, yo empujando la bicicleta y Rose andando por delante de mí, la escuché maldecir entre dientes.

—¿Qué te pasa? ¿Algo va mal? —pregunté.

—Nada —musitó. Después siguió maldiciendo.

El lago brillaba al recibir la intensa luz del sol. Solté la bici, me quité la ropa y me metí en el agua inmediatamente. No hay nada comparable a sentir el agua fresca sobre la piel muy caliente. Nadé un poco y después buceé hasta el fondo para buscar el anillo. Rose se pondría de buen humor si lo encontraba.

Pero tampoco esa vez apareció.

Nadé hacia la orilla.

—¡Ven al agua!

Estaba encogida sobre sí misma a unos metros de distancia y me miró con mala cara.

—Rose, ¿qué te pasa?

Me preparé para una respuesta ácida. Sin embargo, no vi ni rastro de enfado en sus ojos, pero las lágrimas le corrían por las mejillas.

Nunca la había visto llorar. Salí del agua a toda prisa y me acerqué a ella. Me senté y le tomé la mano.

—¿Qué pasa? —pregunté con toda la dulzura que pude.

Primero negó con la cabeza y poco después empezó a balbucir.

—Pues... que tengo catorce años y... —Negó de nuevo—. Si te lo cuento, no te rías.

Asentí.

Ella inspiró con fuerza y miró al cielo.

—Supongo que sabes que las chicas... Que cuando son... Que sangran. Tiene que ver con... tener niños. Bueno, el caso es que... se sangra, una vez al mes, más o menos. Es molesto y duele. Una se siente muy rara.

No tenía ni la menor idea de a qué se refería, aunque sí que sabía un par de cosas acerca de cómo se hacían los niños. De hecho, en teoría sabía el mecanismo, y que la mujer se quedaba embarazada si el hombre no tenía cuidado. Además, antes de que naciera el bebé, te podías librar de él con un alambre de los que se usan para colgar la

ropa húmeda. Shannon, que vivía en el edificio de al lado en Londres y a la que le podías tocar los pechos por lo que costaban dos cigarrillos, lo había hecho más de una vez. Los chicos mayores de nuestra calle estaban hablando constantemente de eso y nos lo contaban a nosotros, los pequeños. Pero nadie me había hablado de que las chicas sangraban.

—¿Por… por dónde sangras?

—Entre las piernas.

—¿Por eso no quieres meterte en el agua? —pregunté con precaución.

Asintió.

—Pero sí que podrías meter los pies.

Rose se quitó los zapatos y los calcetines y se acercó a la orilla. Yo le agarraba la mano con fuerza.

—¿Te duele? —pregunté.

—La verdad es que no. Bueno, un poquito.

—Y…

—Henry —me interrumpió—, ¿podrías no hablar de esto nunca más?

En ese momento me apretó la mano y sonrió por primera vez en aquel día de mayo.



5
Noches londinenses

CUANDO EN JUNIO Cooper desapareció de su casa por cuarta vez, ya nadie lo buscó. Los Blake tenían claro que estaba en Londres, «de juerga con personas de carácter inestable e inconveniente», según dijeron.

Su padre estaba tan furioso con su comportamiento que hablaba de prohibirle el acceso a Blake Hall y hasta de desheredarlo. Pero su esposa procuraba calmarlo.

—No es como Liam o Rose —la oí decir con voz afectada—. Es más sensible. Y esto es solo una fase de su crecimiento personal. Pasará. No puedes eliminarlo de nuestra vida. Es nuestro hijo...

El padre no podía comprender ni soportar las consecuencias de la «sensibilidad» y la «fase de crecimiento personal» de Cooper: noches de borrachera en los peores garitos de Londres y solo Dios sabía qué más cosas. Pero tampoco soportaba que su esposa sufriera aún más, por lo que las idas y venidas del chico simplemente se pasaban por alto. La señora Blake lloraba por su hijo sola en la sala de estar, mientras que su marido, solo también en la biblioteca, acumulaba cada vez más rencor contra su vástago mediano. Los criados eran testigos mudos de la situación. Fanny parecía tan destrozada como la señora Blake.

—¡Oh, Cooper, pobre corderito! Está yendo por el mal camino. ¿Dónde están los policías cuando se los necesita? ¿Quién le proporciona alcohol a ese crío? ¡Si no es más que un niño...! —lamentaba.

—La ley permite servir alcohol a los mayores de dieciséis años siempre que vaya acompañado de una comida —comentó Dale

—¡Bobadas! Eso no es un derecho divino, que es lo que cuenta de

verdad. La policía debería…

—No son bobadas, la ley no es una bobada —interrumpió Dale—. En cualquier caso, la bebida no es el mayor problema que tiene Cooper…

Fanny lo miró alarmada.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada, nada. —Se marchó de la cocina a toda velocidad.

La cocinera me acarició el pelo.

—Tú… Tú no vas a ir por el mal camino, ¿verdad, Henry?

—No —contesté convencido, aunque hubiera sido mucho más correcto decir que «esperaba que no». Pero no quería añadir una preocupación más a las muchas que ya tenía la mujer.

—Pobre Cooper —suspiró—. Conozco a los hermanos Blake desde el mismo día en que nacieron. Cooper siempre fue el más dulce de los tres, era todo amabilidad y cariño. Liam tiene mucha personalidad y un profundo sentido del deber. Rose es terca como una manada de toros bravos. Ellos dos no necesitan que nadie se preocupe por ellos. Pero Cooper… ¡pobre Cooper!

Fanny negaba con la cabeza y suspiraba al tiempo que cortaba patatas

Mientras la cocinera y la dueña de la casa no paraban de llorar por él y su padre estaba que echaba humo por su culpa, el «pobre» Cooper parecía estar pasándoselo bomba.

A veces nos relataba a Rose y a mí sus juergas nocturnas en Londres. Noches que pasaba en una innombrable sala de fiestas situada en un salón subterráneo abovedado. Un lugar que solo conocían los iniciados en la noche de la capital. Evidentemente, él era uno de ellos. Un grupo musical solía tocar hasta el allí invisible amanecer, mientras bailaba acompañado de Pott, un amigo suyo, antiguo marinero, que solo tenía una pierna.

—¿Cómo puede bailar solo con una pierna? —preguntaba una incrédula Rose.

—Tiene una pata de palo.

—¿Y por qué bailas con un hombre?

—Porque es el que mejor baila.

—¡Pero no deja de ser un hombre! —insistió ella con una mueca de extrañeza.

Nos contó que había otra sala anexa en la que se podía fumar.

—¿Y por qué no se fuma en la sala de baile? —preguntó su hermana, que no parecía comprender muy bien las reglas de comportamiento social en aquel antro.

—Porque lo que la gente fuma no son cigarrillos.

—¿El qué fuma entonces? ¿Cigarros puros?

Negó con la cabeza.
—¿Pipas?
—No, otra cosa —dijo Cooper.
—¿Pero qué otra cosa hay, además de cigarrillos, puros y pipas?
—No te preocupes por eso, hermanita.
Intenté hacerme una idea de cómo sería el salón de baile abovedado con sus habitaciones anejas, pero solo alcanzaba a imaginarme el King's Pub. Allí no bailaba nadie y sí que se armaban peleas de vez en cuando. La habitación trasera era pequeña y oscura, y en ella el camarero guardaba los encurtidos y otros aperitivos.
—Cooper, ¿qué otra cosa se puede fumar? —insistió Rose.
Pasó por alto de nuevo la pregunta y nos habló de Stella, una adivinadora que leía el destino en la palma de la mano y tenía dos dientes de oro. Los incisivos de arriba, nada menos.
No pude por menos que sonreír. Una de las pocas mujeres que frecuentaba el King's Pub también leía la mano. La señora Goush. Ella no tenía dientes de oro. De hecho, no tenía casi dientes. Si la invitabas a una cerveza, te leía el futuro. Que, por supuesto, era feliz y espectacular para todos: mucho dinero y un matrimonio, o una mujer, sin más, que los iba a hacer felices. Los hombres preguntaban que cuándo sucedería eso, hombres que habían derrochado el dinero en apuestas a caballos perdedores o que no tenían forma de ganarlo, hombres que no querían volver a casa con sus mujeres, generalmente agotadas, tristes y derrotadas por la vida, ni encontrar a sus hijos muertos de hambre. «Pronto, muy pronto», aseguraba la señora Goush. Así contentaba a los hombres y la invitaban a otra ronda.
—¿Te ha leído el futuro? —le preguntó Rose a su hermano.
—Sí.
—¿Y qué te ha dicho?
—Que todos estamos malditos.
—¿Quiénes son «todos»?
—Todos nosotros, Rose, todos nosotros.
Ella pataleó en su silla.
—¡Yo no estoy maldita!
Cooper rio.
—¿Por qué te ríes?
—Porque la vida es un chiste. ¡Solo eso, un maldito chiste!
—No digas eso. ¿Cómo puedes decir algo así? —exclamó ella dirigiéndole el puño cerrado.
—Ya lo verás, y muy pronto. Un enorme chiste sin gracia —insistió.
Rose abrió el puño y me tomó de la mano.
—Ven, Henry. Nos marchamos. —Después dirigiéndose a Cooper, le dijo—: ¡Tú estás loco!
Tiró de mí y dejamos a su hermano sentado junto a la fuente. Me

hubiera gustado hablarle de mi quiromántica de Londres, pero lo que hice fue seguir a Rose, por supuesto.

—¿Tú crees que estoy maldita? —me preguntó, una vez acomodados en nuestro árbol.

—¡De ninguna manera! Todos los demás podría ser, pero tú no.

Me miró con escepticismo.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque... Porque tú... Porque tú no puedes estarlo —respondí categóricamente—. Además, lo de leer las palmas de las manos siempre es una sarta de imbecilidades para tontos. —Le conté lo de la señora Goush.

No la vi muy convencida, la verdad.

—Te dicen lo que quieres oír a cambio de una cerveza, o de lo que sea —insistí.

Rose pareció meditar el argumento y en ese momento pensé que lo había dado por bueno. No obstante, volvió a hablar al cabo de un rato.

—Tu señora Goush le decía a la gente que todo iría bien, pero esta tal Stella..., a ver, ¿a quién le gusta oír que está maldito?

No pude responder a eso.



6

Invitación a Wimbledon

ANTES de la maldición eterna por venir apareció Wimbledon.

El señor Blake tenía tres entradas para la final femenina, pero solo Rose y él estaban interesados en el acontecimiento. No tengo ni idea de cómo se las ingenió su hija para convencerlo de que me llevara también a mí. De hecho, él se presentó en nuestra casa para formalizar la invitación en persona. Mi padre alegó que yo, que estaba a su lado, no disponía de la vestimenta adecuada para asistir a semejante acontecimiento.

—Estoy seguro de que entre la ropa de Liam y de Cooper encontraremos algo adecuado para él —le tranquilizó el señor Blake. No íbamos a dejar que un detalle tan nimio como la ropa que me fuera a poner diera al traste con el plan; después de todo, me había ganado la entrada trabajando muy duro como recogepelotas y cuidador de la cancha de tenis. Su tono era cercano y amable; podría decirse que hasta amistoso. Había que estar muy atentos a su tono de voz para descubrir que no estaba del todo a gusto entre nosotros.

Viajaríamos a Londres el día anterior a la final y nos alojaríamos en casa de la prima del señor Blake. Después acudiríamos a la final y pasaríamos otra noche en la ciudad. Así que el viaje iba a durar tres días enteros.

Cuando el señor Blake se marchó, le di un abrazo a mi padre.

—¡Es estupendo!, ¿verdad, papá?

De haber sido más alto y más fuerte, lo habría tomado en volandas. Rebosaba alegría y emoción por el viaje. Llegó un momento en el que me puse a pensar que explotaría de felicidad, solté a mi padre tras darle un fuerte apretón más.

Él estaba bastante tenso y no me devolvió el abrazo.

—Es muy generoso por parte del señor Blake —se limitó a decir.

—¿No te alegras por mí?

—Por supuesto que sí. Lo que pasa es que… recuerda que sigues siendo el hijo del jardinero. Incluso aunque…

No le dejé terminar.

—¡De acuerdo, de acuerdo! —gruñí. Estaba irritado, sí, pero sobre todo estaba furioso.

Nunca había reaccionado así con mi padre. En cualquier caso, no me riñó, sino que se limitó a bajar la cabeza. Me arrepentí inmediatamente de lo que había hecho.

Ya tenía catorce años, era capaz de entender sus reservas. Incluso aunque no estuviera al tanto del vínculo que nos unía a Rose y a mí. Ella sería algún día una jugadora de tenis famosa y yo el jardinero de Blake Hall. Ella viviría en su lujosa habitación y yo seguiría en la casita, pero nos encontraríamos cada noche, en nuestro árbol o en la habitación fantasma. Éramos el uno para el otro y nada ni nadie podría cambiar eso. Ni mi padre ni los Blake. Eso era lo que yo creía firmemente en junio de 1939.

Erin, la doncella personal de la señora Blake, escogió dos trajes de Cooper que pensaba que podrían servirme, además de dos camisas, un par de zapatos marrones de piel vuelta y un sombrero de paja. A Cooper ya no le valían, pero todo era o muy largo o muy ancho para mí.

—Habrá que hacer unos pocos arreglos —dijo mirándome de arriba abajo—, pero vas a estar estupendo.

Los trajes eran de lino beis y las camisas de algodón ligero. Yo apenas me atrevía a moverme ni casi a respirar, por miedo a manchar o estropear de alguna forma la ropa. Erin me contemplaba en el espejo con mirada amable.

—Un auténtico caballero —señaló.

Me miré. Parecía distinto. Vestido así, hasta podría pasar por uno de los Blake o de los Rutherford.

Erin prendió alfileres aquí y allá y empezó a rehacer el traje. En menos de una hora ya había terminado. Los pantalones y la americana me quedaban perfectamente. Pusimos papel de periódico en el interior de los zapatos y la doncella me caló el sombrero.

—Vamos abajo para que te vean —propuso. Fui tras ella, procurando seguirle el ritmo. Se volvió—. ¿Qué pasa? ¿Se nos ha olvidado cómo se anda? —Me movía como un anciano al que le dolieran las rodillas. Erin se rio.

El miedo a estropear la ropa iba en aumento, y los zapatos rellenos de papel me hacían estar inseguro. Parecía que todo el servicio, mi padre incluido, se había reunido para la ocasión. Uno de los mozos de cuadra emitió un silbido de admiración cuando entramos. Iris y Kitty

rieron nerviosamente.

—¡Qué chico tan guapo! —Era Fanny, por supuesto—. ¡Dios mío, qué guapo!

Mi padre asintió.

—Muy elegante —comentó Dale.

El mayordomo me estudió a fondo, de cerca y de lejos, hasta que por fin emitió su veredicto:

—Bien.

Me sentí aliviado cuando terminó la inspección. Por fin pude volver a ponerme mi ropa. Tras la cena, mi padre y yo volvimos juntos a casa.

Yo llevaba la maleta de cuero en la que Erin había guardado las cosas. Él me pasó un brazo por los hombros.

—No sabes lo que me hubiera gustado que tu madre te hubiera visto hoy —dijo. Después, para mi gran sorpresa, empezó a tararear *Ally Croaker*.

—¿Te la sabes? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—La he escuchado mil veces, pero soy incapaz de recordar la letra.

—A mí me pasa lo mismo —dije—. Solo recuerdo un verso.

—Teníamos que haber estado más atentos —lamentó mi padre.

—Yo… Yo pensaba que siempre estaría aquí para cantarla.

Nos quedamos en silencio. Seguramente él pensaba en ella, mientras que yo tenía la cabeza en Wimbledon.



7
Otro Londres

EL PROPIO SEÑOR Blake se puso al volante del Bentley, mientras que Rose y yo nos acomodamos en el asiento trasero. Su vestido era de un género parecido al de mi traje, aunque, al contrario que yo, ella no parecía preocuparse ni lo más mínimo de manchas ni de que se le rasgara. Se movía con total libertad, mientras que yo estaba muy quieto y muy erguido, con el sombrero en el regazo, y volvía la cabeza solo lo mínimo para mirarla de reojo cuando hablaba, y no paraba.

Me contaba las hazañas de Suzanne Lenglen, una tenista francesa, que había muerto el año anterior.

—Puede que la mejor tenista de todos los tiempos —dijo Rose.

Suzanne había estado en boca de todos en los años 20, y no solo por su magnífico juego. Competía con los brazos y las pantorrillas descubiertos, lo cual era muy escandaloso en aquellos tiempos. La primera vez que ganó en Wimbledon, en 1919, acababa de cumplir los veinte años. La prensa la bautizó con el sobrenombre de la «Diosa». Corría el rumor de que, en los descansos, daba unos traguitos de coñac.

Rose no tenía del todo claro a quién idolatraba más, si a Maud Wilson, la primera ganadora de Wimbledon, o a la Diosa.

—¿Crees que alguna vez podrían llamarme así a mí? —preguntó.

El señor Blake no podía oírnos, pues el sonido del motor era muy potente y su hija hablaba en voz baja; sin embargo, sí que nos miraba por el espejo retrovisor, como en ese preciso momento. Nuestras miradas se encontraron. Yo sonreí. Él no.

—Te he preguntado una cosa —insistió ella.

Antes de que yo pudiera responder, intervino el señor Blake.

—Rose, ¿de qué estás hablando?

—De tenis —respondió—. Le estoy hablando a Henry sobre Maud y Suzanne, y preguntándome qué dirá la gente de mí cuando gane Wimbledon.

Eso sí que le hizo sonreír.

—¿Cuándo ganes Wimbledon? Vamos, Rose...

La aludida apretó los labios y dirigió la vista hacia la ventana. Su padre se concentró en la carretera.

—Sí —murmuré.

—Mmm... —masculló Rose sin mirarme.

—La Diosa —dije—. Te llamarán así.

Acercó la mano para tocar la mía.

Los sentimientos pueden cambiar en un momento: del miedo infinito al gozo infinito. Un par de segundos pueden parecer largos, infinitamente largos.

Cuando, tras unos instantes, me soltó la mano, me relajé en el asiento y olvidé de golpe todas las preocupaciones por la ropa de Cooper. Me quedé dormido y no me desperté hasta que llegamos a Londres.

La casa, que pertenecía a la prima del señor, la viuda Abigail Cherleton, se parecía a Blake Hall más que cualquier otra de Londres que yo hubiera visto nunca. No había terrenos, por supuesto, y el edificio en sí era más pequeño, pero no menos imponente. Dejamos el equipaje en el automóvil y subimos en fila india los doce escalones de la amplia escalinata de piedra, primero el señor Blake, después Rose y finalmente yo. El mayordomo abrió las puertas de bronce de la entrada principal, nos saludó amablemente e informó de que los criados se encargarían de transportar el equipaje directamente hasta las habitaciones.

Antes de entrar en la casa, me di la vuelta buscando algo familiar. Ni siquiera la calle guardaba el más mínimo parecido con el Londres que yo conocía.

Seguimos al mayordomo hasta el salón principal, una enorme habitación en la que predominaban los verdes y los dorados. Un gran cuadro en la pared mostraba cuatro perdices muertas sobre una mesa de madera. La sangre asomaba por detrás de los cuerpos inertes.

La señora Cherleton se acercó a nosotros con unos andares rígidos, parecidos a los míos. Hasta me pregunté si ella también intentaba cuidar la ropa que vestía. Todo en ella era estrecho y afilado: la nariz, la barbilla, los labios. Se recogía el pelo en un moño.

—Prima Abigail —saludó el señor Blake, tomándole la mano entre las suyas.

—Richard —contestó. De inmediato liberó la mano y se dirigió a Rose. Le acarició la barbilla con los deformados dedos—. Cómo has crecido —dijo. Sonó como una acusación.

—Este es Henry, nuestro recogepelotas —dijo el señor Blake, señalándome con un gesto.

Apenas había dormido durante las últimas cuatro noches, con los nervios a flor de piel e intentando prepararme para el viaje a Londres. Ojeé todos los libros que me había regalado la sobrina de mi fallecido maestro, buscando respuestas a preguntas que, sin duda alguna, nadie osaría hacerme durante mi estancia: me sabía de memoria todos los reyes ingleses desde Ricardo III y todos los primeros ministros tras Henry Addington. Podía recitar todas las fases adecuadas en una cacería de zorros. Hasta me había aprendido de memoria un poema de Keats, *Oda a un ruiseñor*. O por lo menos lo había intentado, porque es larguísimo. Sabía lo que tenía que decir si quería ir al servicio y no sabía dónde estaba. La gente elegante nunca decía que necesitaba ir a mear, sino que necesitaban refrescarse o lavarse las manos.

Pero lo que no había preparado era cómo saludar a la prima del señor Blake. ¿Debía estrecharle la mano? ¿Darle un beso? ¿Arrodillarme ante ella? Pensé que lo mejor sería hacer una profunda reverencia, que terminó con el sombrero de paja en el suelo.

—Henry —dijo ella mirándome de arriba abajo. Y fuera lo que fuese lo que vio, puedo asegurar que no le gustó.



8
Un mundo mejor

EL MAYORDOMO nos mostró las habitaciones. Al señor Blake y a Rose los acomodaron en el segundo piso, y a mí en el tercero. El mayordomo contó que, cuando el servicio era más numeroso, la habitación era utilizada por uno de los criados.

Estructura de la cama y somier de hierro. Mesa con palangana para el aseo. Armario estrecho.

El baño estaba al final del pasillo, la segunda puerta a la derecha, me indicó antes de marcharse.

Deshice el equipaje y me senté en la cama. No sabía qué hacer. ¿Me esperarían en el salón de estar o en otro? Fuera como fuese, no quería estar a solas con la señora Cherleton. Quizá volvería el mayordomo y me indicaría qué hacer.

Me rugía el estómago. No sé cuánto tiempo me pasé allí sentado, pero en un momento dado alguien llamó a la puerta.

No era el mayordomo, sino Rose. Echó una mirada escéptica a su alrededor.

—Te ha puesto en la zona del servicio… ¡Qué mujer más asquerosa! Nadie la quiere. Se lo voy a decir a mi padre. Tienen que darte una habitación mejor.

—No te preocupes, está bien.

Ella puso los ojos en blanco.

—No, no está ni mucho menos bien.

—No me importa.

—A mí sí, porque es tan… ¡Es una esnob! Mucho peor que mis padres.

—Mañana vamos a acudir al partido —repuse para distraerla.

—Así es. —Sonrió—. De todas maneras, voy a…

Sonó un gong.
—La cena —dijo sin acabar la frase anterior.
Bajamos juntos a la planta principal.
—Rose, no digas nada acerca de la habitación. Te lo pido por favor.
—Si tú lo dices…
—De verdad que no importa. Estamos aquí juntos y mañana iremos a Wimbledon.
Ella asintió.
Mi madre me había enseñado a comportarme en el comedor. «Nunca sabes cuándo vas a necesitar saber comportarte en una mesa elegante, Henry», me repetía a menudo. Enormemente previsor por su parte, teniendo en cuenta que ella ni se rozó nunca con personas como la señora Cherleton o los Blake. En todo caso, con la viuda escrutándome, los modales que había aprendido se evaporaron. Además, olvidé los nombres de los monarcas ingleses. Y si la señora Cherleton me hubiera pedido recitar la *Oda a un ruiseñor,* dudo que hubiera sido capaz de recordar ni la primera estrofa.
El mayordomo sirvió el primer plato. Una sopa viscosa.
—Cooper —espetó la señora Cherleton, mirando intensamente al señor Blake.
—¿Qué pasa con él? —preguntó él con una sonrisa fingida.
—Una oye cosas.
—Ya veo… —dijo el hombre por toda respuesta.
—Un asunto tremendamente desagradable.
Él siguió sin decir nada.
—Richard, deberías actuar.
Ni una palabra por parte del señor Blake.
—Está deshonrando el nombre de la familia.
—¿Por qué no hablamos de algo más agradable, querida prima?
La señora Cherleton frunció los labios, que se afinaron aún más si es que eso era posible. Parecía que fueran a desaparecer del todo.
—Recogepelotas… —dijo.
Estaba claro que se refería a mí, aunque no me miró al decirlo. Ni tampoco preguntó nada.
—Parece que los Blake se están volviendo muy modernos —continuó por fin, mirando a su primo.
—Henry es bastante más que un recogepelotas —dijo Rose.
—Ah, ¿sí? —Se volvió hacia mí—. ¿Qué más… eres, Henry?
—Soy… Soy el hijo del jardinero.
La señora Cherleton emitió una especie de cloqueo. O más bien fue un gruñido corto. Me dio la impresión de que contenía la risa.
—Juega conmigo al tenis —añadió Rose.
—¿Al tenis?
—Sí. Juega bien. Y yo necesito un buen rival —añadió con

convicción.

—Los Blake se han vuelto muy modernos, de verdad —concluyó la viuda—. ¿Por qué las damas tienen que jugar al tenis?

—Querida prima, las damas llevan mucho tiempo jugando al tenis —replicó el señor Blake.

—Yo no, te lo aseguro —repuso en tono despectivo.

—Hoy en día, las hijas de las mejores familias juegan al tenis—continuó el señor Blake—. Una diversión que no entraña peligro alguno.

—Algún día ganaré Wimbledon —afirmó convencida Rose.

—Por favor, hija, no digas tonterías —la reprendió su padre, mientras la señora Cherleton volvía a emitir ese extraño gruñido.

Dimos cuenta del plato principal en silencio. Un silencio que solo se rompió una vez servido el postre con una nueva intervención de la anfitriona.

—Antes el mundo era un lugar mejor. Reglas claras. Reglas que se obedecían sin dudar. Se tenía en cuenta la importancia del apellido familiar. Imperaban las buenas costumbres. Estaba clara la posición social, personal y familiar y se actuaba conforme a ella. Pero hoy en día...

—Maud Watson ganó Wimbledon en 1884 —intervino Rose—. De eso hace casi cincuenta años...

—Hija, por favor —la reprendió el señor Blake.

—Watson. ¿Y quiénes eran los Watson? —espetó la viuda Cherleton echando humo. De repente se levantó de la mesa—. Me voy a la cama. Buenas noches.

—Pero prima...

—Buenas noches —repitió.

Se fue. Muy erguida. Con la vista puesta casi en el techo.

—¡Mira que es...! —empezó a decir Rose, pero su padre la interrumpió.

—Basta por hoy. Igual vosotros dos deberíais también iros a la cama. Mañana va a ser un día muy ajetreado.

Yo pensaba que recordaría siempre aquel día, hasta el más mínimo detalle, pero mi memoria se quedó solo con ciertos momentos. El recuerdo del viaje en automóvil a Church Road y la llegada a Wimbledon se difuminó.

La primera imagen clara: comer fresas con nata al lado de Rose, con el sol calentándonos el cuello.

El señor Blake nos dio a cada uno una copa de champán. Se rio con sincera alegría y nos dijo que bebiéramos despacio. A mí no me gustó mucho el sabor, pero la frescura y el picor de las burbujas me encantaron.

El señor Blake se encontró con un amigo.

—Es mi hija Rose, y Henry —le oí decir.

«Henry», sin más explicaciones. Ni «nuestro recogepelotas» ni «el hijo del jardinero». Henry, tan solo Henry.

Rose le preguntó a su padre, que seguía de cháchara con su amigo, si podíamos ir a dar un paseo. Nos dio las entradas. Desaparecimos entre la multitud. Ella me agarró de la mano y nadie nos miró de soslayo. No hay mejor sitio donde esconderse que delante de varios miles de testigos.

—Algún día voy a jugar aquí —dijo con su habitual vehemencia.

—Sin duda —afirmé—. Y yo estaré viéndolo.

La siguiente imagen: estamos sentados en la segunda fila, Rose entre su padre y yo.

La hierba parecía tan perfecta que casi resultaba artificial. Tan verde, tan meticulosamente recortada... La pista de Blake Hall, en comparación, era un desastre, pese a todos mis cuidados.

Cuando los espectadores ocuparon sus asientos, cientos o miles de voces llenaron el aire, pero el murmullo se fue apagando, cediendo, hasta dar paso a un silencio total.

Había algo de sagrado en esa quietud. Era muy distinto a los partidos de fútbol de aficionados a los que había acudido alguna vez en Londres. Los hinchas del fútbol gritaban y cantaban. Incluso en los partidos profesionales.

Las finalistas saltaron a la cancha.

Alice Marble, estadounidense, y Kay Stammers, inglesa, se dieron la mano.

El público las ovacionó.

Por supuesto, nosotros queríamos que ganara Stammers.

Silencio.

No se oía otra cosa que los golpes a la bola y los gruñidos apagados de las jugadoras.

Pasé menos tiempo mirando el partido que observando a Rose. Ella no apartaba los ojos de la pista, con una atención absoluta. Podía sentir la tensión de su cuerpo. El casi incontrolable deseo de estar jugando en la pista ante nosotros.

Yo creo que los mejores momentos de las personas suceden cuando se dejan llevar y se rinden a lo que están viviendo. Fue lo que le pasó a Rose en Wimbledon ese día y en esos instantes.

Wimbledon, el lugar en el que el señor Blake me convirtió en «Henry» sin más. Henry, solo Henry.

Wimbledon, el lugar en el que la ropa de Cooper pasó a ser mía.

Wimbledon, liberado de cualquier pasado.

Puede que fuera por el champán, pero en esos momentos cualquier cosa me parecía posible mientras dos mujeres vestidas de blanco

golpeaban una pelota amarilla una y otra vez.

La estadounidense ganó con facilidad en dos sets, 6-2 y 6-0.

Esa noche volvimos a cenar con la estirada señora Cherleton. Sus modales condescendientes ya no me afectaban. Me daba pena de ella. Amargada y sola en una casa oscura y decorada con pájaros muertos.

Escuchaba los comentarios de Rose sobre el partido de tenis con el ceño y los labios fruncidos.

Cuando me metí en la estrecha cama de hierro, intenté recordar todos los acontecimientos del día, pero, incluso entonces, no puede rememorar más que momentos e impresiones sueltas.

Se abrió la puerta, y allí estaba.

—Rose… ¿qué…?

Se llevó el dedo a los labios, chistó y cerró la puerta.

—¿Enciendo la luz? —pregunté.

—No.

Retiré las rodillas para hacerle sitio. Se sentó.

—El año que viene volveremos a Wimbledon —afirmó.

—Sí.

—Y al año siguiente.

—Sí.

—Y también al siguiente.

—Sí. Y todos los años —añadí.

Nos reímos por lo bajo.

—Wimbledon es el lugar más bonito del mundo —dijo Rose.



9

¿Qué pasaría si...?

EN AGOSTO, en lo más intenso del verano, cuando el invierno parece tan lejos, uno apenas es capaz de imaginar que pueda volver alguna vez. E igual de difícil resulta acordarse del colegio, del que solo queda un brumoso recuerdo de la última lección antes de que empezaran las vacaciones.

Desde Wimbledon, Rose había insistido en que jugáramos todos los días, tan deseosa estaba de mejorar todos los aspectos de su juego.

Después de un partido en el que no había parado de gritarme y reñirme por mi falta de empeño, me puso el brazo sobre los hombros mientras estábamos sentados en la orilla del lago Sludge.

—Perdona por haberte gritado de esa manera durante el partido —se disculpó.

—No te preocupes.

—Lo que pasa es que... si no mejoro todavía más, nunca voy a ser capaz de ganar Wimbledon.

Asentí.

—Y... es que... eres el único amigo que tengo. Antes de que te trasladaras aquí, estaba sola del todo. No debes enfadarte conmigo si me pongo furiosa.

Asentí.

—No debes enfadarte conmigo nunca.

Asentí de nuevo.

—Júramelo.

—Te lo juro.

Fue como si aquellas palabras me impactaran en el corazón y en la boca del estómago. Rose no estaba conmigo por lo que yo era, sino porque estaba sola. Podría tener la misma relación con cualquier otro.

Me separé de ella y me metí en el agua. Buceé. Sin pensarlo siquiera, pasé las manos por el fondo limoso, buscando el anillo perdido. Hacerlo se había convertido casi en un acto reflejo cuando me bañaba en aquel lago.

Volví a la superficie y nadé de un lado a otro, sin rumbo, como un perrito. Rose me observaba. Cuando cruzamos la mirada, yo la desvié de inmediato.

Al salir del agua, inmediatamente me lo soltó:

—Así que estás enfadado conmigo.

—No lo estoy —respondí de inmediato.

—Pues claro que sí.

No respondí.

—Me he disculpado, ¿no? —dijo Rose—. Y me has jurado que...

—No estoy enfadado... Por lo menos no lo estoy porque me gritaras —la interrumpí—. Lo que pasa es que... Si en vez de ser yo quien llegó aquel día a Blake Hall hubieran sido otros tres o cuatro chicos, o diez, ahora no sería tu novio, o...

Levantó las cejas muy sorprendida.

—En ese caso, dime, ¿estarías conmigo o con uno de esos otros?

—¿Y cómo demonios quieres que lo sepa? —contestó sin más.

—Ahí lo tienes...

—¿Qué es lo que tengo exactamente? Y si yo tuviera tres, o cuatro, o diez hermanas, ¿sería tu chica, o lo sería una de mis bobas hermanas?

—Pero tú no tienes hermanas.

—Pues eso es lo que estoy diciendo. Cuando tú llegaste aquí, solo estabas tú, nadie más.

—No es lo mismo —sostuve.

—Claro que sí.

—No lo es —insistí. Por una vez, no quería concederle la última palabra. Esa vez no.

—A veces te comportas como un auténtico idiota, Henry. —Se levantó de un salto y salió corriendo.

—¡De eso nada! —grité, pero ya se había ido.

El enfado se me pasó de inmediato. Quería que Rose volviera. Me disculparía. Pero no volvió. Me vestí y me subí en la bici. Fui hasta nuestro árbol, pero no estaba allí. Ni tampoco en la fuente. Ni en la cancha de tenis desierta. No me atreví a entrar solo en la casa para ir a la habitación fantasma ni a llamar a la puerta de su cuarto.

Revisé la pista y ajusté la red. Nuestras raquetas seguían allí. Agarré la mía y una cesta llena de pelotas.

Comprobé cómo se me daba el saque. Después lancé otra vez.

Así hasta que vacié la cesta.

Entrené porque no quería pensar en nada. Pero Rose no se apartaba

de mi mente.

Tenía miedo de perderla.

Noté que se me cansaba el brazo. Mi servicio se resintió y empezó debilitarse. Pero no podía parar, pensaba que hacerlo me traería mala suerte. Tenía que seguir jugando hasta que apareciera Rose o hasta que no pudiera más y cayera redondo.

Vacié cinco cestas llenas de pelotas. Y al final apareció. Sin decir una palabra, agarró su raqueta e intercambiamos saques, derechas y reveses hasta el anochecer.



10
¡Ha estallado la guerra!

Me dirijo a ustedes desde el salón de reuniones del Gobierno, en el número diez de Downing Street.

Esta mañana, el embajador británico en Berlín ha entregado al Gobierno alemán una carta inapelable indicando que a no ser que, antes de las once en punto, recibamos la confirmación de que preparan una retirada de sus tropas de Polonia, nuestros respectivos países estarían en guerra. Debo informarles que a la hora señalada no se ha recibido ningún tipo de confirmación en tal sentido, por lo que nuestro país está en guerra con Alemania.

Se pueden imaginar lo amargo que resulta esto para mí, después de que haya fracasado mi larga y denodada lucha por la paz...

555

Era el día tres de septiembre de 1939. El señor Blake había convocado a toda su familia y a todo el personal del servicio en el salón de estar. Escuchábamos la declaración del primer ministro alrededor del enorme aparato de radio. Hasta los que llevaban mucho tiempo profetizando la guerra estaban anonadados.

Papá apoyaba la mano sobre mi hombro. Lo miré y vi que le brillaban los ojos por las lágrimas.

El señor Blake bajó la cabeza.

Liam no estaba allí. Era piloto de la Fuerza Aérea Británica.

Fanny sollozaba quedamente. Dale miraba al techo. Las ayudantes de cocina se santiguaban. Rose se miraba las manos.

Cooper esbozaba una media sonrisa, como si la guerra no le importara ni lo más mínimo.

Yo estaba furioso. ¿Cuántos países necesita conquistar un hombre? Hitler ya había recibido los Sudetes. Y, no contento con eso, invadía Polonia.

El rey también se dirigía a su nosotros, su pueblo, a través de la radio.

«En estos difíciles momentos...», así empezaba su discurso.

Estábamos en guerra, pero no pasó nada.

Al día siguiente, el señor Owen se dirigió a todo el colegio.

—Esperaba que no volviera a suceder jamás, pero aquí estoy hoy, igual que hace veinticinco años, cuando era un hombre joven que apenas estrenaba su puesto como director de este colegio, cumpliendo el deber de anunciar que estamos en guerra. Es un día muy triste para todos. Para nuestro querido reino. Todo va a cambiar. Todo va a cambiar...

Pero, en realidad, nada cambió. El señor Powell entonó otro de sus dictados. Rose me esperaba fuera de nuestra casa.

—¿Alguna noticia? —pregunté.

—La verdad es que no. Papá lleva todo el día al teléfono hablando con amigos de la Cámara de los Lores y con otras personas importantes. Ayer sonaron las sirenas en Londres, pero fue una falsa alarma. Y uno de los mozos de cuadra se ha alistado.

Nos sentamos en el porche, rozándonos las rodillas.

—¿Cuándo crees que va a empezar?

—¿Cuándo va a empezar el qué?

—La guerra.

—La guerra empezó ayer.

—Quiero decir que cuándo van a empezar a pasar cosas de verdad.

Rose se encogió de hombros.

—Puede que nunca pase nada. Por lo menos aquí.

—Claro. Quiero decir que, si Hitler está en Polonia, seguramente será allí donde haya lucha.

—Puede.

—¿Tienes miedo? —pregunté.

—La verdad es que no. ¿Y tú?

—No, pero... tengo la impresión de que debo mirar hacia atrás en cada momento. Como si alguien me estuviera siguiendo o vigilando.

—¿Quién? ¿Los alemanes? —preguntó.

—Sí y no.

—Entiendo lo que quieres decir. —Me tomó la mano—. Espero que pase pronto.

—Yo también.

—¿Jugamos al tenis?

Fuimos en bicicleta hasta la cancha y peloteamos un rato hasta empezar un partido.

Servía Rose, ganaba el juego treinta a quince y el set cuatro a dos.

Vi al señor Blake por el rabillo del ojo. Avanzó hacia nosotros haciendo casi el paso de la oca.

—¿Ha empezado la guerra y vosotros dos jugáis al tenis? —Nunca lo había oído gritar de aquella manera. La bola pasó silbando junto a mí.

—¡Rose! ¡Henry! ¿Es que no tenéis sentido de la decencia? ¡Estamos en guerra!

Lo miramos muy sorprendidos. Se había quedado de pie un poco a la derecha de la pista, donde se sentaban los espectadores para ver los torneos familiares.

—¿Es que no entendéis lo serio que es esto?

—Lo siento, señor —dije en voz baja.

—¡Habla más alto, Henry!

Pero antes de que pudiera hacerlo, Rose se adelantó.

—¿Qué tiene que ver la guerra con el tenis?

—¡Cuidado con el tono que utilizas! —le advirtió su padre—. Hay cosas que no se pueden hacer. No es momento de diversiones ligeras. Es la guerra. ¡La guerra!

—El tenis no es una diversión ligera —replicó ella—. Tengo que entrenar.

—¿Entrenar? —Negó con la cabeza—. Vuelve a casa. Ahora mismo.

—Cuando terminemos —repuso.

Yo dejé la raqueta.

—Será mejor que me vaya.

—¡Henry! —gritó Rose con furia.

—Adiós, señor Blake. Lo siento, señor.

—¡Henry! —repitió ella.

—Después de la cena, en nuestro árbol —susurré.

—¡No hemos terminado el partido! —gritó mientras me marchaba.

No respondí. Me subí en la bicicleta y pedaleé hasta llegar a casa.

555

Rose nunca me llegó a perdonar del todo que la abandonara ese día en la cancha de tenis. No terminó de entender que lo que yo no quería era que su padre montara aún más en cólera conmigo, y que me prohibiera verla o nos pusiera en la calle a mi padre y a mí.

—¡Menuda tontería! ¿Por qué?

—Porque eres su hija y él es el dueño de Blake Hall. Y porque yo solo soy el hijo del jardinero.

—Pero eso sería completamente injusto.

—Es verdad, pero la vida no siempre es justa, ¿no crees?

—Yo no lo permitiría, lo mismo que no voy a permitir que me prohíba jugar al tenis.

Al final fue la señora Blake la que convenció a su marido de que levantara la prohibición.

—No podemos andar deambulando por aquí a todas horas con la cabeza gacha y deprimidos a la espera de que nos bombardeen. ¡Por el amor de Dios, deja a los niños que jueguen!

Pese a todo, estaba nervioso cuando volví a empuñar la raqueta. El señor Blake, que casi no había asomado por la cancha después del

altercado, empezó a acudir bastante a menudo. No decía una palabra, pero nos miraba con cara de desaprobación durante unos minutos y se marchaba negando con la cabeza.

Por una vez, ese año les di la bienvenida a la lluvia y al frío, que pusieron fin a la temporada de tenis.

555

El diecisiete de octubre cayeron las primeras bombas alemanas sobre el Reino Unido, ninguna de ellas en las cercanías de Blake Hall. Allí la guerra aún era algo irreal, que solo tenía lugar en la radio y en los periódicos. Hasta ese momento únicamente se había racionado la gasolina, aunque Fanny había comenzado por su cuenta a hacer acopio de víveres. Las comidas empezaron a ser menos abundantes. Aquellos que habían vivido la Gran Guerra, entre ellos la propia cocinera, estaban bastante más preocupados que las generaciones jóvenes.

555

Y enseguida llegó la Navidad. El señor Blake había planeado algo especial: la familia y el servicio cenarían a la misma mesa. Como gesto de ahorro y contención, pues al fin y al cabo estábamos en guerra, se serviría una simple y tradicional empanada de pastor. Ni primer plato ni postre. Tampoco habría regalos. En lugar de eso, la familia haría una considerable donación a la Real Fuerza Aérea.

Liam tuvo un permiso de dos días y los pasó en casa. Vestía de uniforme, se lo había ganado. Era piloto de combate.

La señora Blake no estaba demasiado contenta con la Navidad que había planeado su marido, pero no discutió. Rose lo consideró muy excesivo. Y Cooper, como de costumbre, se limitó a sonreír como si nada de lo que pasaba tuviera que ver con él.

Todos oímos juntos el discurso navideño del rey: «Se acerca un nuevo año. No podemos saber qué nos deparará. Si nos trae la paz, todos estaremos muy agradecidos. Y si continúa la lucha, lo encajaremos impertérritos...».

Se dispusieron las empanadas en una larga mesa para que cada uno se sirviera y se sentase donde quisiera. Las puertas correderas que comunicaban la sala de estar con el comedor se abrieron del todo. Rose, Cooper y yo nos acomodamos frente a la chimenea. Aunque todo el mundo vestía su mejor ropa, la diferencia entre dueños y empleados era clamorosa. Se podía leer en los rostros, independientemente de la blancura de las camisas.

Pensé en Wimbledon, el único lugar y el único momento en el que la separación dejó de existir para mí.

—Nuestro queridísimo padre se ha superado a sí mismo esta vez. Mirad a vuestro alrededor. Nadie está a gusto, ni un alma. Menuda

farsa —comentó Cooper.

Rose y yo hicimos lo que sugería, y pensamos que tenía razón. Parecía como si la mayor parte de los miembros del servicio ni siquiera respiraran.

Fanny, sentada y conversando con la señora Blake, estaba tiesa como un palo, y el plato le temblaba entre las manos.

El señor Blake charlaba con el señor Rogers y con mi padre. Los jardineros asentían servilmente, con la cabeza un poco inclinada.

—¡Qué ganas tengo de que acabe esta estúpida guerra! —exclamó Rose.

—Pues va a tardar bastante en acabarse —comentó Cooper.

—¿Cómo lo sabes? — replicó ella.

—Es la sensación que tengo.

—¿La sensación que tienes? Vaya bobada.

—Ya veremos.

—Cooper, eres mala gente. Empiezo a pensar que quieres que siga la guerra.

Miró hacia el infinito bizqueando, como si meditara de forma ausente o buscara un objeto en la distancia.

—Puede que sí —dijo en voz muy baja—. A ver si la gente despierta por fin y las cosas cambian de una vez.

—¿Pero por qué demonios quieres que cambien las cosas? Yo no quiero que cambie nada.

—Pregúntale a Henry —le dijo a su hermana.

—¿Qué pasa conmigo?

—Henry, ¿no te gustaría que cambiaran las cosas? —me preguntó Cooper.

—Yo… no. Las cosas… no… —titubeé.

Cooper se quedó mirándonos.

—No os entiendo, pareja —dijo. Se levantó y se fue.

1940





1

El Ally Croaker de Cooper

CON EL AÑO nuevo la guerra se volvió más real. El uno de enero todos los varones de entre diecinueve y veintisiete años fueron llamados a filas. El chófer Craig, los mozos de cuadra que quedaban y todos los criados, con la excepción de Dale, dejaron Blake Hall y no fueron reemplazados. Dale y el mayordomo servían las comidas. Las cosas eran mucho menos formales. Mi padre, el señor Rogers y yo atendíamos a los seis caballos. Rose insistía en ayudar.

—Estamos en guerra —le había dicho a su padre—. Todos tenemos que poner de nuestra parte. Además, yo sé más de caballos que los jardineros o Henry.

Él accedió. Por otra parte, tampoco hubiera sido lógico que él contradijera sus propios argumentos.

Dado que los ayudantes de jardinero que venían del pueblo habían sido llamados a filas, el señor Rogers y mi padre estaban más ocupados que de costumbre. Muy pronto Rose y yo nos encargamos de los caballos sin más ayuda. Los establos y sus ocupantes cuadrúpedos eran para mí algo completamente nuevo.

El señor de la casa sugirió que nos ayudara Cooper, pero él pasaba en Londres la mayor parte del tiempo. En las muy escasas ocasiones en las que se acercaba por los establos, no trabajaba en absoluto. Se sentaba encima de una bala de paja y nos miraba.

Yo alimentaba los caballos antes de ir al colegio y, cuando volvía, Rose y yo los conducíamos al potrero. Yo limpiaba los compartimentos. Juntos cepillábamos los lomos de los animales y ensillábamos a dos de ellos. Además de a jugar al tenis, ella me había enseñado a montar.

Mientras trotábamos por la hacienda, a veces pensaba que, después

de todo, la guerra no estaba tan mal. Cada vez me familiarizaba más con los animales y hasta creía que me entendían cuando les hablaba. No parecía importarles que paseara entre ellos, ni que de vez en cuando me pusiera a cantar *Ally Croaker* sin venir a cuento. Siempre la misma estrofa, «¿Te casarás conmigo, querida Ally, Ally Croaker?».

Hasta soportaban estoicamente mis intentos de tocar la armónica.

El señor Blake alababa mi trabajo cada vez que visitaba los establos.

Un día que estaba allí solo, peinando la negra melena de *Davor,* se presentó allí.

—Parece que has encontrado tu vocación —dijo.

—Pues... lo que de verdad quiero es convertirme en jardinero de Blake Hall, señor —respondí.

—Como tu padre.

Asentí.

—Eres un buen muchacho, Henry. Ya me gustaría a mí que Cooper quisiera seguir los pasos de su padre. —Me revolvió el pelo—. Buen chico —repitió, y se marchó. Lo miré mientras se alejaba.

—Buen chico —repitió otra voz. Cooper surgió de su escondite entre las balas de paja.

—¡Creía que seguías en Londres! ¿Desde cuándo estás aquí? —Intenté recordar qué les había confesado ese día a los caballos.

—No lo sé exactamente —contestó—. Creo que desde ayer por la noche. El Támesis está helado. He caminado sobre las aguas, como Jesucristo.

—¿Has escuchado lo que he...?

Cooper rio y se puso de pie.

—Alguna canción con la armónica. Y también te he oído cantar.

—Ah...

—Esa canción que cantas... ¿solo tiene una estrofa?

—No, pero es la única que recuerdo. Mi madre la cantaba.

—¿Al final se casa con él?

—No lo sé.

—Pues habrá que averiguarlo. Parece que la quiere.

—Sí —confirmé—. Mucho.

Dio unos golpecitos en el lomo de *Davor*.

—Ellos también conocen todos mis secretos —dijo.

Lo miré inquisitivamente.

—Yo no tengo secretos.

—Pensamientos, sentimientos... A veces tienes que convertirlos en palabras. Y esta pandilla sabe escuchar. No juzgan.

Noté que me ruborizaba.

—Yo tengo mi propio Ally Croaker. Se llama Gilbert —dijo Cooper.

—¿Es un chico?

Asintió.

—El amor es el amor. A veces no tiene pies ni cabeza de quién te enamoras, o incluso el mismo hecho de enamorarse.

Nos quedamos los dos callados durante un momento.

—¿Él te corresponde? —pregunté sin mirarlo.

—No sé qué decirte… A veces. El domingo me quería. Y también el lunes. La cosa se enfrió el martes, pero el jueves resurgió.

—Se quiere a alguien o no, me parece a mí —dije.

—Así de simple, ¿no?

—Sí. Yo… —Estuve a punto de decirlo: yo quiero a Rose, hoy y todos los días. Pero no lo hice—. Sí. Yo creo que es así.

Cooper sonrió.

—Creo que voy a dormir otro ratito.

Desapareció entre la paja. Le oí cantar en susurros: «¿Te casarás conmigo, querida Ally, Ally Croaker?».



2

Así es como va a ser

LOS SUMINISTROS de alimentos se racionaron, empezando por el azúcar, la mantequilla y el beicon. Cada persona recibía una pequeña libreta de cupones que había que presentar en las tiendas. Fanny era la que gestionaba todas las compras de la hacienda. En cualquier caso, ella llevaba ya mucho tiempo almacenando víveres. Aunque la guerra durara años, en Blake Hall nunca faltaría la comida.

Fuera en el comedor del servicio, en la propia mansión o en nuestra pequeña casita, la radio siempre estaba encendida. Y yo siempre esperaba que alguien tomara la palabra para decir: «¡Atención, atención, la guerra ha terminado!».

Pero la guerra no había hecho nada más que empezar. Polonia no fue suficiente. Hitler acababa de ocupar Dinamarca y Noruega.

Limpié de estiércol los compartimentos de los caballos. Estaba cansado. Caballos, colegio, caballos. A veces me dormía durante la clase y el señor Powell me despertaba bruscamente, hasta me daba en la cabeza con un libro, con el puntero, con la palma de la mano o incluso con los nudillos. Parecía que hacerme daño le producía un gran placer.

Apareció Rose, a la que no había visto en todo el día. Le enseñé el dibujo que había hecho: un tejado de escasa inclinación sujeto por cuatro pilares. Tanto el señor Rogers como mi padre habían prometido que me iban a ayudar, si es que el señor Blake aprobaba la construcción, claro.

—Así podrías jugar al tenis también en invierno.

Me abrazó.

—Solo tenemos que pedirle permiso a tu padre para empezar a construirlo.

El señor Blake bloqueó el proyecto. Acababa de terminar el invierno, pero lo pensaría.

—Estamos en guerra. En este momento hay otras prioridades —concluyó.

Nuestras esperanzas acerca de un cercano final de la guerra se vinieron abajo en mayo de 1940. El nuevo primer ministro, Winston Churchill, se dirigió a la nación el día diecinueve de mayo, nueve días después de tomar posesión del cargo. Divisiones terrestres acorazadas de Hitler estaban avanzando en el interior de Francia, tras romper la línea Maginot en las cercanías de la ciudad de Sedan. Churchill decía que la situación en ese momento era incierta y que en cualquier momento podía decantarse a favor de cualquiera de los dos bandos. Se sentía optimista, pues pensaba que el frente terminaría estabilizándose.

También dijo que la Luftwaffe, la fuerza aérea alemana, había sufrido un número de bajas cuatro veces mayor que el de la Real Fuerza Aérea, pese a la superioridad de la aviación militar del enemigo.

—...estamos viviendo sin duda uno de los momentos más dramáticos de la larga historia de Francia y Gran Bretaña...

Cerró el discurso con una cita bíblica: «Armaos, demostrad que sois hombres de valor y preparaos para el conflicto; porque es mejor para nosotros perecer en la batalla que contemplar atrocidades contra nuestra nación y nuestra fe. Si es la voluntad de Dios que está en los cielos, que así sea».

No fueron sus palabras lo que conmovió a la audiencia, a toda la nación, sino su forma de hablar, su convicción. Tras oírlo yo quería ser un hombre de valor.

Estaba seguro de que las circunstancias de la batalla de Francia evolucionarían favorablemente y que terminaríamos destrozando a los alemanes. Así Hitler tendría que dar su brazo a torcer y liberaría uno a uno todos los países que había invadido.

Pero las cosas se torcieron. Del todo.

Los alemanes avanzaron y rodearon a cientos de miles de soldados franceses y británicos a lo largo de la costa del canal de la Mancha. Fue una derrota que Churchill convirtió en un milagroso rescate, el milagro de Dunkerque. Fueron rescatados más de trescientos mil hombres.

Entre los que no pudieron regresar estuvo Chris, un criado de Blake Hall. El señor Ward informó sobre su fallecimiento en la cena. Fanny y Erin no pudieron evitar echarse a llorar.

—Era tan joven... —lamentó la cocinera—. Con toda la vida por delante.

Dale no lloraba, pero le temblaban los labios.

El señor Ward, todavía de pie en la cabecera de la mesa, se aclaró la garganta.

—También tengo alguna buena noticia, además de la anterior tan mala. Liam Blake está bien.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Fanny santiguándose.

Liam había sobrevivido a sus primeras batallas como piloto de combate.

Yo sabía que la guerra no distingue entre ricos y pobres. Un soldado es un soldado. Pero, a mí, la muerte de un sirviente siempre me parecía más probable que la de personas como Liam Blake, por mucho que todos estuvieran en el frente.

El catorce de junio los alemanes marcharon sobre París. El veintidós del mismo mes Francia capituló. Gran Bretaña se había quedado sin su aliado. Ahora pelearíamos solos. Lo único que nos separaba de Hitler y su ejército era el canal de la Mancha. Pero nunca nos rendiríamos.

Había llegado el verano. Hacía calor.

Rose apoyaba la espalda contra la pared, cruzada de brazos.

—No deberías haber cambiado —dijo sin venir a cuento.

—¿A qué te refieres?

—Desde que empezó la guerra, todo el mundo ha cambiado. No me gusta.

—Pues yo no he cambiado. Nunca cambiaré —afirmé.

Saqué a *Sanders* de su compartimento y empecé a limpiar a paladas el estiércol. Rose acarició al animal. Era el caballo de más edad, un garañón pardo con una marca blanca en forma de estrella entre los ojos y patas también blancas, que parecían botas o calcetines. Rozó el hombro de Rose con el belfo y resopló.

—Es mi favorito —dijo.

Miré a los otros caballos y me dio pena de ellos, Rose prefería a *Sanders* sobre todos los demás.

—¿Cuál es tu favorito? —preguntó.

—Pues... a mí me gustan todos por igual.

—Eso es una tontería. Todo el mundo tiene un favorito.

—No, yo no.

Entró en el compartimento de *Sanders*. Yo sujetaba la horca y una carretilla llena de estiércol.

—¿Y qué me dices de la gente? ¿También te gustan todos por igual?

—¡Por supuesto que no! Te... te prefiero a ti.

Rose sonrió.

—¿Y tú? —pregunté. Ella no había dicho nada como «yo también te prefiero a ti». Y yo quería oírlo en ese preciso momento y en ese lugar, en el establo.

—También quieres que diga que te prefiero a ti, ¿verdad?

—No… Yo… Si…

—Yo también te prefiero a ti, Henry —dijo riendo.

Una vez superado el momento de vergüenza, me reí.

—¿Te casarás conmigo? —pregunté cuando cesó la risa.

Rose se sobresaltó.

—Ahora no, por supuesto… Pero quizá… algún día… De todas formas, ya te había dicho que no quiero casarme.

—Pero… —protesté.

—Cuando digo algo es que lo pienso de verdad.

—Pero si… si alguna vez quisieras casarte, entonces…

Giró sobre los talones para darme la espalda. Me sentí fatal. Pero entonces oí su voz.

—Voy a ser una jugadora de tenis famosa, y tú vas a ser el jardinero de Blake Hall. Yo viviré en mi habitación y tú en la casa donde vives ahora. Nos veremos todos los días. En verano iremos a nadar al lago Sludge y nos sentaremos en nuestro árbol. Y en invierno nos esconderemos en la habitación fantasma. Cuando juegue en Wimbledon, vendrás a verme ganar. Así es como va a ser, Henry.

Salí del compartimento. Estaba sentada sobre una bala de paja. Me acerqué a ella y le tomé la mano.

—Así es como va a ser —repetí. Se me pasaron varias escenas por la cabeza. El lago y la piel mojada de Rose. Wimbledon. Los terrenos de Blake Hall. Ella sentada sobre la barra de mi bicicleta. De repente, me invadió una profunda melancolía. Como si todo aquello perteneciera a un pasado muy remoto.



3

Un mal perdedor

LIAM VOLVIÓ a casa, aunque solo por dos días. Al señor Blake le disgustaba que su hijo mayor, un piloto de la Real Fuerza Aérea endurecido por las batallas, no quisiera hablar ni de la guerra ni de política.

Liam cambió el uniforme por unos pantalones de lino y una camisa de manga corta.

—Durante las próximas cuarenta y ocho horas no quiero pensar en nada.

Solo quería dormir, montar a caballo y jugar al tenis.

Fanny hizo una tarta de limón en su honor y nosotros preparamos un corto torneo de tenis.

—Este año no se va a celebrar Wimbledon —informó el señor Blake sin dirigirse a nadie en particular. Yo tensaba la red y Liam llenaba una segunda cesta con pelotas—. Estamos en guerra —añadió.

—Bueno, pero jugar un poco no le hace daño a nadie —dijo Liam—. No tienes que jugar si no quieres.

—Te puedo asegurar que sí que voy a jugar. Estoy muy orgulloso de ti, Liam —repuso su padre.

Hasta Cooper aceptó jugar y, por primera vez, yo participaría como jugador y no como recogepelotas. Dale fue el sexto jugador. Todo el servicio fue relevado de sus tareas y acudió a vernos jugar.

Miré a los espectadores. Faltaban todos los hombres jóvenes: Craig, los mozos de cuadra y los criados. Su ausencia hacía que la guerra fuera más palpable incluso que la presencia de Liam. Chris no regresaría nunca. ¿Y los demás...?

La esposa de Craig, la señora Larson, había dejado Blake Hall junto a su hija y se había trasladado a York con la familia tras el

enrolamiento de su marido. Había escrito hacía poco para decirnos que Craig había sido capturado por los alemanes en Francia.

Así que no estaba muerto, al menos por el momento.

Me dio la impresión de que los demás también tenían muy presentes las ausencias. Veía pena y miedo en los ojos de casi todos. No obstante, por el bien de Liam, que era el único soldado que estaba entre nosotros, enmascaramos las preocupaciones tras el pastel y el tenis.

Mi primer contrario fue el señor Blake. Rápidamente sopesé mis opciones: dejarme ganar o darlo todo para eliminarlo. No me podía sacudir el miedo por el hecho de que mi futuro dependiera de su buena voluntad hacia mí.

Decidí pelear. Lo había visto perder en varias ocasiones, siempre con deportividad y decoro.

El torneo se puso en marcha: el señor Blake, señor de Blake Hall, contra Henry, el hijo del jardinero.

Como en todos los torneos que se jugaban en la hacienda, en la primera ronda de clasificación cada pareja de oponentes disputaba un juego, y los ganadores pasaban a la segunda fase.

Mi contrincante pareció sorprenderse de que le devolviera el saque con toda facilidad cuando seguramente esperaba ganar el punto con un saque directo.

El primer punto lo gané yo. Cero a quince.

Sirvió de nuevo, y de nuevo devolví el saque. Algo cambió en su semblante. Me recordó a Rose cuando se ponía rabiosa. Gané también los siguientes puntos, y lo eliminé ganando el juego en blanco.

Nos encontramos en la red, pero en lugar de estrecharme la mano, me dio un golpe con la mano en el hombro. Con cierta fuerza, la verdad, como si quisiera hacerme algo de daño.

—Vosotros dos jugáis mucho al tenis —dijo fríamente.

Perder con un Asbury o un Rutherford era una cosa, pero perder con alguien como Henry Evans era otra muy distinta.

Rose y yo llegamos a la final.

Ella ganó el primer set por seis a tres, yo el segundo por seis a cuatro y al final ella se llevó el torneo ganándome por siete a cinco en el tercero.

—Jugáis como verdaderos profesionales —nos felicitó Liam—. Ha sido muy divertido veros, de verdad.

Todo el mundo charlaba, comía tarta y reía. Por un momento nos olvidamos de la guerra. Hasta pareció que el señor Blake se olvidaba de Hitler y de Churchill; todo el rencor lo dirigía a mí.

Nuestras miradas se encontraron. Yo sonreí, pero él desvió la vista.

Fanny y las ayudantes se excusaron, era hora de preparar la cena.

—Tengo que dar de comer a los caballos —dije sin dirigirme a nadie

en particular, y me levanté.

—Espera, voy a ayudarte —dijo Rose.

Pero el señor Blake la detuvo.

—Tu hermano está aquí solo hoy y mañana. Henry puede atender a los caballos sin ayuda por esta vez —le oí decir. Me marché a toda prisa.

Cooper apareció en los establos al cabo de un rato.

—Le has enseñado al jefe lo que es un resto de verdad, ¿eh, chaval? —dijo riendo.

—Lo siento. Creía que era un buen perdedor.

—Es un esnob.

—Pero...

—Henry, no te preocupes. Superará la decepción. Aunque...

—¿Aunque qué?

—No importa.

—¡Vamos! —le urgí.

—Tuvimos un criado una vez, se llamaba Simon. Era un extraordinario jugador de ajedrez, algo impresionante. Mi padre lo retó a una partida y perdió.

—¿Simon o tu padre?

—Mi padre. Y, bueno..., dos semanas más tarde Simon se fue.

—¿Cómo que se fue? ¿Tu padre lo despidió?

—Digo yo.

—¿Porque le ganó al ajedrez?

—Puede que fuera una coincidencia —admitió Cooper encogiéndose de hombros.

Me entró un mareo. Tanto que me senté en una bala de paja.

—¿Tú crees que... a mi padre y a mí...?

—No seas bobo. Mira a tu alrededor. Atiendes los caballos tú solito. Y el señor Rogers estaría perdido del todo sin tu padre. No te preocupes.

—Para ti es fácil decirlo.

Se sentó a mi lado.

—Sospecho que nuestro estimado patriarca se siente inútil. El reino está en guerra, ¿y él qué hace? Quedarse sentado dentro de esta monstruosa casa mientras su hijo y la mitad del servicio se juegan la vida luchando por la patria. Su influencia política se limita a la relación con unos pocos conocidos en la Cámara de los Lores, que a veces se dignan escuchar sus opiniones en un ejercicio de pura cortesía social.

—Tenía que haberlo dejado ganar...

—No —negó Cooper con firmeza—. De ninguna manera.



4

Bombas sobre Londres

EL VEINTICUATRO de agosto cayó la primera bomba alemana sobre Londres. La noche siguiente la Real Fuerza Aérea contraatacó bombardeando Berlín.

Y después de eso empezaron los bombardeos aéreos sistemáticos.

A partir del siete de septiembre, los enormes bombarderos de Hitler atacaron Londres cada noche a lo largo de dos meses, sin interrupción. A eso le siguió una temporada en la que la ciudad pudo dormir.

El día después de Navidad, Rose y yo estábamos sentados en la habitación fantasma cuando escuchamos la voz del señor Blake procedente del piso de abajo.

—¿Por qué tienes que ir a Londres?

Nos miramos.

—Esto tengo que oírlo bien —dijo ella.

Bajamos la escalera en silencio y nos apretamos contra la pared. La puerta del salón no estaba cerrada del todo.

—¿Por qué, Cooper?

—No puedo decírselo, es cosa mía —respondió Cooper.

—¿Qué es lo que no me puedes decir? —gritó el señor Blake—. ¡Esto es increíble!

—No lo hago por fastidiarle, padre.

Escuchamos un sollozo, al que siguió la voz de la señora Blake.

—Estoy muerta de miedo por lo que le pueda pasar a Liam, y ahora... ¡Cariño, no vayas, por favor! Si... los bombardeos. Es...

—Mamá —respondió con voz dulce—. Tendré cuidado. No va a pasarme nada, y volveré pronto.

—¿Pero cuándo? —preguntó ella.

—Dentro de unos días. Una semana, como mucho.

—¿No te das cuenta de lo que le estás haciendo a tu madre? —gruñó el señor Blake.
—Lo siento, pero tengo que ir.
Se hizo el silencio. Nosotros salimos pitando al piso de arriba.
—¿A Londres? Está loco —dijo Rose.
Escuchamos pasos. Una puerta que se abría y después se cerraba.
—Es él. Vamos.
Seguí a Rose por el pasillo. Entramos en su habitación sin llamar.
—¿Por qué te vas a Londres? —preguntó ella con un tono muy parecido al de su padre.
Cooper la miró, y después a mí.
—Bienvenidos —dijo.
—¡Cooper! ¡Respóndeme!
—No empieces tú también.
Rose se acercó a él.
—Las bombas... Si te pasara algo... nunca volvería a ser feliz, jamás. Mamá tiene razón. Ya tenemos bastante con preocuparnos por Liam como para que ahora tú... ¿Qué pasa conmigo? ¡No quiero despertarme cada mañana sin ningún hermano!
Cooper la miró.
—Tendré cuidado. Pero es que hay una persona en Londres a quien quiero mucho y de quien no sé nada... —Hizo una pausa para pensar y continuó—: No sé nada de esa persona desde hace una semana. Antes nos telefoneábamos cada día... Imagínate que Henry estuviera en Londres y que tú no supieras si está vivo o muerto, o si necesita tu ayuda. ¿Me dices de verdad que no irías a buscarlo?
Rose se puso roja como un tomate.
—Pues... ¿Cuándo te vas?
—Mañana por la mañana.
—¿Quién es ella?
—¿Quién?
—La persona a la que amas.
Cooper sonrió.
—Eso no importa. Algún día conocerás... a esa persona. Si...
—¡Oh, Cooper!
—Será mejor que os vayáis. Mamá y papá van a aparecer de un momento a otro y, para terminar de enredar toda esta madeja, no sé cómo reaccionarían si descubrieran a su hija en casa acompañada del hijo del jardinero.
Nos retiramos a la habitación fantasma. Nos echamos en la cama mirando al techo.
—Los quiero a los dos. A Liam y a Cooper, quiero decir. Pero... soportaría mejor estar sin Liam que sin Cooper —confesó en voz baja —. Aunque a veces haga locuras y diga y haga cosas raras. Es el mejor

de los tres. Respecto a esto, ¿entiendes? —Se puso la mano en el corazón.

Quería contradecirla, convencerla de que ella era la mejor, pero me mordí la lengua, porque en realidad tenía razón. Cooper no tenía nada de egoísta ni de calculador.

Y deseaba consolarla, decirle que a su hermano no le pasaría nada, pero también me callé. En realidad, no tenía forma de saber ni dónde y ni cuándo caerían las bombas alemanas sobre la ciudad.

—Él... deja en paz a la gente. ¿Sabes lo que quiero decir? —preguntó Rose.

Asentí.

—No le va a pasar nada —dije por fin.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —respondió de inmediato.

—No lo estoy, pero es lo que espero y deseo. Quiero creerlo. Y cuando dices en alto lo que deseas, es...

—¿Más fácil de creer?

—Sí.



5

¡Buena suerte!

A LA MAÑANA siguiente, bastante antes de que amaneciera, corrí hacia los establos. Hacía frío, tanto que podía ver mi propio aliento. Abrí la puerta y escuché el familiar crujido y el bufar de los caballos. Encendí la luz.

—Henry.

Di un respingo. Cooper estaba tumbado entre la paja, envuelto en una manta de lana.

—¿Qué...? —empecé.

—He dormido aquí para que mis padres y Rose no me dieran la tabarra.

Me senté a su lado y le ofrecí mi taza de té.

—Salud —dijo, y dio un sorbo.

—¿Vas a buscar a Gilbert?

Asintió.

—Nos telefoneábamos todos los días. Él no tiene teléfono propio, pero utiliza el de su amiga Susan, que lleva unos días sin verlo. De hecho, nadie lo ha visto.

—Ten cuidado, ¡eh! Haz todo lo posible por que no te pase nada.

—Dentro de dos meses cumpliré dieciocho años, así que de todas formas tendré que alistarme.

—¿Qué quieres decir?

—El ejército, la guerra. Las posibilidades de que me pase algo se multiplicarán. Esto servirá para que todos nos vayamos haciendo a la idea —dijo riendo entre dientes.

—¿Vas a ser aviador también?

—Me dan miedo las alturas.

—¿La marina?

—Creo que prefiero seguir teniendo los pies en la tierra. Soldado de infantería. Me gusta andar.

Me resultaba imposible imaginar a Cooper de soldado de a pie.

—¿No podría hacer algo tu padre para que no te llamaran a filas? —sugerí.

—Es probable que sí, pero yo no quiero. No sería justo.

—¿Tienes miedo?

—¿De qué?

—De las bombas, de las batallas... de todo eso.

—Tengo miedo de no encontrar a Gilbert. O de buscarlo para descubrir que ha muerto. Tengo miedo de no volver a verlo nunca. —Miró el reloj—. Tengo que irme.

Se puso de pie y agarró la pequeña bolsa que había utilizado como almohada.

—¿Cómo vas a ir a Londres?

—En tren.

—¿Y a la estación?

—Andando.

—Buena suerte, Cooper.

Me guiñó un ojo y se fue. Durante unos minutos me quedé mirando a la puerta que había cerrado al salir, sin dejar de susurrar: «Buena suerte, buena suerte...»

Uno de los caballos relinchó. Tenían hambre.

—¡Voy! —grité, y me puse a llenar los cubos de grano.

No dejaba de pensar en Cooper. Lo veía andar hacia la estación, subirse al tren, viajar en él y caminar por Londres. En ese momento estaba seguro de que volvería a casa sano y salvo.

La puerta del establo se abrió de repente. Allí estaba Rose, con el abrigo desabrochado y el pelo revuelto.

—¡Se ha ido! —gritó.

—¿Cómo? ¿Quién?

—Cooper. Me he levantado pronto precisamente para... Ni siquiera se ha despedido.

No tenía muy claro si debía o no decírselo, pero lo hice.

—Ha dormido aquí.

Rose se mordió el labio.

—¿Dónde está ahora?

—De camino a Londres, en el tren.

—¿Intentaste detenerlo?

Podía haber mentido, pero no lo hice: negué con la cabeza.

—¿Por qué, Henry?

—Porque habría dado igual.

—Al menos podrías haberlo intentado.

—Le deseé buena suerte.

—Buena suerte... —repitió con amargo sarcasmo—. Bueno, eso seguro que lo mantendrá a salvo. ¡Buena suerte...!

—Rose —dije, tomándole la mano. Trató de retirarla, pero se la retuve—. Quería irse. Y yo entiendo muy bien el porqué.

Rose puso los ojos en blanco, pero sin retirar la mano.

—Así que lo entiendes, ¿verdad?

Asentí.

—Y lo único que podía hacer era desearle suerte. Suerte en su búsqueda. Suerte que lo proteja de las bombas.

Se quedó pensativa unos momentos.

—Suerte —murmuró—. Sí, yo también le deseo suerte.



6

Preocupación por Cooper

COOPER LLEVABA dos días en Londres.

Era veintinueve de diciembre. Domingo. A la seis y cuarto de la tarde, diez aviones de reconocimiento sobrevolaron el centro de la ciudad para marcar objetivos a las flotillas de bombarderos alemanes. Durante las cuatro horas siguientes, ciento treinta y seis aviones alemanes, cargados de bombas altamente explosivas e incendiarias, volaron sobre la urbe soltando su carga.

Londres estaba en llamas. Una bomba cayó sobre uno de los mayores depósitos de agua de la ciudad, produjo grandes daños y lo inutilizó. Los bomberos apenas podían hacer nada para contener los incendios.

No era la primera vez que ardía Londres. La anterior fue en 1666. También en domingo. A primera hora de la mañana se produjo un incendio en una panadería de Pudding Lane. Destruyó cuatro quintas partes de la ciudad, incluida la catedral de San Pablo. El arquitecto Christopher Penn fue el encargado de la reconstrucción. Los proyectos para recuperar el templo se rechazaron uno tras otro. San Pablo no se completó hasta 1708.

El Día de Año Nuevo la catedral fue portada del *Daily Mail*, con su gran cúpula elevándose sobre el humo. Esta vez no había ardido. Junto con el puente de Londres, San Pablo era el lugar más famoso de la capital y servía como símbolo de nuestra fortaleza como nación. «Nunca nos rendiremos».

Los símbolos eran parte esencial de la guerra. Puede que lo sean también de la naturaleza humana.

Yo hubiera cambiado cualquier símbolo por la vida de Cooper.

No teníamos noticias suyas.

El señor Blake me pidió que le preparara un caballo. Quería ir a la ciudad cabalgando. Cuando llegó a los establos, *Hugo* ya estaba ensillado y preparado. El hombre tenía bolsas debajo de los ojos y parecía nervioso. Cuando me miró, no pude descifrar su expresión.

—¿Qué hace mi hijo en Londres? —preguntó con cólera contenida.

Respiré hondo audiblemente.

—No te estoy preguntando a ti. Hablo solo —dijo con voz ronca.

—Sí, señor.

—Me gustaría poder entender a Cooper. ¿Quién es Cooper?

—Puede que... sea...

—Henry —me interrumpió—, no te estoy preguntando. —Pronunció despacio cada sílaba, como si le hablara a un sordo o a un zoquete.

—Si le pasa algo a Cooper... Si no regresa, mi esposa me echará a mí la culpa.

Estuve a punto de decirle que no era culpa suya, que Cooper quería irse y que nadie habría sido capaz de impedírselo. Pero en ese momento entendí lo que estaba pasando: hablaba con el caballo, con *Hugo*. Y también entendí que yo, para él, era más o menos como un animal. No buscaba ni respuestas ni consuelo.

—¿Cómo pueden ser tan diferentes entre sí dos hijos?

Se llevó a *Hugo* de las riendas.

Poco después de la marcha del señor Blake apareció Rose.

—Todavía no hay noticias de mi hermano —me dijo—, y es muy difícil hablar con alguien de Londres. Mamá lleva todo el día al teléfono, pero muchas de las líneas no funcionan. Además... creo que... es poco probable que esté en casa de algún amigo de la familia. ¿Sabes dónde vive ella?

—¿Quién?

—La chica de Cooper, o su amante, o lo que sea...

Negué con la cabeza. Lo único que sabía es que «ella» era en realidad «él». Gilbert.

—No parece que se hayan producido muchas bajas. ¿Te lo puedes imaginar? Tantísimas bombas, fuego por todas partes, y solo unos cientos de muertos. No me habría extrañado que... —Se detuvo. Le corrían las lágrimas por la cara.

—Rose —dije—, eso es una buena noticia. Pocas personas muertas.

Asintió.

—Pero Cooper siempre ha tenido mala suerte... siempre, muy mala suerte. Aunque haya habido pocas bajas, temo que pueda estar entre ellas.

La envolví entre los brazos y la apreté contra mí. Permanecimos así bastante rato.

—Liam está bien —dijo al tiempo que daba un paso atrás. Se rio con ganas—. La buena suerte sigue a Liam, todo lo contrario de lo que le

pasa a Cooper. La vida es muy injusta.

—En efecto, lo es —asentí—. Pero puede que... Creo que esta vez la suerte va a estar del lado de Cooper.

Ella me miró.

—¿De verdad lo piensas? —preguntó muy seria.

—Sí —contesté, primero con cautela y después con firmeza—. Sí, lo digo muy en serio. Volverá.

Estaba seguro de que a Cooper no le había ocurrido nada.

Y tenía razón. Volvió a casa al día siguiente. Indemne. Al menos físicamente. Gilbert había muerto.

1941–1943





1

Patatas por encima del tenis

ERA EL MES de febrero cuando dos funcionarios del Ministerio de Agricultura, los señores Fuge y Moore, llegaron a Blake Hall. Mi padre me dijo que fuera con él. Los recién llegados, Blake, Rogers, mi padre y yo recorrimos las tierras de la hacienda en dos vehículos.

Las rosas y todas las plantas ornamentales tenían que sustituirse por cultivos de patatas y zanahorias. El ministerio había lanzado una campaña con el lema «Sembrar para vencer», con la que pretendía asegurar el abastecimiento de comida para el país. A todo el mundo que poseyera tierra, incluyendo el jardín más minúsculo, se le animaba encarecidamente a que plantara árboles frutales y verduras. Por fin el señor Blake tenía la oportunidad de contribuir al esfuerzo de la guerra. Su hacienda se convertiría en un modelo para la campaña.

El señor Rogers, mi padre y yo fuimos clavando banderitas por toda la propiedad, allá donde hubiera un campo útil para la siembra o un terreno adecuado para construir porquerizas o gallineros. Las mujeres y los niños de menos de dieciocho años ayudarían a plantar, a cosechar y a cuidar el ganado.

Nos detuvimos junto a la cancha de tenis.

—Patatas —decretó el dueño de la hacienda, señalándola con el dedo.

—Con lo que hemos visto hasta ahora es más que suficiente, caballero —reconoció el señor Fuge—. La cancha de tenis puede permanecer.

—No —insistió con una sonrisa en la cara.

Se me aceleró el corazón, tanto que pensé que se me saldría por la garganta.

—Pero señor Blake, ¿dónde va a...? —balbuceé.

—¿Henry? ¿Hay algo que quieras compartir con nosotros? —dijo él.

—Yo... —Mi padre me fulminó con la mirada y negó con la cabeza de forma casi imperceptible. No hice caso—. ¿Dónde va a jugar Rose al tenis, señor? —Me salió un tono de voz mucho más estridente de lo normal.

Me miró sin pestañear. Yo no retiré la mirada.

—No jugará —contestó por fin—. No volverá a jugar, eso es todo. Ya habéis jugado bastante vosotros dos. Estamos en guerra y todo el mundo tiene que sacrificarse.

—Pero... —empecé.

—Calla, Henry —siseó mi padre, al tiempo que me daba una banderita. Los cinco hombres se me quedaron mirando. Di cuatro pasos bastante despacio, confiando en que el señor Blake cambiase de idea.

—¡Vamos, Henry, date prisa! —me azuzó mi padre.

Clavé la bandera en la hierba del campo de tenis.

555

Pasé el resto del día como si estuviera en trance, trotando tras los hombres y clavando banderas aquí y allá. Pensaba en la pista de tenis que pronto se iba a convertir en un patatal, uno de los ocho que se plantarían. Ocho patatales. Era algo del todo simbólico. Con siete hubiera habido bastantes.

Yo había ganado al tenis al señor Blake y además pasaba demasiado tiempo con su hija, pero esa vez había ganado él.

555

Tras clavar la última bandera, el grupo se dispersó. El señor Blake condujo a los funcionarios ministeriales a la casa. El señor Rogers, mi padre y yo volvimos a la nuestra.

Mi padre puso la tetera. Los tres nos sentamos en la mesa de la cocina. Ellos empezaron a organizar el trabajo que tenían por delante.

Yo apenas atendía, solo podía pensar en Rose.

—Solo lo hace para vengarse de mí —dije, inmiscuyéndome en la conversación.

—¡Henry! —me riñó mi padre.

—¡Pero si es la pura verdad! Incluso ese tal Fuge dijo que se podía mantener la cancha de tenis. Yo quería construir un tejado para cubrirla y que así Rose pudiera jugar en invierno. Lo hace porque le gané y para que su hija no pueda...

—Henry —me interrumpió mi padre—, el señor Blake puede hacer o no hacer en su casa lo que le venga en gana. Nosotros dos tenemos que estarle tremendamente agradecidos. ¿Dónde crees que estaríamos tú y yo ahora si no me hubiera permitido acceder a esta posición en su hacienda?

Bajé la cabeza. Por supuesto que agradecía estar allí. No obstante, también estaba furioso. Despreciaba al señor Blake.

—Vamos, vamos… —intercedió Rogers—. Cuando termine la guerra reconstruiremos la cancha para Rose. El señor Blake no quiere fastidiar a nadie. Lo único que quiere es aportar su granito de arena para ganar esta guerra.

—No es justo.

—Casi nada lo es, muchacho —dijo el jardinero.

Esa noche me fui a la cama pronto y no vi a Rose hasta el día siguiente. En ese momento ya sabía lo que iba a pasar con su cancha de tenis. Para animarla, repetí lo que había dicho el señor Rogers.

—Ya, cuando termine la guerra… —masculló—. ¿Y si pasan años? Me voy a tener que olvidar de Wimbledon. Perderé la práctica y la forma. ¡Lo odio!

Todavía no sé por qué defendí a su padre en ese momento a pesar de que compartía con ella ese sentimiento hacia él.

—Solo quiere ayudar con la guerra —dije.

—¿Y el resultado depende de que nosotros produzcamos unas cuantas patatas más o menos?

—Por supuesto que no, pero…

—¿Pero qué?

No respondí. Le dejé decir la última palabra. Esa vez era todo lo que podía hacer por ella.



2

Un compromiso para el futuro

AL PRINCIPIO pareció que todos los cambios que se habían producido servirían para acercarnos más a Rose y a mí. Cooper se presentó para cumplir con su deber. Las tierras se convirtieron en pastos y campos de labranza. Blake Hall bullía de gente. Dos soldados tullidos empezaron a trabajar como mozos de cuadra y se instalaron en la casa de Craig Larson.

Yo echaba de menos los caballos.

Ayudaba a mi padre, al señor Rogers y a sus muchos nuevos asistentes a roturar y a cavar. Pero a veces me escabullía para estar con Rose.

El dueño de la hacienda estaba muy contento con los progresos realizados. Cabalgaba de un lugar de trabajo a otro como un general en el campo de batalla, administrando advertencias y consejos.

Se talaron algunas zonas del bosque. El señor Blake le prometió a Rose que no derribarían el fresno, pero perdimos la protección visual que nos garantizaban los otros árboles.

Normalmente nos refugiábamos en la habitación fantasma, pues era el único sitio en el que podíamos estar solos. A veces pasábamos horas en silencio, abrazados y casi desnudos.

Era un día soleado de marzo, una tarde que, en condiciones normales, estaríamos jugando al tenis. Pero la cancha se había convertido en un patatal.

Así que estábamos en la cama en la habitación fantasma. Le besé el hombro.

—Serás una jugadora de tenis muy famosa. Y yo, el jardinero de Blake Hall. Nos...

—Déjalo, Henry —dijo.

—Pero…
—Intento no pensar en ello.
—Estaremos juntos, y…
—Te he dicho que lo dejes.
Pero no lo dejé.
—Aunque las cosas no salgan exactamente como pensamos, nosotros… estaremos juntos, ¿verdad?
No respondió.
—¿Es que ya no quieres que…?
—Pues claro que quiero, Henry, ¿cómo no voy a querer? Lo que pasa es que ya no soy capaz de imaginar nada.
—¿Sobre nosotros?
—Sobre el futuro.
Le tomé la mano.
—La guerra ha terminado. Hemos ganado. Hitler está muerto. Cooper y Liam vuelven a casa. Las tierras vuelven a ser como eran. La cancha de tenis tiene tejado. Tú te has convertido en una brillante jugadora de tenis, incluso mejor de lo que eres ahora. Juegas en Wimbledon y ganas. Yo vivo en la misma casa que ahora, y tú en la mansión. Nos vemos todos los días… —Conforme hablaba, me daba cuenta de lo infantil que resultaba todo lo que estaba diciendo, y de que ya no éramos niños. Aunque tampoco éramos adultos, habíamos dejado atrás la niñez.
Rose me apretó la mano con ternura.
—Veremos lo que nos depara el futuro.
—Cuando termine la guerra volveremos a hacer planes —dije yo.
—Exactamente. Cuando termine la guerra quiero ir a bailar y a fiestas. Conocer gente y viajar. Y beber champán.
Le solté la mano. ¿Cómo encajaba yo en los planes de posguerra de Rose?
—¿Y el tenis? —pregunté. No me atrevía a preguntar lo que de verdad quería saber: «¿Y yo qué?».
—Eso también, por supuesto. Y aunque no juegue el torneo, por lo menos quiero ir a ver los partidos.
—Yo también.
Se rio.
—¿Qué te parece tan gracioso? —pregunté.
—Pues no sé. Suena como… como si fuera un compromiso… para el futuro.
Pese a que notaba la calidez de su cuerpo contra el mío, en ese momento era como si se encontrara a kilómetros de distancia.
—Tengo que marcharme —dijo. Se levantó y se vistió.
—¿Por qué? ¿Adónde vas? —pregunté, casi presa del pánico.
Se volvió a reír.

—A mi clase de piano. Henry, ¿pasa algo?

—No. Yo me quedaré aquí otro rato.

—¡Que no te pillen!

Se deslizó fuera sin hacer ruido y al cabo de muy poco tiempo la oí tocar. Chopin. Sonaba muy bien.

Cerré los ojos.

Lo que hubiera dado por poder bajar al piso de abajo a ver cómo tocaba.

Intenté idear un nuevo plan para mi... para nuestro futuro. Algo que le gustara a Rose. Algo en lo que pudiera creer.

Pero no se presentó nada: ni ideas, ni palabras, ni imágenes. Lo único que acudía a mi mente era el momento en el que nos habíamos conocido.



3

Un verano sin el lago Sludge

ESE VERANO también perdimos el lago Sludge. Muchos de los trabajadores comían o descansaban en sus orillas. De todas formas, yo solía ir algunas veces para buscar el anillo. Los trabajadores, chicos de mi edad, hombres de más de treinta años y algunas mujeres, reían y se zambullían. Su alegría me enrabietaba.

Rose pasaba las tardes tocando el piano. Cuando yo terminaba de trabajar ayudando al señor Rogers y a mi padre, me iba a la habitación fantasma y la escuchaba tocar. Sentía que la estaba perdiendo poco a poco.

Me habría gustado mucho poder confiar en alguien, pedir consejo. Cooper era el único que conocía nuestra relación, pero no estaba en casa. Y con él se acababan las posibilidades.

Una tarde fui a la cocina a visitar a Fanny mientras preparaba la cena. Ese día había esperado a Rose en vano. La había escuchado tocar desde la habitación fantasma. De repente, la música se detuvo. Pasó una hora, pero no apareció, así que abandoné nuestro escondite. No sabía qué hacer. Estaba cansado e inquieto al mismo tiempo, así que me dirigí a la cocina.

—¿Quieres que te ayude a pelar patatas? —me ofrecí.

—Eres un buen chico —celebró Fanny mientras me entregaba un cuchillo.

Me puse a trabajar.

—Henry —me llamó la cocinera al cabo de un rato. Levanté la vista.

—¿Qué?

—¿Qué te preocupa, querido?

Estuve a punto de contárselo todo. Mi amor por Rose y mi miedo a perderla. Pero lo que hice fue negar con la cabeza.

—Pues la verdad es que parece que hay algo que te preocupa mucho —insistió.

—No. Es solo la guerra y…

Fanny suspiró.

—Claro, la guerra. ¿Y el colegio? Es tu último año, ¿verdad?

—Sí.

—Cuando acabe la guerra deberías seguir estudiando. Hasta podrías ir a la universidad, creo yo. Eres un chico inteligente.

Me encogí de hombros.

—Henry, tienes que llegar lejos, y puedes hacerlo —insistió convencida.

—Mmm…

—¿Dónde te ves en el futuro?

—Quiero ser jardinero en Blake Hall.

—Eso es muy respetable, pero podrías tener tu propio jardín, ¿sabes? Por supuesto, no como el de Blake Hall, pero sí algo que puedas decir que es tuyo.

—Quiero seguir aquí —afirmé.

La mujer sonrió.

—Rose te gusta, mucho, ¿verdad?

—Sí —contesté sin pensarlo siquiera.

—No se quedará aquí para siempre, ¿sabes? Algún día se casará.

—No —repliqué—. No quiere casarse. Nunca.

—¡Mi querido niño!

Se me hizo un nudo en la garganta y tragué saliva.

—Ya no sois unos críos ninguno de los dos —dijo ella.

—Lo sé.

—Y por eso debes tener mucho cuidado a partir de ahora. —Clavó los ojos en mí—. Yo apenas sé nada de nada, no soy más que una cocinera, pero Rose y tú… no tenéis ningún futuro juntos.

—Yo voy a labrar uno, para ambos. Un futuro para los dos. Para Rose y para mí —exploté.

—¡Oh, Henry, Henry querido! Siempre puedes soñar, pero… Mira, voy a dibujar un futuro para ti que sí que sería posible: vas a la universidad y te haces abogado. Un día conoces a una buena chica. Os casáis y tenéis hijos. Tenéis una casa pequeña y preciosa, con jardín, por supuesto. Y de vez en cuando vienes a visitar a la vieja Fanny a Blake Hall y le enseñas fotos de tu maravillosa vida.

Miré la patata que tenía en a mano.

—Odio las patatas.

—Acabas de decir una tontería.

No respondí.

Si no existieran las patatas, tampoco existirían los patatales. Si los patatales no existieran, todavía tendríamos una cancha de tenis. Rose



y yo jugaríamos en ella cada día. Y tendríamos un futuro juntos.



4

Un baile silencioso

RECOGIMOS LA PRIMERA cosecha ese otoño. El señor Blake no cabía en sí de puro orgullo. Se presentó en Blake Hall una delegación del Ministerio de Agricultura, además de dos periodistas y un fotógrafo. Los reporteros querían una foto de grupo para su artículo en el periódico. Nos reunimos para posar, con Rose y sus padres en el centro. El fotógrafo situó a todos los demás —jardineros, recolectores y caballeros del Ministerio— alrededor de la familia. Yo me senté en el suelo con las piernas cruzadas y una cesta de patatas al lado.

La señora Blake posó con gesto ausente, pálida y demacrada. Por el contrario, su marido parecía resplandecer desde dentro, todo él, con una sonrisa radiante.

Una vez que el fotógrafo quedó satisfecho con el resultado, el grupo se dispersó. La familia se encaminó a la casa flanqueando a los periodistas y oficiales ministeriales. El resto regresó a la actividad en los campos de labor. Todos menos yo. Me quedé un rato de pie y después cargué con la cesta y me acerqué a la casa. Entré por la puerta de aprovisionamiento y me dirigí a la cocina, en la que trajinaban Kitty e Iris, las dos pinches. Coloqué la cesta sobre la gran mesa.

—Patatas —anuncié—. ¿Dónde está Fanny?

—Se ha echado un rato. Le duelen las piernas —me informó Kitty.

Su ausencia me venía bien, ya que no pretendía salir de la casa por la puerta de servicio; desde nuestra última conversación, la cocinera no me quitaba ojo.

—Espero que se le pase pronto —dije—. Las patatas están recién recogidas.

Salí corriendo hacia la escalera trasera. La habitación fantasma estaba vacía. Dejé la puerta abierta. Oía voces procedentes del salón

de estar. Intenté identificar la de Rose, pero o bien no decía nada, o bien no estaba allí.

Me senté en la cama, a la espera de que apareciera. Pero no apareció. Al cabo de un buen rato avancé de puntillas por el pasillo hacia su habitación. Entré sin llamar. Estaba echada sobre la cama con un resplandeciente vestido color lila y la raqueta de tenis en la mano. Se asombró de verme, tanto que dejó caer la raqueta.

—Henry, ¿qué estás haciendo aquí? —preguntó alarmada.

—Quería verte y...

—¿No tendrías que estar ayudando con la cosecha?

Me encogí de hombros.

—Y tú... ¿qué estás haciendo?

—Nada. En realidad no estoy haciendo nada.

—¿Vas a salir esta noche? —pregunté.

—¿Salir? ¿Adónde? —preguntó riendo.

—No sé... Como te has puesto ese vestido, pensé que...

—No me lo había probado siquiera. Tal como están las cosas...

—Cuando la guerra termine... —empecé.

—Ya no me servirá —me interrumpió.

—Es muy bonito. Estás preciosa.

Sonrió y se levantó.

—Vamos, baila conmigo.

—No sé bailar.

—Tampoco sabías jugar al tenis, ni montar a caballo. Yo te enseñaré. —Me agarró la mano derecha y la puso sobre su cadera, y colocó su izquierda sobre mi hombro—. Ahora toma mi mano derecha con tu izquierda. Dos pasos adelante, uno atrás.

—¿No hace falta música? —pregunté.

—Te la tendrás que imaginar —Empezó a contar despacio—. Uno, dos y tres. Y uno, y dos, y tres. Gira. Uno, dos... Mueve los pies hacia atrás. Ahora hacia delante.

Seguí sus instrucciones lo mejor que pude.

—Respira, Henry. No estés tan tenso.

—Es fácil decirlo.

—Sí, es fácil decirlo porque es fácil hacerlo. Uno, dos y tres. Respira. Respira.

—¡Estoy respirando! —protesté.

Se estaba divirtiendo. Se me pasó el enfado de inmediato y tuve que sonreír también.

—Uno, dos y tres —murmuró.

Pronto dejó de contar. Bailamos en silencio por la habitación. De repente, se detuvo.

—Soy una mala persona por pensar en fiestas y bailes mientras mis hermanos luchan contra los alemanes y no paran de caer bombas

sobre Inglaterra.

—Tú no eres mala persona, Rose —dije sin dudarlo.

—Si fuera hombre, iría a la guerra, a luchar... para que todo volviera a la normalidad.

—Tendrías que tener dieciocho años. Cuando yo los cumpla, iré.

—Para cuando cumplas dieciocho, seguramente la guerra habrá terminado. No creo que vaya a durar muchos años más.

—En 1943.

—En 1943 —repitió ella, y empezó a contar otra vez—. Uno, dos y tres. Vamos, Henry, relaja las caderas. Como en el tenis.



5

Lo que nos pertenece a todos

EL ONCE de diciembre Alemania e Italia declararon la guerra a los Estados Unidos de América. Ya no estábamos solos en la lucha contra Hitler.

—Esto es el principio del fin —suspiró Dale.

Ya había oído muchas veces esas palabras, pero esta vez sí que llevaban consigo una promesa: era el principio del fin de la guerra.

Un día estaba ayudando a mi padre a recoger tomates en uno de los invernaderos. Trabajábamos en un cómodo silencio hasta que él lo rompió de repente con una pregunta.

—¿Dónde pasas el tiempo?

—¿Qué quieres decir?

—A veces desapareces toda la tarde.

—Pues... Es que no puedo estar quieto en casa. Me voy fuera, por ahí. Ayudo donde me necesitan, me quedo en la casa, o en la cocina con Fanny.

—No —dijo mi padre de forma tajante.

No lo miré. Decidí que la enredadera de la planta era mucho más interesante.

—Henry.

—¿Qué?

—Te he hecho una pregunta.

—¿Cuál?

—¿Dónde pasas el tiempo?

—Ya te lo he dicho.

—Has mentido.

Me quedé callado. ¿Qué podía decir? «En la habitación fantasma, con Rose. Y si no está en la cama junto a mí, la espero hasta que

llegue».

Entonces oí lo que tenía que decir.

—Creo... no, en realidad sé, que ella y tú estáis juntos.

Una oleada de calor me atravesó el cuerpo de la cabeza a los pies. Me ruboricé hasta el cuello.

—¿A quién te refieres cuando dices «ella»? —pregunté con toda la inocencia que fui capaz de fingir.

—A Rose Blake.

Quise negarlo, pero me quedé sin habla.

—Sabes que Rose y tú... no tenéis futuro juntos.

Eso también lo había oído antes.

—Has estado hablando con Fanny, ¿verdad?

—¿Con Fanny? No. ¿Por qué lo dices? —Parecía sorprendido de verdad.

—Solo preguntaba.

Mi padre dejó a un lado el cubo y me puso la mano sobre el hombro.

—Henry, estoy hablando muy en serio.

—Rose y yo somos amigos, eso es todo.

—Ya no sois niños —dijo suspirando.

—¡Ya lo sé, ya lo sé, ya lo sé! —repetí más alto de lo que me habría gustado.

Mi padre hizo una mueca.

—¡Así que Fanny y tú habéis estado cotilleando! —gruñí.

—No he hablado con nadie sobre esto, Henry. Estoy preocupado.

—No tienes por qué estarlo. Al menos por lo que a mí se refiere.

Sonrió.

—Un día, cuando... cuando tengas hijos, lo entenderás.

La aparición del señor Rogers en el invernadero me alivió, pues puso fin a la conversación.

—Hola, John; hola, Henry —nos saludó con un gesto de la mano, que le temblaba bastante—. Son preciosos. —Agarró un tomate rojo y muy carnoso.

—¿Me puedo marchar? —Señalé las ocho cestas de tomates que habíamos llenado.

—¿Adónde vas? —quiso saber mi padre.

—A ver a Fanny. Tengo hambre.

—¿No puedes esperar a la cena?

—¡Vamos, John! Si el muchacho tiene hambre, déjalo que coma —razonó el señor Rogers.

—Muy bien... —dijo mi padre con voz queda, y asintió.

Salí casi de estampida del invernadero. Soplaba un viento helado. Corrí hacia la casa y entré directamente en la cocina. Había tres

calderos al fuego.

—Hola, Henry —me saludó la cocinera sonriendo—. Sopa de pollo. Ideal para un día tan malo como este. ¿Qué tal estás?

—¿Le has dicho algo a mi padre? —pregunté sin saludar antes.

—¿Qué quieres decir, mi niño?

—¿Le has dicho algo acerca de Rose y de mí? ¿Sobre nosotros? ¿Sobre eso de que ya no somos unos niños?

Fanny rio.

—No creo que tenga que decirle a tu padre algo que él ya sabe de sobra.

—Quiero decir, ¿le has...?

—¿Está preocupado?

Asentí.

—Y dice las mismas cosas que tú.

—¡Vamos, Henry...! Tiene ojos para ver...

Me senté en una banqueta y escondí la cabeza entre las manos.

—¿Qué voy a hacer? —pregunté de forma retórica.

—Nada, Henry, no tienes que hacer nada. La guerra terminará pronto gracias a que los estadounidenses se han unido a nosotros. No es que tenga muy buena opinión de ellos, lo confieso, pero la verdad es que hay muchos. ¿Te puedes imaginar la cantidad de soldados que debe de tener un país tan enorme? Después, cuando todo esto pase, ya veremos qué es de nosotros. Todo irá mejor, te lo prometo. Todo será más fácil. Y las cosas se pondrán en su sitio por sí mismas.

—¿Qué o quién las pondrá en su sitio?

—El futuro. Lo que nos pertenece a todos.

En ese momento mi padre apareció en la cocina con una de las cestas de tomates.

—Aquí tienes —dijo sonriendo tímidamente.

—Lo que te pedí.

—Eso es. —Colocó la cesta en la encimera y se volvió hacia Fanny —. Tomates recién recogidos. No pueden estar más frescos.

—Tienes un don para las plantas, te lo digo de verdad, John.



6

El segundo cigarrillo

LA GUERRA TAMPOCO terminó en 1942. La Real Fuerza Aérea montó una base no lejos de Blake Hall, donde se acuartelaron los escuadrones de bombarderos estadounidenses para lanzar sus ataques a territorio alemán. La hacienda la abastecía con verduras, huevos y carne de cerdo y de pollo.

El señor Blake facilitó también el acceso a la casa a los oficiales. Perdimos la habitación fantasma. Rose y yo ya no teníamos ningún sitio en el que escondernos.

Su padre por fin se sentía parte esencial del esfuerzo bélico. Nunca lo había visto tan feliz.

Rose se encogió de hombros.

—Por fin hay algo de movimiento por aquí —dijo—. Desde que se fueron Liam y Cooper y dejamos de recibir visitas, las cosas han estado demasiado tranquilas y aburridas.

—¿Y qué pasa con nosotros? —pregunté—. Quiero decir, ¿adónde iremos para estar juntos?

—Ya encontraremos algún sitio.

A veces nos encontrábamos en una antigua caseta para guardar herramientas. Era oscura, estaba sucia y había poco espacio. En verano el calor en su interior era casi insoportable.

Había veces que pasábamos horas allí, pero había ocasiones en las que Rose estaba deseando marcharse enseguida.

—¿No puedes quedarte un poco más?

Una vez que decidía irse, no había modo de convencerla de lo contrario, por mucho que se lo rogara.

Después de que los oficiales estadounidenses se trasladaran a Blake Hall, entró a trabajar una nueva ayudante de cocina y Dale también

tuvo ayuda.

—La verdad es que estos oficiales son muy amables —reconoció Fanny.

Las ayudantes soltaron sus clásicas risitas nerviosas.

—¿De qué os reís, niñas estúpidas?

—Son amables... y guapos —dijo Kitty.

—Yo me alegraré mucho cuando se vayan —dije.

—¿Es que te han hecho algo? —preguntó la cocinera.

—No me han hecho nada. Lo que pasa es que, si se van, eso significará que la guerra ha terminado.

Fanny asintió.

—¡Cuánta razón tienes, mi niño!

—Puede que se queden de todas formas —sugirió Kitty, y todas las chicas rompieron a reír de nuevo.

—Vaya panda de gallinas tontas —suspiró la cocinera.

Todo el mundo parecía contento con la presencia de los oficiales estadounidenses.

Mi padre, porque ahora sabía dónde estaba yo en todo momento.

El resto del servicio, porque eran amables y educados.

Hasta la señora Blake parecía menos pálida y frágil que en los años anteriores.

El señor Ward, el mayordomo, y yo éramos los únicos que no soportábamos a los nuevos ocupantes, aunque por razones distintas.

—Gente sin civilizar —decía él.

Yo no podía soportarlos porque me habían arrebatado el único refugio que tenía con Rose.

Durante ese tiempo aprendí muchas cosas sobre mí mismo. Por encima de todo, que en realidad la profesión de mi padre a mí me dejaba frío. Cuando terminara la guerra, los pastos y los campos de cultivo se convertirían de nuevo en prados y jardines ornamentales, es decir, lo que eran antes, pero las plantas, fueran rábanos o rosas, no me importaban lo más mínimo.

El único aspecto de la jardinería que despertaba mi interés era la cancha de tenis que iba a construir para Rose. Planté mentalmente la hierba miles de veces.

También supe que tenía un talento natural para tocar la armónica.

Y llegué a la conclusión de que jamás sería capaz de concentrarme del todo en algo: una parte de mí siempre estaba con Rose.

En la esquina de la entrada de mercancías había un banco en el que el servicio solía juntarse para fumar. Desde allí podía oírla tocar el piano. De forma débil por la distancia.

—¿Qué haces aquí, Henry? —me preguntó Dale un día al verme allí sentado.

—Pues... fumar —contesté improvisando—. Lo que pasa es que se

me han olvidado los cigarrillos.

Me ofreció la cajetilla y tomé uno.

—También se me han olvidado las cerillas.

Me ofreció el encendedor.

Mi primer cigarrillo me supo fatal.

—¿Qué tal? —preguntó mientras se sentaba a mi lado.

Me encogí de hombros.

—No sabes qué hacer con tu vida, ¿es eso?

—Sí —contesté sorprendido. El problema era exactamente ese: no sabía qué hacer conmigo mismo y con mi vida.

—Son tiempos difíciles. Para todos. ¿En qué quieres convertirte? ¿Tienes alguna idea?

—En jardinero de Blake Hall —contesté.

—¿Cómo tu padre?

Asentí.

—¿Por qué?

—¿Por qué... qué?

—¿Por qué quieres ser jardinero? ¿Porque tu padre lo es o porque de verdad lo quieres?

—Quiero permanecer en Blake Hall. Esa es la razón —contesté con toda sinceridad.

—Claro. Aquí se está muy bien y esto es muy bonito —admitió él—. En algún momento Liam será el señor de la casa y creará su propia familia. Rose se casará y se marchará. Por lo que se refiere a Cooper, es difícil saberlo, pero no creo que se quede aquí.

—¿Por qué?

—Porque Cooper...

—No —le interrumpí—. Quiero decir que por qué estás tan seguro de que Rose se casará y se irá de aquí.

Me miró fijamente.

—Porque es lo que pasa siempre, Henry. Las hijas se casan y se mudan a vivir a casa del marido.

—¿Tienes otro cigarrillo?

El segundo ya me supo mejor que el primero.



7

Podrás ser lo que quieras ser

FUE EL DÍA después de Año Nuevo. Algunos nos habíamos reunido en el comedor del servicio.

—¿Qué dices, Henry? ¿Lo harás? —preguntó Dale.

—Pues no lo sé, la verdad. ¿Y si se me cae algo al suelo o hago alguna tontería?

El criado rio.

—No pasará nada, muchacho, y aunque pasara, da lo mismo. Por favor, Henry, te voy a necesitar.

—De acuerdo. Cuenta conmigo.

—¡Gracias! Muchas gracias —dijo. Después se dirigió al señor Ward, que estaba sentado en el otro extremo de la mesa—. Henry nos va a ayudar mañana por la noche.

—¿Henry? —El mayordomo no parecía tan contento—. Pero si ya tenemos al chico de Smith.

—Habrá más de cincuenta personas. Voy a necesitar mucha ayuda.

—Muy bien, de acuerdo —aceptó Ward—Vamos a tener que buscar un uniforme para ti, Henry. Ven conmigo.

Lo seguí hasta su despacho, una oscura habitación con tres grandes armarios, un escritorio y una lámpara. El escritorio estaba atestado de papeles y libros de contabilidad.

Abrió uno de los armarios y sacó un frac negro, unos pantalones del mismo color, una camisa blanca y un par guantes también blancos.

—Pruébatelo. —Me pasó la ropa y se dio la vuelta.

Las prendas olían a lavanda.

Me cambié deprisa.

—Me queda bien —comenté.

El señor Ward me escudriñó de los pies a la cabeza y aprobó

asintiendo.

—Ordenaré que lo planchen. Mañana puedes venir aquí a vestirte. Péinate muy bien. Y límpiate las uñas. —Las miró con una mueca.

—Pero si voy a llevar guantes...

—Las uñas limpias, Henry —repitió secamente.

—De acuerdo.

Dale y yo salimos fuera a fumar.

—Todo irá bien. ¡Felicidades, compañero! —dijo, dándome una palmadita en la espalda.

—¿Verdad que es raro, que, así de repente, el señor Blake permita celebraciones? —pregunté—. ¡Y un baile, nada menos!

—Bueno, es en honor de los oficiales, claro —matizó Dale—. Puede que una noche de diversión nos ayude a ganar la guerra.

—¿Quién va a venir?

—Un montón de estadounidenses y algunas amigas de Rose.

—Rose no tiene amigas —repliqué.

El criado me miró divertido.

—Otras hijas de buena familia. De conocidos de los Blake. Después de todo, es un baile. ¿Con quién van a bailar si no los oficiales?

—¿Van a venir Cooper y Liam?

—He oído que esperan a Liam. Pero no a Cooper.

—Me gusta Cooper. Lo echo de menos.

—Es un muchacho raro, pero buena gente —admitió Dale.

Encendí otro cigarrillo.

—Entonces, ¿qué es lo que tengo que hacer mañana exactamente?

—No es una cena formal, sino un bufé. Sobre todo tendrás que servir bebidas.

—¿Vasos sobre una bandeja?

—Exacto.

—Nunca he llevado nada en una bandeja.

—Es fácil —aseguró.

—¿No crees que debería practicar un poco?

Rio entre dientes.

—Si insistes... Ven conmigo.

Volvimos a la cocina. Llenó diez vasos de agua y los colocó sobre una bandeja. Fanny y las ayudantes de cocina nos observaban.

—Vamos al pasillo —propuso él, levantando la bandeja y tendiéndomela.

Cuando intenté transportar la bandeja con una sola mano, los vasos temblaron peligrosamente.

—¿Puedo llevarla con las dos manos?

Asintió.

—Pero procura que no te vea el señor Ward.

Caminé por el pasillo sujetando la bandeja con ambas manos. Di

varios paseos.

—Suficiente —sentenció—. ¿Qué te parece si nos fumamos el último?

Fuera lloviznaba.

—¿Siempre quisiste ser criado? —pregunté.

Lo pensó durante unos instantes.

—Mi padre era criado y mi tío también. Así que nunca me planteé otra cosa. Falta de imaginación, supongo. —Rio—. Si pudiera dar marcha atrás en el tiempo, seguro que haría algo diferente.

—¿Cómo qué?

Se encogió de hombros.

—Navegar. Hacerme marinero. Vivir aventuras. Buscar fortuna en la India. —Volvió a reírse—. ¿Te lo puedes imaginar? ¿Dale, el aventurero?

Cerré los ojos.

—Sí —dije—. Lo estoy viendo.

—¿De verdad?

Abrí los ojos y asentí.

—¿Se me ve… feliz? —preguntó.

—Sí.

—¿Con barba?

—No, pero sí con un parche en un ojo.

Sofocó la risa.

—¿Qué soy, marinero o pirata?

—Un poco de cada.

Dale me puso ambas manos en los hombros.

—Tienes mucha imaginación. Podrás ser lo que quieras ser, Henry, te lo aseguro. Cualquier cosa que puedas imaginar se hará realidad.



8

El baile de oficiales de Año Nuevo

SE HABÍAN abierto las puertas de doble hoja para conectar los dos grandes salones y recolocado los muebles. El salón se convertiría en pista de baile, mientras que el comedor principal serviría de bufé y de zona para conversar. La mesa ya estaba preparada con muchos asientos alrededor.

Acudieron más de cincuenta invitados.

Rose estaba de pie, con un vestido color lila. Alrededor de ella se arracimaban un montón de hombres de uniforme y algunas mujeres jóvenes que no resistían la más mínima comparación con ella

Yo permanecía de pie en un rincón del salón, con la bandeja sujeta con ambas manos, por supuesto enguantadas. Me había limpiado meticulosamente las uñas e iba muy repeinado con pomada capilar.

Intenté adivinar qué oficial le gustaba más a Rose, pero flirteaba y reía con todos.

Liam había acudido. Me saludó con cordialidad, aunque de forma rápida y distante.

—Henry, tienes la bandeja vacía —dijo Dale, que se había acercado.

—¡Ah, no me había dado cuenta! —respondí sin apartar los ojos de Rose.

—Ve a llenarla.

Me apresuré hacia la biblioteca, en la que se había colocado una gran mesa llena de vasos, botellas de vino y de champán.

Llené la bandeja y volví andando despacio por el pasillo. Recorrí con la vista el salón, pero el vestido de color lila había desaparecido. Me trasladé a la otra habitación lo más deprisa que pude. Los vasos se tambalearon. Me detuve.

«¡No caigáis!», dije para mí. El cristal obedeció. Varios

estadounidenses sonrientes buscaban ya las copas con avidez.

—¿Cómo te llamas, chico? —preguntó uno de ellos.

Gente sin civilizar. A los criados nunca se les pregunta su nombre.

—Henry —contesté secamente. Mi tono me recordó al del señor Ward.

—Yo soy Jim —correspondió amablemente el estadounidense.

Asentí y me marché enseguida, dejándolo allí de pie.

Y, por fin, encontré a mi Rose, sentada como una reina en un sillón, con un oficial a su derecha, otro a su izquierda y otro acuclillado ante ella. Estaba radiante, desprendía luz, reía, se echaba el pelo hacia atrás muy sonriente.

Cinco pasos.

—¿Champán, vino? —ofrecí al grupo. Miré a Rose. La miré fijamente a los ojos.

—Gracias, Henry —dijo ella. Los cuatro agarraron su copa.

—De nada, Rose —espeté.

Ella sonrió de forma forzada.

—¿Te puedo ayudar en algo? —me preguntó.

—No —contesté, pero me quedé allí clavado, sin moverme nada.

—Seguro que por ahí encuentras gente sedienta, amigo —sugirió uno de los oficiales.

Asentí, pero no me moví ni un milímetro.

—¿Sé puede saber qué mosca te ha picado? —preguntó otro.

No respondí.

—¿Qué le pasa? —preguntó el tercero dirigiéndose a Rose.

—Henry —dijo ella en voz baja y dulce. Con la mirada me ordenó que me marchara.

Giré sobre sobre los talones y pasé al salón. Regresé a mi rincón junto a la pared. Antes de que empezara el baile, el señor Blake pronunció un pequeño discurso al que apenas presté atención. Solo retuve algunas ideas: victoria inminente..., victoria segura..., victoria..., victoria. Después citó a Churchill: «Armaos, sed hombres de valor, y estad preparados para el conflicto...». Todos los asistentes jalearon sus palabras, asintiendo y sonriendo, porque, a decir verdad, casi todos los asistentes eran «hombres de valor». El señor Blake los aplaudió.

¿Y yo? Yo era el hijo del jardinero. Ese día, camarero. El año anterior, mozo de cuadra. Solo una vez en mi vida, en un sitio, había sido Henry, solo Henry y de verdad Henry. En Wimbledon.

Uno de los estadounidenses manejó el gramófono. Se formaron las parejas. Rose concedió el primer baile a un piloto estadounidense de ojos muy azules. Liam condujo a su madre a la pista. La señora Blake sonrió. Todo el mundo estaba contento. Sin embargo, en mi corazón solo sentía amargura.

Rose bailó con su segunda pareja. Y enseguida con la tercera. Ninguno bailó más de una vez con ella.

Cuando faltaba un cuarto de hora para media noche, Dale me pasó dos botellas de champán.

—Llena los vasos —me instó.

El señor Blake le indicó al mayordomo que invitara al resto del servicio a subir desde el sótano.

Nos reunimos en la entrada a las doce menos cinco.

El señor Blake puso la radio.

Media noche. Cantamos *Auld Lang Syne* y brindamos por el final de la guerra.

El baile y la fiesta continuaron hasta las dos de la madrugada y después todo terminó. Los oficiales que no residían en Blake Hall fueron trasladados a la base en dos autobuses. Las damas jóvenes, supuestamente amigas de Rose, se quedaron en la casa. Nosotros, los burros de carga, empezamos a limpiar. Todo el mundo ayudó, mi padre, el señor Rogers y los mozos de cuadra incluidos. Las pinches de cocina no paraban de reír como gallinas, completamente fuera de sí. «¡Qué guapas las damas, con sus preciosísimos vestidos!», exclamaban. «Y los estadounidenses. ¡Oh, los estadounidenses!», suspiraban embelesadas.

Dos horas después el señor Ward indicó que podíamos retirarnos a descansar unas horas y que continuaríamos día siguiente.

—¿Vienes, Henry? —me preguntó mi padre.

—Todavía tengo que ir a cambiarme abajo. Además, no estoy cansado. Ve tú, ya iré más tarde.

—Feliz año nuevo, hijo. —Me dio un abrazo.

El mayordomo estaba cerca.

—Señor Ward, voy a seguir un poco más. La verdad es que no podría dormir ahora.

Una vez solo en el salón, recogí unos cuantos vasos. Después me senté en el suelo y encendí un cigarrillo. La casa estaba en un silencio absoluto. Posé los ojos en una botella de champán que estaba casi llena. Di un trago a morro, luego otro, y después otro más. Me sentía ligero y valiente, y seguí bebiendo y bebiendo hasta que la botella estuvo vacía y yo borracho.



9

¿Quién puede cambiar las reglas?

ABRÍ LA PUERTA con mucho cuidado. Estaba oscuro. Podía oír su respiración.

—Rose —susurré—. Rose.

—¿Qué? ¿Quién es?

—Soy yo —dije. Cerré la puerta sin hacer ruido.

—Henry, ¿qué estás haciendo aquí?

Di tres pasos rápidos y me senté en el borde de su cama.

—¿Estás loco? ¿Y si te ve alguien?

—Todo el mundo duerme. —Busqué su mano—. Rose, yo...

Quería decir: «Te amo, Rose». Hubiera sido el momento adecuado. Pero no terminaron de salirme las palabras. En lugar de eso, le reproché que hubiera bailado esa noche con todo el mundo menos conmigo. La acusé de reírse demasiado moviendo la cabeza hacia atrás y aireando el pelo de un lado a otro. Y lo hice pese a que sabía que resultaba ridículo. Estúpido. Eran celos.

—Henry, ¿qué demonios quieres de mí? ¿Qué crees que hubiera dicho mi padre? Tú... esta noche eras uno de los camareros. ¿Es que no te das cuenta?

—De acuerdo, por supuesto, sí... ¿Cómo va a bailar con un criado la eminente y venerada Rose Blake?

—Eso no es justo.

—¿Qué es lo que no es justo? ¿Yo?

—Sí. Yo no puedo cambiar las reglas. ¿Qué habrías querido que hiciera? Dímelo.

—Una persona puede cambiar cualquier cosa... siempre que quiera hacerlo, claro —dije con frialdad.

—Henry, estás bebido.

—Así que ahora, además de injusto, soy un borracho, ¿verdad?

—Exactamente —admitió—. Y si sigues así, te puedes ir.

Pero no me fui. La atraje hacia mí.

—Lo siento. Lo siento mucho. No quería ser cruel. Yo... Nosotros tenemos que cambiar las reglas, porque si no, no habrá futuro para nosotros.

—Henry, ¿qué es lo que estás pensando? ¿Qué quieres?

—Quiero que estemos juntos. Juntos de verdad. ¿Tú quieres eso también?

—Por supuesto, pero... —Se fue apagando.

—¿Pero qué? ¿Pero qué, Rose?

—¡Oh, Henry! —exclamó en voz baja.

Me eché a su lado. Rose me acarició el pelo y pronunció mi nombre una y otra vez.

—¿Quién puede cambiar las reglas? —pregunté—. ¿Quién?

—Solo el tiempo —dijo—. Debemos tener paciencia.

—Y hasta entonces, ¿tengo que ver cómo bailas y te ríes con otros?

—Tú también puedes bailar y reírte —dijo—. No conmigo..., o sí, pero cuando estemos solos.

Cerré los ojos y me quedé dormido. No sé si habían pasado minutos u horas cuando Rose me despertó a empellones.

—¡Henry, tienes que irte! —urgió.

Tenía la boca seca y me latían las sienes.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—Casi las ocho —respondió.

Me levanté.

—Ten cuidado. ¡Que no te vea nadie!

Asentí. Al llegar a la puerta, me volví por última vez.

—Feliz año nuevo, Rose.

Escuché voces en el vestíbulo de entrada. Dale, el señor Ward y los mozos de cuadra. Apoyé la espalda en la pared.

—El sofá —dijo el señor Ward. Pasos. Se dirigían a la sala de estar.

Bajé las escaleras en silencio, crucé el vestíbulo y entré en la estancia.

—Henry... —dijo el señor Ward mirándome de hito en hito.

—Buenos días —dije—. Pensé que debía venir a echar una mano.

—¿Dónde has...? Todavía llevas el uniforme —dijo el mayordomo con tono de sospecha.

—Mis cosas están en su oficina, señor Ward. Y yo he estado...

—Agarra un extremo —me interrumpió Dale para que no siguiera metiendo la pata. Los dos mozos y él trasladaban el sofá. Me acerqué a toda prisa para librarme del interrogatorio del mayordomo.

Mientras volvíamos a poner los muebles en su sitio habitual, las

chicas de la cocina prepararon un desayuno tipo bufé. Me rugían las tripas. La habitación volvía a ser la misma tras el baile. La casa recobraba la vida. En los pisos de arriba, las puertas se abrían y se cerraban.

555

Cuando apareció el señor Blake, acompañado por dos oficiales, seguí a los mozos de cuadra al sótano. Mi padre estaba en el comedor del servicio.

—Henry —dijo— ¿Dónde...?

Negué con la cabeza sutilmente. Lo entendió y no terminó la pregunta.

Me serví una ración de gachas y me senté a su lado.

—¿Dónde has dormido? —me susurró al oído.

—No he dormido —dije.

—¿Has...? —No terminó la frase.

Fijé la vista en el cuenco.

—Vamos a hacer como si no hubiera pasado nada —dijo.

—Es que no ha pasado nada.

—No soy tonto, Henry. Sé dónde has pasado la noche.

—¿Qué estáis conspirando vosotros dos? —preguntó Fanny riendo.

—Nada —repuso mi padre—. Hacemos planes para el año nuevo.

—¿Y cuáles son esos planes?

—Yo voy a cambiar las reglas —dije.

—¿Qué reglas? —preguntó la cocinera.

—Todas.

Mi padre bajó la cabeza. Las pinches de cocina cloquearon.



10

Noticias de Cooper

LA LLUVIA tamborileaba con fuerza sobre el techo de la cabaña. El agua se filtraba entre las grietas y el viento ululaba. Llevaba más de una hora esperando a Rose. No concebía que me fuera a dejar plantado una vez más. Habíamos acordado encontrarnos allí todos los días antes de la cena. Pero el día antes no se había presentado, ni tampoco el anterior.

Estaba sentado sobre un barreño de metal puesto del revés. Lo único que me apetecía era gritar o romper algo. Aplacar el torbellino interior que me asolaba. Pero la cabaña era nuestro último escondite; si alguien pasaba cerca y me oía, por muy improbable que fuera en un día de tan mal tiempo como ese, también habríamos perdido ese refugio.

Juraba entre dientes y maldecía a Rose.

Y entonces, la puerta se abrió. Llevaba una capa impermeable de cuerpo entero. El enfado se me pasó inmediatamente. Me puse de pie de un salto y la abracé.

—Espera —pidió ella—. Deja que me quite esta cosa, ¡está empapada!

Se quitó la capa. La atraje hacia mí inmediatamente y la besé con un ardor que bordeaba la desesperación.

No era capaz de soltarla. La apretaba cada vez más fuerte. Ella procuraba librarse de mi abrazo. Por fin me colocó una mano firme sobre el pecho.

—Henry, para. Me haces daño.

La solté al instante.

—Perdona. Lo siento mucho...

—¿Qué te pasa, qué tienes?

—¿Dónde estuviste ayer? —pregunté—. ¿Y el día anterior?

Se sentó en el barreño.

—No pude escaparme. Tuve que tocar el piano para unos cuantos oficiales, y cuando terminé pidieron bises. Papá estaba allí. ¿Qué iba a hacer? Y al día siguiente volvieron. No pude escaparme, Henry. Para ti resulta más fácil.

Me senté sobre el frío suelo.

—No es así del todo… —repliqué—. Puede que lo que pase sea que… es más importante para mí que para ti.

Quería que lo negara, que me asegurara que nuestros encuentros eran tan importantes para ella como lo eran para mí. Pero se limitó a decir:

—¡Oh, Henry!

—¿«Oh, Henry»… qué?

—¿De verdad quieres que nos peleemos durante el poco tiempo que pasamos juntos?

Negué con la cabeza. Me puso las manos sobre los hombros.

—De acuerdo entonces —dijo, y me besó.

Al día siguiente brillaba el sol, y cuando llegué a la cabaña ya me estaba esperando.

—Llegas cuatro minutos tarde —dijo riendo.

Me contó que Cooper había escrito. Una carta a sus padres y otra a ella.

—Está en Grecia. Parece que disfruta de verdad siendo militar. Ha recibido un ascenso detrás de otro y toda clase de medallas. Jamás hubiera creído que algo así fuera posible. Va a hacer sudar a Liam si quiere mantener el puesto de hijo favorito. Tenías que escuchar a papá decir que…

—Lo echo de menos —interrumpí.

—¡Ah, por cierto! Te manda un saludo. Espera… —Sacó la carta del bolsillo del vestido y leyó—. «Dile a Henry que le deseo lo mejor. Y dile también que Ally se casa con otro. Y que existió de verdad». —Me miró con cara de extrañeza—. ¿Quién es Ally?

—Nadie. Es una canción que cantaba mi madre. Y… yo no podía recordar cómo terminaba la historia.

Intenté no mostrar hasta qué punto me había afectado lo que Cooper me decía. Lo consideré un mal augurio.

—Cántamela —pidió ella.

—Ya te he dicho que no me sé la letra. Solo recuerdo una estrofa.

—¿Podrías cantármela?

—Además no sé cantar.

—Vamos, Henry, por favor…

Así que empecé.

—«¿Te vas a casar conmigo, querida Ally, Ally Croaker? ¿Te vas a

casar conmigo, querida Ally, Ally Croaker?»

A Rose le temblaron los labios. Pensé que estaba a punto de llorar, pero después me di cuenta de que intentaba contener la risa. Así que seguí cantando con gesto solemne, hasta que no pude más y estallé en carcajadas.

—Es cierto, no sabes cantar —dijo.



11

El anillo de Rose

ROSE LLEGÓ a la cabaña casi sin resuello, y tarde.

—¡Adivina adónde voy a ir mañana!

—¿Cómo dices? —pregunté.

—¡Adivínalo!

—¿Qué quieres que adivine?

—Déjalo. Además, nunca lo adivinarías. Hay una pista de tenis en la base aérea, y mañana voy a ir. Wayne Simon, uno de los pilotos... juega al tenis, es profesional. Bueno, lo era antes de la guerra. Y voy a ir allí para jugar con él. —Me miró expectante—. ¿Por qué no dices nada?

—¿Qué quieres que diga?

—Deberías alegrarte por mí.

—Me alegro por ti —respondí con frialdad.

Negó con la cabeza.

—Eres tan...

—¿Tan... qué? ¿Qué soy?

—Yo me alegraría por ti —me reprochó con mucha convicción.

—¿Tu padre lo permite? —pregunté.

—Sí. De hecho, va a venir conmigo.

—Entonces, ¿debería alegrarme también por él?

Me rodeó con los brazos.

—No tengas tantos celos. No es propio de ti.

—No tengo celos. Es solo que...

Busqué las palabras adecuadas. Por supuesto que estaba celoso, al menos en parte. Pero, más que eso, me sentía impotente e inútil. Sin ninguna capacidad de respuesta. No tenía una cancha de tenis que ofrecer, ni podía hacer nada para terminar con la guerra. La horrible

cabaña en la que estábamos era lo único que podía ofrecerle a Rose.
—Me alegro mucho por ti —le dije con sinceridad—. Lo que pasa es que te echo de menos.
Rio.
—Estoy aquí.
—Pero mañana...
—Mañana no, pero pasado mañana, y al otro, y todos los días de después, para siempre.
—En ese caso, mañana iré al lago y buscaré tu anillo. Tengo la corazonada de que por fin lo voy a encontrar.
—Henry —dijo—. El anillo... lo encontré.
Me quedé con la boca abierta por el asombro.
—¿En el lago Sludge?
Negó con la cabeza.
—En mi habitación.
—¿Cuándo? —pregunté.
—Pues... hace unos tres años.
—¿Hace tres años? ¿Y por qué no me lo dijiste?
Sonrió.
—Pues porque... me parecía muy dulce el interés que ponías en encontrarlo, lo mucho que lo intentabas. Por favor, no te enfades conmigo.
—No, no me enfado. Aunque me siento muy estúpido.
—¡No, ni mucho menos! Cada vez que te sumergías... me sentía... ¡Lo hacías por mí! Hasta pensé... De verdad pensé en arrojarlo al lago para que pudieras encontrarlo.
—Si hubieras hecho eso me habría sentido aún más estúpido.
—No te lo habría dicho.
—Entonces, ¿por qué me lo estás diciendo ahora?
Se encogió de hombros.
—Lo siento.
—No te preocupes, no pasa nada —aseguré—. Eso sí, mañana gánalos al tenis a todos, ¿de acuerdo? Incluso a ese profesional.
—Sí. Y pasado mañana te contaré todo lo que haya pasado.
—¡Estupendo! Y yo... mañana estaré pensando en ti, estaré contento por ti, porque la guerra acabará algún día. Serás una jugadora de tenis famosa; y yo, el jardinero de Blake Hall. Te veré ganar en Wimbledon. Así será.
—Así será —repitió Rose.
Nos besamos para despedirnos.



12

Adiós a Blake Hall

ERA EL AÑO 1943. Yo tenía dieciocho años. Mi último día en Blake Hall. Esa vez no nos escondimos. Nos encontramos en nuestro árbol.

Apenas quedaba nada del denso bosque que antes rodeaba al fresno. Allí solo, el árbol parecía incluso más grande y magnífico. Rose se apoyaba en el tronco. Llevaba un vestido verde. El pelo le caía sobre los hombros.

Le tomé las manos. Nos miramos en silencio durante unos momentos.

—Volverás, Henry —afirmó. Sonó como una orden.

—Claro que volveré —aseguré.

—¿Cuándo te marchas?

—Dentro de una hora.

Nos besamos una y otra vez. Yo aún no sabía lo que éramos Rose y yo. ¿Una pareja como Dios manda o solo amigos?

La noche anterior le había escrito una carta. La llevaba en el bolsillo, pero aún no estaba seguro de si se la iba a dar o no.

—¿Tienes miedo? —me preguntó.

—¿Miedo de qué?

—De la guerra.

—Un poco. La verdad es que no me imagino cómo será.

—Yo tendría miedo, miedo de... morir

—No voy a morir. —Estaba seguro al cien por cien de que esa guerra no acabaría conmigo.

—Me gusta esa actitud, es la adecuada —dijo—. Ten cuidado. Haz... ¡Oh, Henry, no sé qué consejos darte! ¿Qué quieres que te desee?

—Suerte —dije sin pensarlo—. Deséame buena suerte.

Sonrió y asintió.

—Lo mejor que puedo hacer es desearte buena suerte, sí.
Llegó la hora.
—¿Te acompaño a tu casa? —preguntó Rose.
Negué con la cabeza y señalé la bolsa del equipaje.
—Ya me he despedido. Un autobús me va a recoger en el pueblo.
—Voy contigo.
—No. Yo... Mejor quédate aquí. Me volveré a mirar varias veces. Así lo que recordaré será tu imagen de pie al lado de nuestro árbol. La recordaré hasta que nos volvamos a ver.
Agarré el equipaje.
—Espérame, Rose.
—Te esperaré.
—Y cuando vuelva...
—¿Cuándo vuelvas...?
—Wimbledon —dije.
Rose asintió. Lo había entendido.
—Nos vemos.
—Nos vemos, Henry.
Saqué la carta del bolsillo.
—¿Es para mí? —preguntó.
—Sí. —Le entregué la carta y empezó a abrirla—. Espera. No la leas hasta que me haya ido. Hasta que me haya ido de verdad. Esta noche, ¿de acuerdo?
—De acuerdo.
—¿Me lo prometes? —pregunté.
—Te lo prometo.
Salí andando, pero no paré de volverme hasta fijar en la memoria la imagen de Rose con su vestido verde. Estaba seguro de que ella no iba a cumplir la promesa, sino que abriría la carta en cuanto me perdiera de vista. Empecé a andar deprisa y, al poco, rompí a correr para que no pudiera alcanzarme tras descubrir lo que había escrito.
Ese día quería tener yo la última palabra.
Podía imaginar a Rose sujetando la carta con las dos manos y leyéndola:

Querida Rose:

Nunca te lo he dicho, pero te amo. Cuando regrese, te preguntaré que si quieres estar conmigo. Si quieres que compartamos el futuro. Cásate conmigo, Rose. Lo eres todo para mí.
Si tuviera las vestiduras celestes,
bordadas con luz de oro y plata,
el azul de la vespertina semioscuridad
y las negras prendas de la noche,
blanca o sin luna...
todas esas telas pondría a tus pies.
Pero, como soy pobre, solo poseo mis sueños,
y los he colocado ante ti.
Borda con cuidado,

porque estás bordando con mis sueños.

Tuyo,
Henry

Nunca volví a ver a Rose.



1
El gran incendio

FUERA BRILLABA el sol.

—¿Qué pasó? —pregunté en un susurro acongojado.

Henry se levantó, salió de la habitación y volvió al cabo de un momento llevando una caja de madera entre las manos, un poco más grande que una caja de zapatos. Levantó la tapa y me pasó una vieja y quebradiza hoja de periódico llena de manchas.

El título del artículo era «El gran incendio».

Blake Hall… incendiada… veintinueve muertos.

—¿Murió Rose en el incendio?

—No. Fue la única superviviente de los Blake. Cooper y Liam cayeron en combate, los dos en 1944. El fuego se produjo poco después de que finalizara la guerra. El señor y la señora Blake murieron entre las llamas y mi padre también.

—¿Dónde estabas tú?

—En Francia, en un hospital. Pasé allí casi cuatro meses. Los médicos no pensaban que fuera a salir de aquella. Tenía una herida grave en la cabeza. No me acuerdo de lo que pasó. Pero en julio mi estado mejoró de repente. Tras licenciarme volví a Inglaterra. No sabía nada del fuego. Cuando llegué a Blake Hall… lo que me encontré era irreal. Lo único que quedaba eran los cimientos de las paredes. Todo había desaparecido, todo: las casas del servicio, los establos, nuestro árbol. Todo destruido. En el pueblo pude encontrar a Kitty, la ayudante de cocina. Me lo contó. Después también me mandó fotos. —Señaló la pared que tenía detrás—. Nunca se descubrió el origen del fuego.

—¿Qué fue de Rose? —le pregunté.

—Se casó con un piloto y se marchó a Estados Unidos. Inmediatamente después del incendio.

—¿Intentaste encontrarla?

—No… Siempre… Siempre confié en que regresaría. La esperé. Hasta… Bueno, la verdad es que todavía la espero. Pensaba que algún día me la encontraría en Wimbledon, en la pista o en las gradas. Era el único lugar al que… pensaba que algún día volvería.

—¿Y por eso te convertiste en jardinero de Wimbledon? —pregunté.

Henry asintió.

—Cada mes de junio esperaba su regreso. Durante dos semanas. Los días previos al torneo entraba en una especie de trance. Revivía la época de Blake Hall. En esos momentos me sentía como si despertara de un larguísimo sueño y el pasado también despertara conmigo.

—¿Y Rose nunca volvió?

—No. Vi algunas mujeres que me recordaban a ella, pero nada más.

—¿Por qué no le escribiste nunca?

—¿Y qué podría haberle dicho? Ella sabía muy bien lo que iba a pedirle en cuanto terminara la guerra. Se casó con otro. Lo mismo que Ally Croaker.

—Pero nunca perdiste la esperanza...

Henry sonrió con tristeza y negó de forma pesarosa. En ese momento me pareció un crío pequeño.

—¿Hubo otras mujeres en tu vida?

—Sí, por supuesto. Intenté olvidarla, poner fin al pasado y a mi historia con ella. Pero, cada vez que estaba con otra mujer, solo podía pensar en Rose.

—¿Qué hiciste antes de que entraras a trabajar en Wimbledon?

—Trabajé de mozo de cuadra, de carnicero, de albañil... Después me contrataron como jardinero en una hacienda que no estaba muy lejos de Blake Hall. A una hora en coche, más o menos. Fui por allí varias veces, pero Blake Hall ya no existía, y nunca volvería a existir. El único sitio que me quedaba...

—... era Wimbledon —completé.

Henry asintió.

—El señor Kent, mi patrón por aquel entonces, envió mi candidatura cuando el All England Lawn Tennis and Croquet Club publicó que tenía una vacante. Y así me convertí en el jardinero de Wimbledon.

Pasamos un buen rato en silencio. Seguramente él pensaba en Rose, mientras que yo me preguntaba si encontraría a alguien a quien pudiera esperar durante toda mi vida. Y también si eso era el amor, la clase de amor que hacía que se escribieran canciones y poemas. Un amor que está por encima del tiempo y de las preocupaciones del día a día, un amor que nunca se alcanza del todo.

—Estoy muy cansado —dijo Henry.

—¡Ah, de acuerdo! Entonces me voy.

—¿Cómo vas a ir a casa?

—En tren —contesté.

—¡No, por Dios! Voy a pedir un taxi.

—No, gracias. No... En estos momentos no puedo permitírmelo.

—Yo me encargo.

—No, de ninguna manera...

—Insisto. —Henry sonrió cariñosamente y me apretó la mano.

Durante el camino reviví en la mente la historia de Henry. Podía ver el lago Sludge junto al bosque. A Rose y a Henry en la habitación fantasma. Escuchaba sus voces. Imaginaba el viento en su pelo

mientras recorrían juntos los caminos en la bici. Saqué el cuaderno de notas y escribí a toda prisa para Edgar el retrato en cuatro páginas del jardinero de Wimbledon, sin dejarme ningún detalle acerca de la altura de la hierba ni de los cuidados. Pero sabía que la cosa no podía terminar ahí. De ninguna manera.

Cuando llegué a casa, llamé inmediatamente a Henry Evans. Me imaginaba que él tampoco podría dormir.

—¿Me vas a permitir contar tu historia? —le pregunté.

Rio entre dientes, pero no contestó de entrada.

—La única cosa que sé que hago bien es escribir sobre el amor —le aseguré.

—Si es así… —guardó silencio unos segundos—, estoy deseando leerla.

—Voy a titularla *El jardinero de Wimbledon.*

—Muy bien —dijo.

—Gracias, Henry.

—¿Se puede saber por qué?

—Por contarme tu historia.

—Ha sido un placer, querida. Y quizá… quizá podrías escribir un final feliz para mí.



2

El jardinero de Wimbledon

EL LIBRO se vendió bien. Dejé de estar siempre a dos velas. De hecho, me mudé a un piso nuevo y volví a escribir mi columna. Cuando alguien me preguntaba cómo me ganaba la vida, contestaba que era escritora. Era una respuesta que no requería de más explicaciones.

Henry y yo hablábamos de forma habitual mientras trabajaba en el libro y lo visitaba una vez a la semana. Nos hicimos amigos. Fue el primero en leer el manuscrito una vez terminado a mi gusto.

—¿Tengo tu aprobación? —le pregunté.

—Sí —contestó sin dudar—. La tienes.

555

Estaba sentada en el escritorio, tomando un café y trabajando en mi columna cuando sonó el teléfono.

—Soy Henry. ¿Tienes tiempo hoy? Quiero enseñarte una cosa.

—¡Claro! Encantada.

Nos encontramos en una cafetería. Ya me había sentado a una mesa cuando lo vi entrar. Llevaba una carta en la mano.

—Toma —me dijo.

Abrí el sobre.

Querido Henry:

¿Por dónde empiezo?

Mantuve la promesa y no leí tu carta hasta la noche, cuando ya estaba sola en mi habitación.

Yo también te amaba, Henry. Mucho. En ese momento, tras leerla, decidí casarme contigo cuando regresaras. No quería cometer el mismo error que Ally Croaker.

Cuando recibimos la noticia de la muerte de Cooper y después la de Liam, se lo confesé a mi madre. Le dije que me casaría con Henry Evans, el hijo del jardinero. Más tarde, en concreto en abril de 1945, me dijeron que habías muerto. Que habías caído en combate. No recuerdo quién me dio la noticia, si mi madre o mi padre. Puede que ambos.

Lloré durante semanas. Mi ilusión por la vida y la felicidad estaba muy dañada cuando por fin se acabó la guerra. Después de todo, ese espantoso conflicto me había quitado a mis dos hermanos y al hombre con el que deseaba casarme.

Con el incendio de Blake Hall me quedé sin nada. Sin casa y sin familia. Buff Loren, un piloto estadounidense, me pidió matrimonio. Dije que sí. Parecía la única posibilidad de volver a ser feliz alguna vez. Una posibilidad de empezar de nuevo, lejos de Inglaterra. Nunca regresé; ni siquiera volví a tener en la mano una raqueta. El tenis formaba parte de mi antigua vida. Me recordaba mucho a Blake Hall. Y a ti. Pensaba que os había perdido a los dos. Ni siquiera era capaz de ver los partidos por la televisión. El deporte que tanto había amado me ponía triste. Irremediablemente triste.

Buff fue un buen marido. Siempre le tuve muchísimo cariño y agradecimiento, pero nunca lo amé. No dejé de pensar en ti ni un solo día. No dejé de lamentar ni un solo día cómo te traté. Me comporté como una niña mimada y egoísta, sí, pero siempre supe que tú eras mi elegido.

Buff murió hace tres años, y hace poco que me han diagnosticado un cáncer. Se está

extendiendo. Me atiende mi sobrina y su familia. Leen para mí, pues estoy demasiado débil para leer por mí misma. Me leyeron El jardinero de Wimbledon…

No sabía si soñaba o sufría alucinaciones al oír tu historia, nuestra historia. Mi sobrina indagó. Descubrió que Henry Evans estaba vivo. Que el jardinero de Wimbledon era mi Henry. Y que me amaba tanto como yo lo amaba a él. Era más de lo que podía soñar.

Mis días están contados, querido Henry. No sé cuánto tiempo me puede quedar, pero lo que sí sé es que no será mucho.

Recuérdame como la niña y la mujer joven que fui una vez.

Tu Rose

Me quedé mirando a Henry con la boca abierta.

—¡Tienes que ir a verla! Ella…

—Ha muerto —dijo—. La carta llegó ayer. Y… con la dirección del remite… averigüé el número de teléfono y llamé. Su sobrina, Jules, me lo dijo… Rose murió hace cuatro días.

Tragué saliva y lágrimas.

—Lo siento —pude decir.

Henry negó con la cabeza.

—Puede que este sea el único final feliz al que un viejo caballero podría aspirar: descubrir que fue amado. El jardinero de Wimbledon fue amado.

Table of Contents